This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

Sunbury Lodge Oxford

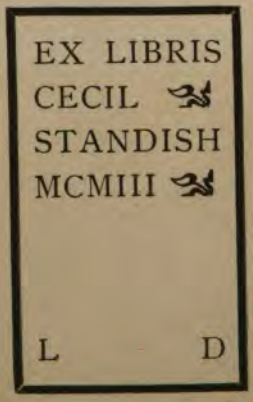
Louis Dyer

Digitized by Google

~~262 d. 10~~

✓ ~~273. f. 1~~

BSQ 6882 A.1



Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL FINAL DE NORMA

Digitized by Google

Este libro es propiedad de su Autor; y la presente edicion pertenece á los Sres. D. Francisco Alvarez y C.ª

Digitized by Google

EL FINAL

DE

NORMA

NOVELA

POR D. PEDRO A. DE ALARCON

CUARTA EDICION, CORREGIDA

SEVILLA: 1878

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuan, n.º 24

Digitized by Google

Digitized by Google

A MONSIEUR CHARLES D'ERIARTE

DEDICATORIA

Mi querido Cárlos:

Honraste hace algunos años mi pobre novela EL FINAL DE NORMA, *traduciéndola al francés y publicándola en un elegante volúmen, que figuró pomposamente en los lujosos escaparates de tu espléndido París. No es mucho, por lo tanto, que, agradecido yo á aquella merced, con que me acreditaste de nuevo el indulgente cariño que yá me tenias demostrado, te dé hoy público testimonio de mi gratitud, dedicándote esta nueva edicion de tan afortunado libro.*

Afortunado, sí; pues te confieso francamente que no acierto á explicarme por qué mis compatriotas, despues de haber agotado tres copiosas ediciones de él (aparte de las muchísimas que se han hecho, aquí y en América, en folletines de periódicos), siguen yendo á buscarlo á las librerías.—Escribí EL FINAL DE NORMA *en muy temprana edad, cuando sólo conocia del mundo y de los hombres lo que me habian en-*

Digitized by Google

señado los mapas y los libros. Carece, pues, esta novela de realidad *y de filosofía, de cuerpo y de alma, de verosimilitud y de trascendencia. Es una obra de pura imaginacion, inocente, pueril, fantástica, de óbvia y vulgarísima moraleja, y más á propósito, sin duda alguna, para entretener á los niños, que para aleccionar á los hombres: circunstancias todas que no la recomiendan ni favorecen mucho cuando el siglo y yo estamos tan viejos...—En resúmen: yo no me alegro de haber escrito* El Final de Norma.

Pero me objetarás: – Pues ¿por qué vuelves á autorizar su publicacion?

Te lo diré: la autorizo, porque, á lo ménos, es una obra que no hace daño; y, no haciéndolo, creo que no debo llevar mi conciencia literaria hasta el extremo de prohibir la reimpresion de una inocentísima muchachada, *sobre todo cuando los libreros me aseguran que el público la solicita, y cuando, en prueba de ello, los editores me dán un buen puñado de aquel precioso metal de que todos los poetas y no poetas tenemos* sacra... vel non sacra fames....

De muy distinto modo obrara si mis censuras se dirigiesen, no yá á la enunciada insignificancia, sino á tal ó cual significacion perniciosa de esta novela; pues, en tal caso, no sacrificaria, en áras del éxito ni del interés, mi conciencia propiamente dicha, ó sea mi criterio moral, tan humildemente como sacrifico mi conciencia literaria.... Pero, gracias á Dios, El Final de Norma, *á juicio de vários honradísimos padres de familias, puede muy bien servir de recreo y pasatiempo*

Digitized by Google

á la juventud, sin peligro alguno para la fé ni para la inocencia de los afortunados que poseen estos riquísimos tesoros.—¡Y es que en EL FINAL DE NORMA *no se dán á nadie* malas noticias, *ni se levantan falsos testimonios al alma humana!*

Salgan, pues, á luz nuevas ediciones de esta obrilla hasta que el público no quiera más; y, considerando que he confesado mis culpas, absuélvanme, por Dios, los señores críticos, y no me impongan mucha penitencia: que todos somos pecadores y mortales!

Adios, Cárlos: y, con dulces, indelebles recuerdos de aquellos dias que pasamos juntos en África y en Italia, cuando subiamos esta cuesta de la vida que yá vamos bajando, recibe un apreton de manos de tu mejor amigo

P. A. de Alarcon

Madrid 1.º de Mayo de 1878.

Digitized by Google

Digitized by Google

PARTE PRIMERA

Digitized by Google

Digitized by Google

LA HIJA DEL CIELO

I

EL AUTOR Y EL LECTOR VIAJAN GRATIS

El dia 15 de Abril de uno de estos últimos años avanzaba por el Guadalquivir, con direccion á Sevilla, *El Rápido*, paquete de vapor que habia salido de Cádiz á las siete de la mañana.

A la sazon eran las cinco de la tarde.

La naturaleza ostentaba aquella tranquilidad solemne que sigue á un dia sereno y esplendoroso, como á las felicidades de nuestra vida sucede un sueño dulce y apacible.

El sol caia á Poniente con su eterna majestad.

Que tambien hay majestades eternas.

El viento dormia en el seno de la tarde, como un niño cansado de correr y hacer travesuras duerme en el regazo de su madre,—si la tiene.

Digitized by Google

En fin: el cielo privilegiado de aquella region siempre habitada por Flora, parecia reflejar en su bóveda infinita todas las sonrisas de la nueva primavera que jugueteaba por los campos....

¡Hermosa tarde para ser amado y tener mucho dinero!

El Rápido atravesaba velozmente la soledad grandiosa de aquel paisaje, turbando las mansas ondas del venerable Bétis, y no dejando en pos de sí más que dos huellas fugitivas...: un penacho de humo en el viento, y una estela de espuma en el rio.

Aún restábale al barco una hora de navegacion, y yá se notaba sobre cubierta aquel movimiento, aquella animacion, aquella alegría con que los pasajeros saludan siempre el término de un viaje.

Y era que la brisa les habia traido una ráfaga embriagadora, penetrante, cargada de esencias de rosa, laurel y azahar, en cuyo aroma reconocieron el aliento de la diosa á cuyo seno volaban.

Poco á poco fueron elevándose las márgenes del rio, sirviendo de cimiento á quintas, caseríos, cabañas y paseos....

Al fin apareció á lo léjos una torre dorada por el crepúsculo, luégo otra más elevada, después ciento de distintas formas, y al cabo mil, todas esbeltas y dibujadas sobre el cielo...

—*¡Sevilla!*

Este grito arrojaron los viajeros con una especie de veneracion.

Digitized by Google

Y ya todo fué despedidas, buscar equipajes, agruparse por familias, entrar y salir por las cámaras, arreglarse los vestidos, y preguntarse unos á otros á dónde se iban á hospedar.

Un solo indivíduo de los que hay á bordo merece nuestra atencion; pues es el único de ellos que tiene papel en esta obra.

Aprovechemos para conocerlo los pocos minutos que tardará en anclar *El Rápido*; no sea que despues lo perdamos de vista en las tortuosas calles de la vieja capital.

Acerquémonos á él, pues que está solo y parado sobre el alcázar de popa.

Digitized by Google

Digitized by Google

II.

NUESTRO HÉROE.

Pero mejor será que prestemos oido á lo que dicen con relacion á él algunos viajeros y viajeras.

—¿Quién es (pregunta uno) aquel gallardo y elegante jóven de ojos negros, cuya fisonomía noble, inteligente y simpática recuerdo haber visto en alguna parte?

—¡Y tanto como la habrá V. visto!—(responde otro.)—Ese jóven es Serafin Arellano, el primer violinista de España, hoy Director de orquesta del Teatro Principal de Cádiz.

—Tiene V. razon.... Anoche precisamente lo oí tocar el violin en la *Favorita*.... Por cierto que me pareció de más edad que ahora.

—Pues no tiene ni la que representa—(agregó un tercero.) Con todo ese aire reflexivo y grave, no ha cumplido todavía los veinticinco años.

—Y ¿de dónde es?

—Vascongado: creo que de Guipúzcoa.

—¡Tierra de grandes músicos!

—Este ha resucitado la antigua buena práctica

Digitized by Google

de que el Director de orquesta no sea una especie de telégrafo óptico, sino un distinguido violinista que acompañe á la voz cantante en los pasos de mayor empeño; que ejecute los preludios de todos los cantos, y que inspire, por decirlo así, al resto de los instrumentistas el sentimiento de su génio, no por medio de mudas señas, trazadas en el aire con el arco ó con la *battuta*, sino haciendo cantar á su violin, y compartiendo, como anoche compartió él mismo, el triunfo de los cantantes....

—Pues añadan Vds. que Serafin Arellano es un excelente compositor.—Yo conozco unos walses suyos muy bonitos....

—Y ¿á qué vendrá á Sevilla?

—Yo no sé.... La temporada lírica de Cádiz terminó anoche, y podrá ser que se vuelva á su tierra, ó que vaya á Madrid....

—A mí me dijeron anoche que vá á Italia....

—¡Y qué presumido es! (exclamó una señora de cierta edad.) Mirad cómo luce la blancura de su mano, acariciándose esa barba negra... demasiado larga para mi gusto....

—¡Oh! es un guapo chico....

—Diga V., caballero (preguntó una jóven.) ¿Y está casado?

—Perdone V., señorita: oigo que preparan el ancla.... Voy á buscar mi equipaje...—respondió el interrogado, girando sobre los talones.

Y con esto terminó la conversacion, y se disolvió el grupo.

Digitized by Google

III.

AVENTURAS DEL SOBRINO DE UN CANÓNIGO.

Llegó *El Rápido* á Sevilla, y, como siempre, ancló cerca de la Torre del Oro.

La orilla izquierda del rio es un magnífico paseo, adornado por esta parte con un dilatado balcon de hierro, al cual se agolpa de ordinario mucha gente á ver la entrada y salida de los buques.

Serafin Arellano paseó la vista por la multitud sin encontrar persona conocida.

Saltó á tierra, y dijo á un mozo, designándole su equipaje:

—Mozo: Plaza del Duque, n....

Saludó nuestro músico la soberbia Catedral con el respeto y el entusiasmo propios de un artista, y entró en la calle de las Sierpes, notable por su riquísimo comercio.

No habia andado en ella quince pasos, cuando oyó una voz que gritaba cerca de él:

Digitized by Google

—¡Serafin, querido Serafin!

Volvióse, y vino á dar de cara con un jóven de su misma edad, vestido con elegancia, pero con cierto *no sé qué* de ultramarino, de trasatlántico. El pantalon, el chaleco, el gaban y la corbata eran de dril blanco, y completaban su traje una camisa de color y un ancho sombrero de jipijapa.

Este vestido, asaz anchuroso, y artísticamente desaliñado, cuadraba á las mil maravillas á una elevada estatura, á una complexion fina y bien proporcionada, y, sobre todo, á una fisonomía enérgica, tostada por el sol, adornada de un largo y retorcido bigote, y llena de movilidad, de gracia, de pensamiento.

Serafin permaneció un instante, sólo un instante, con los ojos clavados en el jóven, como queriendo reconocerlo, hasta que exclamó de pronto, arrojándose en sus brazos:

—¡Alberto, querido Alberto!

—¡Si tardas un minuto... ¿qué digo? un segundo más en decir esas palabras..., te mato, y muero en seguida de remordimientos!

Soltaron ambos amigos la carcajada, y volvieron á abrazarse con más ternura.

—¿Tú aquí? (exclamó Serafin, trasportado de alegría.) ¿De dónde sales? ¡Estás desconocido! ¿Por qué no me has escrito en tres años? ¡Oh! ¡te has puesto guapísimo!

—¡Alto ahí! Suprime unos elogios que tú te mereces, y explícame este encuentro....

Digitized by Google

—¡Explícamelo tú!

—Ante todas cosas...

—Eso te digo; ante todas cosas, ¿por qué no me has escrito en tanto tiempo?

—¡Eh! (replicó Alberto.) No parece sino que en todas partes hay correo para Guipúzcoa, y papel y tintero para escribir!

—Te advierto que hace un año salí de San Sebastian, y que no he vuelto todavía.

—¿Has dejado el puesto de primer violin de aquel teatro?

—Sí; pero me he colocado en el Principal de Cádiz.

—¡Ah! ¡Diablo!—¿Y tu hermana?

—¿Quién? ¿Matilde? Vive aquí, con mi tia; porque á esta señora le perjudica el clima de Cádiz.

—Por supuesto, sigue tan hermosa...

Serafin calló un momento; y luégo balbuceó:

—Se ha casado...

—¡Dos veces diablo! ¡Matilde casada! ¡Cuánto lo siento! ¡Ahora que pensaba yo en casarme con ella!

Serafin se puso ligeramente pálido, y exclamó:

—¿Cómo? ¿Amabas á Matilde?

—Hombre... al oirte decir que se ha casado... ¡yá se vé! ¡Es tan bonita tu hermana! ¡Vamos!... me hubiera convenido esa boda...

—Tú hubieras hecho infeliz á Matilde...

—¿Por qué?

—Porque amas cada dia á una mujer diferente;

Digitized by Google

porque eres muy frívolo; porque no tienes formalidad para nada.

—Dices bien: casualmente me enamoré anoche... —Ya te contaré esto...—En cuanto á tu hermana, siempre me ha gustado, y la hubiera querido *con formalidad*, como tú dices: pero ¡qué diablo! el dia que me presentaste á ella, hace cuatro años, me advertiste que estaba prometida su mano no sé á quién, y que, por lo tanto, no la galantease.—Yo te obedecí, mal que me pesara...—¿Y se casó con el mismo?

—¿Con quién? preguntó Serafin distraidamente.

—Yo no sé; nunca me dijiste quién era mi rival.

—No: aquello se deshizo: se ha casado con otro. Pero esto es un secreto...

—¡Diablo! De cualquier modo, si alguna mujer pudiera fijarme, seria Matilde...

—¡Alberto!

—Descuida, hombre. ¡No la miraré siquiera!

—No te será difícil, pues que, segun parece, te acometió anoche el milésimo octogésimo quinto amor.—Pero hablemos de otra cosa. ¿Por qué no me has escrito?

—Verdad es que tratábamos de eso.—Pues señor, al mes de separarnos, murió mi tio el canónigo. —¡Pobre tio! Entre metálico y fincas doscientos mil duros.—¡Bien los he ganado!

—¿Te los dejó?

—*¡Tutti!*

Digitized by Google

—¡Bravo!

—Como te figurarás, tiré el *Charmes*; desgarré la sotana que iba á servirme de mortaja; dí á la Biblia un tierno beso de despedida; arreglé mis asuntos; llené de onzas los rincones de mis maletas, y eché á volar... ¡Cuánto he corrido! Cuando ménos, he visto yá dos terceras partes del mundo! He estado en América, en Egipto, en Grecia, en la India, en Alemania.... ¡qué sé yó! ¡Y todo así, sin método, de paso, como las águilas!—¡Qué tres años, amigo mio! ¡Oh! ¡qué grande es Dios, y qué mundo tan hermoso ha hecho!—¿Dónde dirás que voy ahora?

—Dímelo.

—Voy...—¡Atiende, voto á brios! y asústate sobre todo!—Voy... ¡al Polo Boreal!

Imposible fuera describir el tono con que dijo Alberto estas palabras y el asombro con que las escuchó Serafin.

Luégo que se repuso éste, exclamó:

—¡Desventurado, te vas á helar!

—¡Bah, pardiez! (repuso Alberto.) ¿Me he derretido acaso en el desierto de Barca, donde he vivido tres semanas? ¿Me he frito en el Ecuador, en la Península de Malaca? ¡Yo soy de hierro! Me he propuesto gastar mi vida y mi dinero en ver todo el mundo, y lo he de conseguir, Dios mediante.

—Al ménos has adelantado algo en materia religiosa: ántes no citabas más que al diablo, y ahora, en lo que va de conversacion, has nombrado ya dos veces á Dios....

Digitized by Google

Alberto meditó, y dijo en seguida:

—Te advierto que todo el que viaja mucho deja de creer en el diablo y vuelve á creer en Dios.—Yo, sin embargo, conservo un buen afecto á Satanás.—¡Diablo! es tan hermoso decir «*¡diablo!*»

—Y ¿cuándo partes? preguntó Serafin.

—Mañana á la tarde.

—¿En qué buque?

—En un bergantin sueco que fondeó en Cádiz hace cuatro dias, si no mienten los periódicos, y sale pasado mañana para Laponia. Mañana me voy á Cádiz: llego; entro en el bergantin ¡y al Norte! Luégo que estemos en Laponia, que será á mediados de Mayo, paso á bordo del primer *groenlandero* que vaya á Spiztberg á la pesca de la ballena. Una vez en Spiztberg, puedo decir que he avanzado hácia el Polo tanto como el más atrevido navegante.... Sin embargo, si queda verano.... Pero nó ¡diablo! Entónces pudiera helarme, como tú dices.

—Pues ¿qué pensabas?

—Ir al Polo.

—¡Jesus!

—Nó.... nó.... Conozco que es imposible.... Pero le andaré muy cerca.

—¡Buen viaje! dijo Serafin.

—Ahora (continuó Alberto), díme tú qué haces en Sevilla.

—Es muy sencillo. No hago nada.

—¿Cómo?

—Llego en este momento.

Digitized by Google

—Y ¿qué piensas?

—Partir contigo.

—¿Adónde? ¿Al Polo?

—¡Qué disparate! A Cádiz.

—Pero ¿á qué has venido?

—A despedirme de mi hermana; pues yo tambien pienso emprender un largo viaje.

—¡Tú!

—Yo.

—Y ¿adónde vas?

—¡A Italia! A realizar el sueño de toda mi vida. He ahorrado de mi sueldo lo suficiente para hacer una visita á la pátria de la música, á la region donde todos se inspiran, donde todos cantan: á ese vergel de firmamento turquí, de sol ardiente, de verdes colinas, de trasparentes mares....

—A esa península (interrumpió Alberto, parodiando el ardor de Serafin); á esa península, hecha por un zapatero, la cual, segun cierto geógrafo, está dando un puntapié á la Sicilia para echarla al Africa....

—No te burles de mi más hermosa, de mi única ilusion.

—La respeto por ser tuya; pero prefiero mi Polo. Conque vamos á ver á tu hermana, y mañana á las siete nos volveremos á Cádiz en *El Rápido*; allí nos separaremos, tú con direccion al Mediodía, y yo con rumbo al Norte. Nos encontraremos en los antípodas, en el Estrecho de Cook.

En esto llegaron á la plaza del Duque, frente á

Digitized by Google

una bonita casa, en la cual penetraron, no sin que ántes Serafin dijese á Alberto:

—No olvides que mi hermana.... es mi hermana!

Alberto se encogió de hombros y lanzó un profundo suspiro.

Digitized by Google

IV.

DONDE SE HABLA DE LAS MUJERES EN GENERAL Y DE UNA MUJER EN PARTICULAR.

«Mil lágrimas son mil mentiras; una lágrima es una verdad.»

(De un comandante de infantería, en su última carta al autor de esta novela.)

La hermana de Serafin Arellano hubiera agradado mucho al lector.

Ojos hermosos, llenos de sentimiento; formas torneadas, que la vista se complacia en acariciar; veintidos años; aire melancólico, pero dulce.... Hé aquí á Matilde, tal como se precipitó en los brazos de Serafin en la primera meseta de la escalera de su casa.

—¿Quién viene contigo? preguntó la jóven despues de abrazar á su hermano.

—Es Alberto.... tartamudeó Serafin.

—¡Alberto! repitió Matilde, perdiendo el color.

—Que no te vea.... (añadió Serafin) hasta que tú y yo hablemos un poco.

É introdujo á su hermana en una habitacion,

Digitized by Google

mientras que Alberto, que se habia detenido, por indicacion de Serafin, á esperar el equipaje de éste, subia ya la escalera tarareando.

Alberto fué conducido á un gabinete, donde encontró á la tia de Serafin, anciana respetable que pasaba la vida en la cama ó en un sillon.

Alegróse la enferma de ver al jovial amigo de su sobrino: pero, no bien habian hablado cuatro palabras, cuando apareció Serafin con Matilde.

—¡Me lo has prometido! (murmuró el artista al oido de su hermana, al tiempo de entrar en el gabinete.) —¡Cuidado!

Matilde bajó la cabeza en señal de sumision.

—Aquí tienes á Matilde, dijo entónces Serafin en voz alta.

Alberto se volvió con los brazos abiertos.

La jóven le tendió la mano.

El amigo de Serafin quedó desconcertado por un momento; luégo, recobrándose, estrechó aquella mano con efusion.

Matilde se esforzó para sonreir....

Serafin, entre tanto, abrazaba á su tia.

—¿Y tu esposo? preguntó Alberto á la jóven, procurando dar á su voz el tono más indiferente.

—Está en Madrid, respondió ella.

— ¿Supongo que serás dichosa?...

Serafin tosió.

—Mucho, contestó Matilde, alejándose de Alberto para tirar de la campanilla.

Alberto se pasó la mano por la frente, y su fi-

Digitized by Google

sonomía volvió á ostentar el acostumbrado atolondramiento.

—Os advierto, dijo, que me estoy cayendo de hambre.

—Y yo de sed, añadió Serafin.

—Yo de ámbas cosas, repuso Alberto.

—Acabo de avisar que nos den de comer, murmuró Matilde.

Y los tres jóvenes se dirigieron al comedor.

La anciana habia comido yá.

—Conque, vamos á ver, Serafin, (exclamó Alberto, luégo que despachó los primeros platos y apuró cerca de una botella.) ¿Cómo te vá de amores? ¿Sigues tan escéntrico en materia de mujeres? ¿No has encontrado aún quien te trastorne la cabeza? ¿Estás enamorado?

—No, amigo, no lo estoy, á Dios gracias, por la presente, y su Divina Majestad me libre de estarlo en lo sucesivo....

—¡Zape! (replicó Alberto.) Ó eres de estuco, ó me engañas. Con tus ojos árabes y tu tez morena, es imposible vivir así....

—¡Qué quieres! Le temo mucho al amor.

—Y ¿por qué? Si nunca has estado enamorado, ¿cómo es que le temes? ¿No sabes que nuestro santo padre San Agustin ha dicho: *Ignoti nulla cupido?*

—Dímelo más claro; porque el latin....

—Yo traduzco: «Ojos que no ven, corazon no quiebran;» pero el Santo quiso decir que lo desconocido no se desea.

Digitized by Google

—Pues entónces San Agustin me da la razon.

Matilde no levantaba á todo esto los ojos, fijos en su plato.

Se conocia que llevaba muy á mal la alegría de Alberto.

—Por lo demás (añadió Serafin), no me es tan desconocido el amor como tú te figuras. Yo estuve enamorado.... allá.... cuando todos los hombres somos ángeles. Habia leido dos ó tres novelas del vizconde d' Arlincourt, y me empeñé en encontrar alguna *Isolina*, alguna *Yola*. Y ¿sabes lo que encontré? Vanidad, mentira, ó materialismo y prosa.—Entónces tomé el violin y me dediqué exclusivamente á la música. Hoy vivo enamorado de la *Julieta* de Bellini, de la *Linda* de Donizzetti, de *Desdémona*, de *Lucía*....

Matilde miró á Serafin de una manera inexplicable.

Alberto soltó la carcajada.

—No te rias! (continuó el artista.) Es que yo necesito una mujer que comprenda mis desvaríos y alimente mis ilusiones en lugar de marchitarlas....

Matilde suspiró.

—Mereces una contestacion séria (dijo Alberto), y voy á dártela. Veo que no vas tan descaminado como creí al principio.... ¡Hasta me parece que convenimos en ideas! Sin embargo, estableceré la diferencia que hay entre nosotros. Esta consiste en que, aunque yo no amo á esas mujeres que tú detestas, porque, como á tí, me es imposible amar-

Digitized by Google

las, les hago la córte á todas horas. ¿Sabes tú lo que es hacer la córte? Pues es tomar las mujeres á beneficio de inventario: quererlas sin apreciarlas, y.... todas las consecuencias de esto.

—¡Pero eso es horroroso!—exclamó Matilde.

—¡Y necesario!—añadió Alberto.

—Ese juego gasta el alma y siembra el mal por do quiera....—¡Alberto, tú no tienes corazon!—replicó la jóven con indecible amargura.

Serafin volvió á toser.

—¡Mi corazon! (dijo Alberto.) Por aquí debe de andar,—y se metió una mano debajo de la levita.—Yo tambien he amado; yo tambien amo de otro modo.... pero es menester olvidarlo, y aturdirse con amores de cabeza.

Los ojos de Matilde se encontraron con los de Alberto.

Serafin sorprendió esta mirada, y dijo en seguida:

—Matilde ¿te hubieras tú casado con Alberto?

—¡Nunca!—respondió la jóven con voz solemne.

Alberto rió con un estrépito infernal.

—Me place (exclamó); me place tu franqueza....

—Convéncete, Alberto (dijo Serafin); tú harías muy infeliz á tu esposa. Vives demasiado, ó demasiado poco.

—Pues es menester que sepas.... exclamó Alberto.

—Ya lo sé (replicó Serafin Arellano): que has amado á mi hermana, tanto como yo á tí. Matilde

Digitized by Google

lo sabía tambien: mas, como conocia que no podia amarte, me suplicó que te quitase esta idea de la cabeza, á fin de no disgustarte con una negativa. Yo, que no queria perder tu amistad, como indudablemente la hubiera perdido el dia que afligieses á mi hermana con una calaverada, te distraje de tu propósito, y, á Dios gracias, hoy ha pasado tu capricho, y Matilde se ha casado.—¡Seámos hermanos!

La jóven llenó de vino tres copas, y repitió:

—Seámos hermanos.

Bebieron, y Alberto, ahogando un suspiro, sonrió jovialmente.

Luégo exclamó:

—Ahora caigo en que se me habia olvidado entristecerme.

—¡Deseo extravagante! dijo Matilde.

—¡Ay, amigos mios! gimió Alberto con afectada melancolía. ¡Estoy enamorado!

—Ya me lo has dicho esta tarde: cuéntame eso.

—Escuchad. Hace cinco dias que el empresario de este Teatro Principal (donde, como sabes, tenemos tambien una brillante compañía de ópera) recibió una carta de su amigo el emprèsario del Teatro de San Cárlos de Lisboa, concebida sobre poco más ó ménos en estos términos:

«Querido amigo: Al mismo tiempo que esta carta, habrá llegado á Sevilla una misteriosa mujer, cuyo nombre y orígen ignoramos; pero cantatriz tan eminente, que ha vuelto loco á este público por es-

Digitized by Google

pacio de tres noches. Canta por pura aficion, y siempre á beneficio de los pobres. Hasta ahora sólo se ha dejado oir en Viena, Lóndres y Lisboa, arrebatando á cuantos han tenido la fortuna de oirla: porque os repito que es una maravilla del arte. En los periódicos es conocida con el nombre de la *Hija del Cielo.* Si aprovechais su permanencia en esa capital (que será breve, segun dice), pasareis unos ratos divinos. No puedo daros otras noticias sobre la *Hija del Cielo,* por más que corran varios rumores acerca de ella. Quién dice que es una princesa escandinava: quién afirma que es nieta de Beethowen; pero todos ignoran la verdad. El hecho es que ha cantado aquí la *Sonámbula, Beatrice y Lucía* de un modo inimitable, sobrenatural, indescriptible.—Tuyo, etc.»

Figuraos el efecto que esta carta le haria al empresario. Ello es que buscó á la desconocida, y le suplicó tanto, que anoche se presentó en escena á debutar con *Lucrecia.*

—¿Fuiste, por supuesto? preguntó Serafin, que escuchaba á su amigo con un interés extraordinario.

—Fuí.

—Y ¿canta esta noche?

—Canta.

—¡Oh! ¡es preciso ir!

—Iremos. Tengo tomado un palco.—Siéntate, y proseguiré.

—Dime ántes: ¿qué canta esta noche?

—La *Norma.*

Digitized by Google

—¡Sublime! (exclamó Serafin, batiendo palmas). ¡Cuenta! ¡cuenta, Alberto mio! ¡cuéntamelo todo!

—Pues, señor, llegó la hora deseada: el teatro estaba lleno hasta los topes, y yo me agitaba impaciente en una butaca de primera fila. Nuestro amigo José Mazzetti dirigia la orquesta. Me puse á hablar con él, mientras principiaba la ópera, y me hizo notar en un palco del proscenio á dos personas que lo ocupaban.

—«¿Quiénes son? le dije.

—»Los que viajan con la *Hija del Cielo:* se ignoran los lazos que les unen á ella.

»Creo inútil decirte que me fijé inmediatamente en aquel palco, y empecé á devorar con los anteojos á los desconocidos.

»El uno estaba apoyado en el antepecho, y el otro pemanecia en el fondo. en una semi-oscuridad.

»El primero era un viejo de tan pequeña estatura, que no llegaria á vara y media; grueso, colorado, con los ojos muy azules, y extremadamente calvo. Vestia de rigorosa etiqueta.

»El otro, jóven y apuesto, era alto y rubio; pero no pude distinguir bien sus facciones. Llevaba un albornoz blanco, y no se sentó en toda la noche ni se movió del fondo del palco. Solamente, de vez en cuando, le veia ponerse ante los ojos unos gemelos negros, cuyo refulgente brillo añadia algo de siniestro á su figura silenciosa.

»Empezó la ópera.... y puesto que vas á ir esta noche, corto aquí mi relacion; porque inútilmente

Digitized by Google

pretenderia yo darte una idea de la hermosura que ví y de la voz que escuché....

—¡Habla! ¡habla! dijo Serafin.

—Óyelo todo en dos palabras: cantó como los ángeles deben de cantarle á Dios para ensalzarlo; como Satanás debe de cantar á los hombres para perderlos! ¡Oh! ¡tú la oirás esta noche!

—¿Y qué? preguntó Serafin con mal comprimido despecho; ¿es de esta extranjera de quien estás enamorado?

—Sí; de ella! contestó Alberto, no sin mirar ántes á Matilde.

Aquella mirada parecia una salvedad, una protesta

Matilde callaba, jugando distraidamente con un cuchillo.

—Aún no he terminado mi relacion (dijo Alberto). Durante la representacion, fué el teatro una contínua tempestad de aplausos, de bravos y de vítores y una nube de flores, de palomas, de laureles, de todo lo que puede simbolizar el entusiasmo. Yo, más que nadie exaltado, entusiasmado, delirante, me distinguí entre todos por las locuras que hice: grité, palmoteé, lloré, brinqué en el asiento, y hasta tiré el sombrero por alto.

—¡Qué atrocidad! exclamó Matilde.

—Lo que oyes! (respondió Alberto con imperturbable sangre fria.) Acabóse la ópera, y aún seguia yo escuchando la voz de aquel ángel. Desocupóse el teatro, y ya me hallaba casi solo, cuando abandoné mi asiento.

Digitized by Google

«En vez de irme á mi casa, me coloqué en la puerta que vá al escenario, y esperé allí la salida de la extranjera.

«Trascurrido un largo rato, apareció efectivamente, apoyada en el hombrecito viejo y seguida del jóven del albornoz blanco.

»Á pocos pasos los esperaba un coche.

»Quise seguirlos hasta que subieran á él, pero el jóven se detuvo, como si tratara de estorbármelo.

»Yo me paré tambien.

»Acercóse á mí, y con una voz fria, sosegada, sumamente áspera y de un acento extranjero que desconocí, me dijo:

»—Caballero, vivimos muy léjos, y fuera lástima que despues de cansar vuestras manos aplaudiendo, cansáseis vuestros piés espiándonos....

»Y sin esperar mi contestacion, siguió su camino.

»Cuando me recobré, y pensé en matar á aquel insolente, el carruaje partia á galope.

»Visto lo cual, me fuí á mi casa con un amor y un odio más dentro del cuerpo.»—¿Qué te parece mi aventura?

—¡Deliciosa! (dijo Serafin.) Me encargo de continuarla.

Matilde respiró con placer.

—¿Cómo? ¡tú!—exclamó Alberto.

—Sí, Alberto: creo que vamos á ser rivales.

—¡Hola! ¡Ya te incendias! ¡Amor artístico! ¡Tu Isolina en campaña! Pues señor, lucharemos.

Digitized by Google

—En primer lugar (dijo Serafin), vamos ahora mismo á buscar á José Mazzetti.

—¿Para qué?

—Para qué se finja enfermo....

—¡Ah infame! ¿Quiéres acompañar con tu célico violin los gorgeos de la beldad?

—Justamente.

—Entónces, me doy por vencido.... (suspiró Alberto, mirando á Matilde con adoracion.) Tú, con el violin en la mano, llamarás poderosamente la atencion de la *Hija del Cielo*, y hasta llegarás á hacer que se enamore de tí.—¡Verdaderamente, soy desgraciado en amores!

Levantáronse en esto los dos amigos y se despidieron de Matilde y de su tía, quien, por la dolencia de ésta, no podia ir al teatro.

—Á mi vuelta de la ópera (dijo Alberto á Matilde) te explicaré la colosal empresa que traigo entre manos. Por lo pronto conténtate con saber que mañana salgo para Cádiz.

—Tambien te comunicaré yo mis proyectos, añadió Serafin. Entre tanto, hermana mia, sabe que he venido á Sevilla á despedirme de tí....

Matilde lloraba.

Digitized by Google

Digitized by Google

V

ELOCUENCIA DE UN VIOLIN

Todo se arregló á gusto de Serafin Arellano. José Mazzetti se fingió enfermo, y escribió al empresario diciéndole que su compañero, el ilustre vascongado, dirigiría la orquesta aquella noche; y el empresario, que conocia á Serafin, aceptó el cambio con muchísima satisfaccion.

Una hora despues ocupaba nuestro protagonista el puesto que ambicionaba, y desde el cual se prometia dar un asalto al corazon de la *Hija del Cielo*.

Fuera prolijo decir al lector que Serafin, desde que entró en el teatro, no dejó de buscar con la vista á los dos rubios que acompañaban á la desconocida, segun las noticias de Alberto.

Viólos al fin en un palco y en la misma posicion que aquél refirió: el enano viejo en la delantera, y el jóven del albornoz blanco medio oculto en la sombra.

Digitized by Google

Alberto se revolvia impaciente en un palco de proscenio, acompañado de un hombre, oculto en la sombra, que no era otro que José Mazzetti. ¿Cómo habia de renunciar el italiano á escuchar de nuevo á la inspirada artista?

Sin más incidentes que nos importen, empezó la ópera.

La música agitó sus alas y llenó el espacio de aquellas religiosas armonías que zumban al principio de la introduccion de la *Norma,* envolviendo el alma en una mística pavura. Luégo, con ese tímido encanto peculiar de Bellini, fueron desprendiéndose de aquel caos unos acentos puros y llenos de gracia, como de la lobreguez de la selva encantada brotan sílfides vaporosas.... Y así transcurrieron las tres escenas que preceden á la salida de *Norma.*

Serafin, que sabía de memoria toda la ópera, miraba al palco de los dos rubios, cual si lo atrajese una serpiente, cuando de pronto.... (oh! lo diré como un maestro de novelas lo ha dicho hace poco tiempo): «*pasó por los aires una cosa dulce, suave, vagarosa; era un vapor, una melodía, algo más divino aún.*»

La voz de la *Hija del Cielo.*

Turbado, estremecido.... nuestro jóven fijó los ojos en el escenario.

Aquella voz, cuyo timbre mágico nunca habia oido ni esperado oir de garganta humana, acababa de decidir de su destino sobre la tierra.

Y sin embargo, seguia tocando el violin como lo hiciera un sonámbulo....

Digitized by Google

Cuando se reportó de aquella emocion suprema y pudo contemplar la hermosura de la *Hija del Cielo*, quedóse deslumbrado, electrizado, atónito....

Personificad en una jóven, que parecia tener diez y ocho años, todo el lánguido delirio del último pensamiento de Weber: fingid una belleza ideal, indefinible, como las que persigue la poesía alemana entre las brumas del Norte cuando se pone la luna: cread una figura suave, blanca, luminosa, como un ángel descendido del cielo, y tendreis apénas idea de la mujer que cantaba la *Norma*.

Era un poco alta. Sus cabellos rizados parecian una lluvia de oro al caer de su nacarada frente á sus torneados hombros. Á la sombra de sus párpados, castaños como las cejas, dormian unos ojos melancólicos, tristes, anegados de pensamientos, y azules como el cielo de Andalucía. La nieve de sus megillas, animada de un ligero color de rosa, hacía resaltar el vivo carmin de sus labios, como entre el carmin de sus labios resaltaban sus blancos y puros dientes, que parecian menudas gotas de hielo. Su talle, donde florecian todas las gracias de la adolescencia, el ropaje de *Norma* y la nube de armonía que la rodeaba, completaban aquella figura celestial, purísima, fascinadora.

Serafin seguia extático; sintió que el corazon le temblaba en el pecho, y volviéndose hácia el palco de su amigo, le dijo con una mirada fulgurante: «Estoy enamorado.»

Digitized by Google

Alberto palmoteaba aún desde la aparicion de la desconocida.

¡Qué dicha para Serafin Arellano! ¡Ir sosteniendo con los ecos de su violin aquella voz de ángel, cuando tornaba al cielo de donde procedia! ¡Derrumbarse con ella cuando bajaba de las alturas! ¡Respirar ó contener el aliento segun que ella cantaba ó respiraba! ¡Estar allí, sujetándola al influjo de su arco, mirado por aquellos ojos, obedecido por aquella voz!

Pronto, como no podia ménos de suceder, conoció la jóven el maravilloso mérito del nuevo violinista; pronto tambien se estableció una corriente simpática entre aquellas dos voces, la de la hermosa y la del célico instrumento, para ayudarse mútuamente, para fundirse en una sola, para caer unidas sobre aquel público arrobado, enloquecido; pronto, en fin, ella se complació en buscar con los ojos al gallardo músico, como el músico habia buscado el alma de ella con los acentos de su violin.

Y entónces debió ver la mujer misteriosa todo el efecto que producia en Serafin, quien, agobiado, subyugado, loco, la abrasaba con sus grandes ojos negros, entreabiertos los labios, radiante la frente de génio y entusiasmo.

Terminaba la sublime aria *Casta Diva*, y el jóven aprovechó un momento en que ella lo miraba, para decirle con su alma asomada á sus ojos todo lo que pasaba en su corazon....

Pero le pareció poco.

Estaba inspirado y se atrevió.

Digitized by Google

Por un prodigio de arte, sin abandonar aquella voz que volaba sobre su cabeza, le dijo á la beldad con sus ardientes miradas:

—Escucha!

Y ejecutó en el violin un paso distinto del que está escrito en la ópera; dió á aquella improvisacion todo el frenesí de su locura, hízola vibrar como un grito delirante de adoracion, y fué á recoger el último suspiro de la *Hija del Cielo,* terminando la cadencia de Bellini.

El público aplaudió á su vez á Serafin.

Ella comprendió toda la elocuencia de aquella difícil variante; vió la inspiracion en la frente del jóven; adivinó su alma, y lo miró de un modo tan intenso, tan deslumbrador, que Serafin Arellano se puso de pié y arrancó mil aplausos con su violin.

Yá no era el director de orquesta, era el eco de la tiple, la mitad de su canto, su canto mismo.

La desconocida, arrebatada por aquel acceso de lirismo sublime, de extraordinaria inspiracion, de artística demencia, comunicó á su voz una emocion tan extraña, un timbre tan apasionado, que Serafin sintió que el corazon se le dilataba en el pecho y que las lágrimas asomaban á sus ojos....

Los espectadores, frenéticos de entusiasmo, comprendian demasiado lo que experimentaban aquellos dos genios que se habia encontrado frente á frente; y recogian la lluvia de perlas que saltaba al choque de aquellas dos cascadas de armonía, temblando,

Digitized by Google

llorando y oprimiendo su pecho por no soltar los gritos de su admiracion.

Era una cosa nunca vista, jamás oida: era ese apogeo de sensaciones á que todos hemos llegado una vez; esa plenitud de poesía, ese trasporte divino, ese éxtasis profético, ese parasismo de melancolía que en la tierra se llama iluminacion y en el cielo bienaventuranza!

La jóven vió el llanto de Serafin, y sonriendo dulcemente, y envolviéndolo en un ademan de arrobamiento, de ternura, de gratitud, señaló á sus lágrimas, tendiendo la mano á ellas, como si quisiese recogerlas ó enjugarlas.

Era para morirse; para volverse loco de veras.

Ni el violin tenia ya frases con que responder á la desconocida, ni la mirada expresion más culminante....

¡Si Serafin hubiera cantado!

Norma abandonó la escena, y volvió, y al fin, entre una tempestad de sonidos, se cantó el brillante terceto «*¡Oh, di qual sei tu vittima...!*» y concluyó el acto.

Serafin cayó desplomado en su asiento, como si lo arrojaran de la Gloria.

Digitized by Google

VI

CUARTETO DE CELOSOS.

No bien cayó el telon, salió Alberto de su palco en busca de Serafin.

Serafin, repuesto de su exaltacion, subia yá la escalera en busca de Alberto.

Encontráronse, por consiguiente.

El músico estremecióse al estrechar la mano de su amigo; sintió en su corazon cierta cosa amarga y corrosiva, y tuvo que hacer un esfuerzo para sonreir.

Y era que recordaba que su amigo estaba tambien enamorado de la *Hija del Cielo....*

Serafin tenia yá celos de este amor.

—¡Tengo celos! dijo Alberto á su vez, como más expansivo que era.

—Hermano mio, respondió Serafin: ¡la mitad de mi vida por hablar con esa mujer! ¡La vida menos un instante, con tal que en ese instante me diga que me ama! ¡Oh! yá he encontrado la ilusion de

Digitized by Google

toda mi existencia, la mujer que habia buscado siempre, mi sueño de artista, mi gloria, mi porvenir, mi destino, todo, todo!

—¡Yá la amas!

—¡Yá! No, amigo mio: la amo hace diez años; la amo desde que nací; la habia adivinado ántes de verla; vivia adorándola; la he visto, y siento lo que nunca he sentido, lo que me hace hombre, lo que me dá corazon, lo que me constituye artista. ¡Amo! ¡Amo á esa mujer!

—Pues bien, respondió Alberto: ella (mal que me pese) ha conocido que pensabas de ese modo.... y te ha mirado! Tú eres.... ¡Vamos! no te engrias, que yá no te lo digo. En fin, te ha mirado...., y, por consiguiente, tengo celos de tí!

—¡Alberto!

—¡Serafin! ¡Qué diablo! no vengo á reconvenirte porque le hayas agradado más que yo. ¡Peor para mí! Sufro.... sufro mucho.... ¡Adelante! Yo encontraré compensacion, y si no la encuentro, ¡mil veces diablo! ¡me contentaré con las que he encontrado yá! Pero es el caso que hay un hombre que tiene más celos que nosotros dos.

—¿Quién? ¿Mazzetti?

—Tambien los tiene; pero son celos artísticos; celos de tu violin y de tu ovacion de esta noche. No se trata de él.

—¿Pues de quién?

—De aquel fantasma....

Y Alberto señaló al jóven del albornoz blanco,

Digitized by Google

cuyo palco veian desde una galería por la puerta entreabierta de otra.

—Todo el acto te ha estado mirando: ha avanzado á la delantera contra su costumbre, y ha tenido clavados en tí unos ojos muy capaces, no de petrificar como los de Medusa, sino de helar la sangre en las venas como el viento del Polo.

—¡Es menester aclarar el misterio de esa familia! dijo Serafin despues de un momento de reflexion.

—Te advierto, replicó su amigo, que esta es la última noche que canta esa mujer.

—¿Cómo?

—Mañana parte de Sevilla.

—¿Para dónde?

—Creo que va á Madrid.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se susurraba por esos corredores....

—Pero ¿dónde vive?

—Sólo lo sabe el empresario, quien le ha ofrecido no decirlo á nadie para evitar las impertinencias de los entusiastas como nosotros.

—¡Voto á....

En este momento sonó la campanilla, avisando á la orquesta que iba á empezar el acto segundo.

—Á la salida del teatro hablaremos, dijo Serafin. Espérame con Mazzetti. Esta noche hemos de saber quién es ese jóven del albornoz blanco.

—Convenido, respondió Alberto.

Y se dirigió á su palco, mientras el músico volvia á ingresar en la orquesta.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

EL FINAL DE NORMA.

Alzóse el telon, y apareció la desconocida.

Serafin miró al palco de los personajes misteriosos, y no los halló en él.

Volvió los ojos al escenario, y sorprendió una rápida mirada que le dirigió la *Hija del Cielo*.

Yá sabeis el magnífico argumento de la primera escena del segundo acto.

Norma, la impura vestal, va á matar á sus hijos para borrar las huellas de su sacrílego amor.

Allí hubiérais visto á aquella mujer tan hermosa é inspirada interpretar los tenebrosos pensamientos de la sacerdotisa con un canto lúgubre, feroz, salvaje, lanzado de un pecho convulso por unos labios crispados, cual si fuera la estátua viva de la implacable Medea.

El público, poseido de la pavura de aquella horrible situacion, estaba tan mudo, tan atento, tan

Digitized by Google

inmóvil, que se hubiera sentido la caida de una hoja en medio de aquellos mil espectadores sobrecogidos de espanto.

Pero cuando el corazon de la madre respondió al grito de la naturaleza que le hablaba con los suspiros de sus hijos; cuando la garganta de aquella mujer moduló el divino acento de amor á los pedazos de su alma y de horror al crímen que habia concebido; cuando aquel rostro airado y convulso se dilató con la ternura maternal y se iluminó con la llama de la virtud; cuando la *Hija del Cielo*, en fin, arrojó el puñal infanticida, y trémula y desolada huyó de sí misma, apartando con las manos el nefando pensamiento....; entónces, estremeció el teatro un murmullo universal, un aplauso unánime, una detonacion de *vivas* y *bravos* que ensordeció el aire por mucho tiempo.

¿Para qué os he de cansar con la relacion de todas las maravillosas dotes que desplegó aquella mujer, y de todas las emociones que experimentó Serafin?

Sólo os hablaré del *final*.

La *Hija del Cielo* comprendia demasiado todas las bellezas de lo que iba á cantar; sabía que al sumergirse en el piélago de dolor que anegaba á Norma, tenia que suspirar con más dulzura que las cuerdas del arpa eólica heridas por el viento; así es que, élevándose á una inspiracion inconcebible, hizo probar al público una delicia tan intensa que rayaba en dolor.

Digitized by Google

Serafin no estaba en el mundo. Flotaba en el empíreo como aquellos cantos, y navegaba en un mar de inmensa melancolía.

Y, en verdad, todo contribuia á desconsolarlo.

Aquella atmósfera, que pudiera creerse empapada de los acentos de aquel ángel; aquellos hombres rendidos de admirar y de sufrir; él, abrumado de emociones nuevas, enamorado, loco....; ella, que iba á separarse para siempre de aquel público entusiasta; el público, pesaroso por esta pérdida, *Norma*, que iba á morir; la ópera que terminaba; la voz y el violin, la inspiracion de él y la de ella, una y otra mirada; todas aquellas íntimas simpatías que iban á romperse, y además la honda tristeza de aquel cántico supremo, patético, delirante; todo lo que hemos dicho, repetimos, era tan melancólico, tan crepuscular, tan moribundo, que el público no aplaudió yá más, sino que lloró en silencio como la tierra cuando se descolora la tarde.

Serafin, más que todos, oia yá á la hermosa como se oye el quejido de un recuerdo; en el fondo del alma.

Seguia tocando el violin; pero sin pensar en lo que hacía.

En cuanto á ella, no apartaba sus azules ojos de los ojos negros del artista.

Le decia *¡adios!* en todas las notas que articulaba; *¡adios!* le repetia su rostro contristado; *¡adios!* clamaban sus manos cruzadas con desesperacion.

Despues fué extinguiéndose aquella lámpara de

Digitized by Google

plata, desvaneciéndose aquel sueño de gloria, borrándose aquel meteoro, evaporándose aquel aroma, alejándose aquella nave, doblándose aquella flor, muriendo aquel sonido....

Y cayó el telon, como es costumbre en todos los teatros del mundo.

Digitized by Google

VIII

LAS PISTOLAS DE ALBERTO SE DIVORCIAN.

Media hora despues, á las doce menos cuarto de la noche, encontrábanse nuestros amigos Serafin, Alberto y José Mazzetti en la puerta del vestuario, esperando la salida de los extranjeros.

—No quiero un escándalo, decia Serafin.

—Lo mataremos *sotto voce*, replicó Alberto.

—No quiero que lo matemos, ni que proyecteis cosa alguna de que pueda enterarse ella....

—Pues ¿qué quieres?

—Hablar con ese hombre.

—Tú no debes hablarle, propuso Mazzeti. La guerra ha de ser guerra. Es tu rival, y no debes ofrecerle parlamento.

—Hay un medio, dijo Alberto, embozándose hasta los ojos.

—¿Cuál?

Digitized by Google

—Éste. ¿Qué quieres tú evitar?

—Que ella forme mala idea de mí, viendo que provoco un lance por su causa.

—Aprobado. Pero, como yo no soy tú; como esos rubios ignoran mi amistad contigo, y, finalmente, como yo soy dueño de mis acciones, resulta que lo que en tí es de mal tono, en mí es muy entonado. Por consiguiente, yo seré quien busque á tu rival: le hablaré, y, si es necesario, le romperé la crisma.... ¡Diablo! ¡vaya si se la romperé!

—¡Qué locura!

—Aunque lo sea.—Vete á casa.—Tú, Mazzetti, sígueme.

—Pero....

—No hay palabra.... Tú tienes una hermana en quien pensar, y yo no tengo á nadie....

—Mas....

—He dicho.

Serafin, que conocia el carácter tenaz de Alberto, se conformó con su plan, en cierto modo acertado.

Pero no por esto se retiró á su casa.

Despidióse de sus amigos; anduvo algunos pasos, y se apostó en una puerta, á fin de espiar á los espías.

Alberto, escarmentado yá con lo ocurrido la noche anterior, tenía preparado un carruaje, en el cual entró con Mazzetti.

—Desde aquí observaremos sin ser vistos, murmuró, bajando los cristales.

Digitized by Google

Entónces se adelantó Serafin cautelosamente; llegó á la trasera del coche y dió al lacayo unas monedas.

—Colócate delante, al lado del cochero, le dijo, y yo ocuparé tu puesto.

El lacayo aceptó sin vacilar.

La carretela de la *Hija del Cielo* se hallaba á pocos pasos.

La emboscada era completa.

Pocos minutos habian trascurrido cuando la jóven y sus acompañantes salieron del teatro y montaron en la carretela, que partió al trote.

El carruaje que ocupaban los tres amigos salió en su seguimiento.

Cruzaron calles y plazas, y más plazas y más calles, andando y desandando un mismo camino, hasta que al fin abandonaron la ciudad.

—¡Diablo! murmuró Alberto.

—Vivirán á bordo de algun buque, dijo José Mazzetti.

Serafin era dichoso con sólo oir el ruido del carruaje en que iba ella.

Llegaron al Guadalquivir.

El coche de la desconocida se detuvo en la misma orilla.

Nuestros jóvenes vieron, al fulgor de la luna, que una góndola lujosísima se adelantaba rio arriba, con direccion á aquel punto.

El carruaje de Alberto se habia parado á veinte ó treinta pasos de distancia.

Digitized by Google

Serafin saltó de la trasera y se perdió entre unos árboles.

Alberto dijo á Mazzetti que lo aguardase dentro del coche; examinó sus pistolas, y se adelantó hácia el rio.

La góndola habia atracado.

El enano ayudó á bajar de la carretela á la *Hija del Cielo*, y le dió el brazo hasta el embarcadero.

El jóven del albornoz blanco no se apeó.

Alberto se colocó al lado de la portezuela.

No bien se embarcaron el anciano y la jóven, vogó la góndola á favor de la corriente, y pronto desapareció por debajo del puente de Triana.

Entónces se abrió la carretela, y bajó el otro extranjero.

—¡Dos palabras! dijo Alberto, en francés, interceptándole el paso.

—He dejado de embarcarme con tal de oirlas, replicó el desconocido.

—Alejémonos de estos carruajes.

—Como gusteis.

Los dos jóvenes marcharon cinco minutos por la márgen arriba.

—Aquí estamos bien, dijo Alberto.

El del albornoz blanco se detuvo.

—Me seguíais.... pronunció con absoluta tranquilidad.

—¡Os encuentro al fin! replicó Alberto con voz alterada.

Digitized by Google

—Hablad, añadió el hombre misterioso.

Nuestro amigo lo contempló un momento á la luz de la luna.

El desconocido era alto, delgado, pálido, extremadammente rubio, de mirada glacial y sonrisa irónica: un hombre, en fin, cuyo aspecto desconcertaba, causaba espeluznos, y sobre todo, antipatía.

—¿Teneis armas? preguntó Alberto.

—Nó, respondió el jóven rubio.

—Yo sí.

Y sacó de sus bolsillos dos pistolas, que dejó en el suelo.

Su interlocutor permaneció impasible.

—¿Quién sois? le interrogó Alberto, echando fuego por los ojos.

—¿Qué os importa? respondió el extranjero.

—Mucho; porque os ódio.

El jóven del albornoz blanco pronunció más su sonrisa.

—¿Qué me importa? replicó despues de un momento.

—Pero ¿me conoceis?

—Sí que os conozco: sois un empleado del Teatro Principal de Sevilla, y vuestro oficio es aplaudir y dar voces.

—Exactamente, respondió Alberto, poniéndose cada vez más pálido. ¿Sabreis tambien que amo á la *Hija del Cielo?*

—Lo sospechaba.

—Y ¿teneis celos?

Digitized by Google

—Á mi modo.

—Y ¿quién os manda tenerlos, de cualquier clase que sean? ¿Sois su esposo? ¿Sois su amante?

—Suponed que soy una de ámbas cosas.

—¡Matémonos entónces! repuso Alberto, cogiendo una pistola y designando la otra al desconocido.

—Matadme, dijo éste.

Y se cruzó de brazos.

—Yo no asesino á nadie: ¡defendeos!

—¿Quereis un duelo?

—Sí.

—Lo admito, contestó el extranjero con voz imperturbable.

—Pues concluyamos....

—No puede ser.

—¿Cómo?

—Yo no puedo batirme....

—¡Magnífico, señor mio! ¿Qué entendeis vos por *duelo?*

—Comprendo lo que es un desafío, y yá he aceptado el vuestro; pero no me bato.

Y, así diciendo, arrojó al rio la pistola que le ofrecia Alberto.

Éste principió á desconcertarse.

—¿Preferís un veneno, exclamó, ó un barril de pólvora, ó la asfixia, ó la Giralda.... ó....—En fin, explicaos.

—Prefiero la pistola.... dentro de un año.

—¡Un año!

—Ni más ni ménos.

Digitized by Google

—¿Para qué? ¿Para adiestraros á manejarla?

—Tiro perfectamente, contestó el desconocido: si no temiera atraer á la policía, troncharia desde aquí de un balazo aquel arbusto de la ribera.

—Pues entónces....

—No os canseis, ni atribuyais esto á cobardía. Dentro de un año, en este dia, á esta hora, en este sitio, nos batiremos. Antes de ese plazo.... sería una locura en mí.

—¿Por qué?

—Porque hace seis años que trabajo en una empresa cuyos felices resultados espero dentro de dos meses, y no quiero morir sin conocer esa felicidad.

—Pero....

—Basta! exclamó el desconocido con voz más grave que la que empleara hasta entónces. Es cuanto tengo que deciros. Me despido de vos hasta dentro de un año. Si quereis herirme por la espalda, podeis hacerlo.

Y, envolviéndose en su albornoz, saludó al jóven, dió media vuelta y echó á andar hácia el puente de Triana.

Yá se habria alejado quince pasos, cuando Alberto salió de su asombro.

Cogió del suelo la pistola, y se dispuso á seguir al desconocido.

Una mano se apoderó de la suya, y una voz gritó detrás de él:

—¡Detente!

Alberto se volvió sorprendido.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

¡ADIOS!

Era Serafin.

—Lo he oido todo, añadió. Estaba escondido entre esos árboles.

—¡Buen susto me has dado! exclamó Alberto.

—En fin....

—En fin.... ¡Que se me escapa! Déjame....

—Déjalo tú!

—¿Cómo?

—¿Qué vas á hacer? ¿Asesinarlo?

—Nó, señor! ¡obligarlo á batirse!

—Es inútil: ese hombre debe ser inglés, y no saldrá nunca de su paso.

—¡Diablo! gritó Alberto. Te juro por mi alma que, ó dentro de un año lo he tendido á esta hora sobre esos juncos, ó yo he dejado de existir.

—Sí; pero entre tanto.... murmuró Serafin.

Digitized by Google

Y no concluyó la frase.

—Entre tanto (dijo Alberto) debes *seguirla* á donde quiera que vaya.

—¿Con qué recursos?

—Con un millon que me queda. ¡Mañana vendo todas mis fincas!

Fuera en vano; pero te lo agradezco. Mañana se va ella á Madrid, segun dicen, y nosotros saldremos para Cádiz, desde donde tú te embarcarás para el Polo y yo para Italia.

—¿Renuncias á ese ángel?

—No quiero luchar con el destino. Esa mujer tan hermosa debe de ser muy amada.... ¿Quién sabe? ¡Acaso es su esposo uno de los dos que la acompañan! ¿Á qué empeñarnos en hacerme más infeliz? Además: yá he escrito á Italia, y me esperan allí. Tú sabes que mi viaje no es de puro recreo. De él depende mi suerte, y por consiguiente, la de mi familia.... En fin, me temo á mí mismo.... ¡Huyamos de esa mujer!

—Como quieras, Serafin; pero yo.... ¡la sigo hasta el fin del mundo!

—*¡Norma!* murmuró el músico.

—¿Me acompañas?

Serafin abrazó á su amigo por toda contestacion.

—¡Magnífico! exclamó Alberto. Pues, señor; empecemos nuestras operaciones.

—¿De qué modo?

—Ven conmigo.

Digitized by Google

Anduvieron unos cien pasos y llegaron frente al coche que los habia traido.

—¿Y Mazzetti? dijo Serafin.

—Se habrá dormido ahí dentro, respondió su amigo, que conocia la calma del italiano.

Bajaron al rio.

—Más ¿dónde vamos? decia el músico.

—Dentro de poco lo sabré yo mismo, respondió Alberto.

—En esto llegaron al muelle, donde varios marineros dormian al lado de sus barcas.

Alberto gritó varias veces.

—¡Paco, Paco!

Un jóven acudió, restregándose los ojos.

—¡Hola, señorito! exclamó al ver á Alberto.

—Díme: ¿de qué embarcacion es una góndola muy ataviada que acabo de ver allá arriba?

—De un vaporcito noruego que llegó hace tres dias, respondió el marinero.

—¡Justo! dijo Alberto. ¿Y sabes cuándo parte de Sevilla?

—Cabalmente cuando su merced llegó no habia hecho yo más que acostarme por haberme entretenido viéndole partir.

—¡Cómo!

—¡Sí, señor: no hace cinco minutos que levó anclas.... Mire su merced el humo todavía. ¡Bien corre el enanillo!

Serafin se apartó murmurando un juramento terrible.

Digitized by Google

—¡Necesito darle alcance! gritó Alberto.

—Es imposible. ¿Quién alcanza á un vapor, con velas, y favorecido por la corriente?

—¡Basta! exclamó Serafin, con una voz sorda y decidida.

Alberto dió una moneda al marinero, y siguió á su amigo sin pronunciar una palabra.

Llegaron á donde les esperaba el coche, y se encontraron con Mazzetti que los buscaba alarmado.

- ¿Qué hay? preguntó, despues de extrañar mucho ver allí á Serafin.

—Nada! dijo éste.

—¡Buen rato me habeis dado! Figuraos que hace media hora ví venir al jóven del albornoz blanco, solo y muy de prisa: llegó á aquel punto, se quitó el albornoz, lo tiró léjos de sí, como quien tira el sobre de una carta, y se arrojó al rio!

—¿Qué dices? ¿se ha suicidado? exclamó Serafin, saliendo de su estupor.

—Nada de eso: empezó á nadar como un pez y desapareció por un ojo del puente.

—¡Ese hombre es el diablo en persona! prorumpió Alberto.

—Lo habrás evocado con tu exclamacion favorita, replicó Mazzetti.

—Vámonos, dijo Serafin.

—Pero contádmelo todo, añadió José.

—Total.... nada! respondió Alberto.

—Matilde nos estará esperando, observó el músico....

Digitized by Google

—Vamos! ¡vamos! repitió Alberto, recobrando el buen humor á esta sola idea.

Entraron en el coche; despidiéronse de Mazzetti, á quien dejaron en su casa, y llegaron á la de Matilde.

Ésta los aguardaba en efecto.

Sus ojos estaban hinchados y encendidos.

—¡Ha llorado! pensó Serafin.

—Mucho sueño tienes, dijo Alberto.

Matilde dió órden de que sirviesen el té.

—Te enteraré de todo en dos palabras, se adelantó á decir Serafin, temiéndole á la locuacidad de su amigo, y adivinando toda la curiosidad de su hermana acerca de la nueva pasion de Alberto.

—Te lo diré yo en una, exclamó éste: Serafin ama á la *Hija del Cielo;* yo se la he cedido; no existe yá tal mujer, y tú eres más hermosa que ella y que todas las mujeres juntas.

Matilde radió de gozo como la luna cuando sale de entre las nubes.

—*¡Norma!* balbuceó Serafin.

—¡Qué diablo! no pensemos en eso. Se ha ido.... ¡mejor! Figúrate que la has soñado. Tú tambien te vas; yo tambien me voy, y todos nos olvidaremos unos á otros, como buenos amigos. ¿No es verdad, Matilde?

—Pero ¿á dónde vais? preguntó ésta.

—Yo á Italia, dijo Serafin: he venido á Sevilla á despedirme de tí y de mi buena tia.

—¡Á Italia! exclamó Matilde.

Digitized by Google

—No te asombres, dijo Alberto: Italia está detrás de la puerta. Pero yo.... ¡yo que voy al Polo...!

—¡Al Polo!

—Como lo escuchas, afirmó Serafin.

—¡Vas á perecer, desventurado! murmuró Matilde con verdadero terror.

—¡Y bien! replicó Alberto; ¿á tí qué te importa? ¿No estás yá casada? Y, á propósito, díme: ¿cómo se llama tu marido?

Matilde miró á Serafin.

—El demonio eres! interrumpió éste, dirigiéndose á Alberto. ¡Hablas de mil cosas á un tiempo!

Y, pellizcándole un brazo, le recordó su promesa de no hablar á Matilde de aquel asunto.

En cuanto á ésta, se retiró á su cuarto; pues yá eran las dos, y dijo que queria madrugar para despedir á los dos jóvenes.

Pero no se acostó.

Por la mañana habia al lado de su escritorio más de veinte pliegos de papel hechos menudos pedazos.

Eran otras tantas cartas escritas y rotas durante aquella velada.

Todos estos ensayos dieron por resultado un billetito que introdujo en la mano de Alberto al darle los buenos dias.

El sobre decia: «*No lo leas hasta despues de partir.*»

Matilde estaba más colorada que una cereza.

Alberto volvió á sentir en su corazon cierto latido

Digitized by Google

que yá conocia; latido muy intermitente, pues que sólo lo habia percibido tres ó cuatro veces en su vida, y siempre cerca de Matilde; pero latido muy profundo, pues que era un aviso del verdadero amor.

Del verdadero amor, tesoro escondido en el corazon de Alberto, filon precioso enterrado entre frivolidades y caprichos: amor tan vírgen como el oculto venero de que no ha bebido ningun labio; amor pronto á desbordarse en cualquier hora, como acababa de suceder con las pasiones de Serafin.

Á todo esto eran las seis y media.

El *Rápido* partia á las siete.

Alberto y Serafin se despidieron de la anciana, y bajaron la escalera acompañados de Matilde.

En el portal se abrazaron tiernamente.

—¡Adios! dijo Serafin.

—¡Adios! murmuró Matilde anegada en lágrimas.

—¡Adios! ¡te amo! balbuceó Alberto al oido de Matilde.

—¡Adios, Alberto! exclamó Matilde, refugiándose nuevamente en los brazos de su hermano, que la besó en la frente.

—¡Adios! volvieron á decir los tres.

Y se separaron por último, despidiéndose con los pañuelos agitados en el aire, que siguieron diciendo todavía mucho rato:

—¡Adios! ¡adios!

Alberto besaba al mismo tiempo la carta de Matilde.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

ÉSTE PARA LAPONIA Y ÉSTE PARA ITALIA; ÉSTE PARA ITALIA Y ÉSTE PARA LAPONIA.

—¡Allá van nuestros amigos! Miradlos sobre cubierta. ¿Los veis?

¡Ah! yá no es tiempo....

El *Rápido* acaba de doblar una colina.

Sólo se percibe yá una columna de humo.

El humo se disipa á su vez.

¡Buen viaje!

. . . . . .

En efecto, Alberto y Serafin volaban hácia Cádiz en alas del vapor.

No bien desapareció á sus ojos la última torre de Sevilla, arrojaron los dos un hondo suspiro y bajaron á la cámara de popa.

Allí se sentaron uno enfrente de otro; apoyaron los codos en la mesa redonda; dejaron caer la cabeza sobre las manos, y se pusieron á reflexionar.

Digitized by Google

Alberto habia leido la carta de Matilde.

Decia así:

«Alberto:

»Antes de seguir leyendo, júrame continuar tu viaje como si no hubieras recibido esta carta.»

—Lo juro! pensó el jóven.

Y prosiguió la lectura.

»Te amo. Una palabra más y concluyo.—*Matilde Arellano no faltará nunca á sus deberes de esposa.*»

—¡Omnibus llenos de diablos!!! esclamó Alberto para sí.

Y esta era la causa de sus reflexiones.

—¡Me ama! (decia.) ¡Yo tambien la amo! ¡Me ama, y me lo dice! Yo se lo he dicho tambien. ¡Pero *nunca faltará á sus deberes de esposa!* Entónces, ¿para qué me ama? y, sobre todo, ¿para qué me lo dice? ¡Me ama! ¡Pues es verdad! ¡Necio de mí! ¡Y no lo habia conocido! ¡Yo, que la adoro! ¡Yo, que siempre la miré de un modo distinto que á las demás mujeres! ¡Yo, que sería feliz á su lado! Yo.... que me voy al Polo...! ¿Y qué he de hacer, si está casada? Por otra parte, Serafin es más que amigo mio.... ¡es mi hermano! ¡Oh! ¡Tengo que sacrificarme como ella! ¡Tengo que vivir como Tántalo! ¡Tengo que morir sin ser dichoso, sabiendo dónde está la dicha! ¡Ah! Matilde! Matilde! ¿por qué me has dicho

Digitized by Google

que me amas? Esta confesion tuya me ha quitado el buen humor para siempre!

Y Alberto se buscaba unos cabellos que no tenia, deseando arrancárselos al grito de:

—¡Diablo! ¡Diablísimo! ¡Mil veces diablo!

Por lo que hace á Serafin, hé aquí sus pensamientos:

—*¡Norma! ¡Norma!* ¡Perdida para siempre! ¡Y ese jóven que va á su lado será su esposo, ó su amante, pues que tiene celos! ¡Y yo, que era ayer tan feliz, porque habia reunido veinte mil reales para realizar la ilusion de toda mi vida, mi viaje á Italia, soy hoy tan desdichado, que en el momento de partir me enamoro, me vuelvo loco por una mujer que viene no sé de dónde y va no sé á qué parte! —Pero ¡qué idea! Ella puede muy bien haberse detenido en Cádiz....—¡Locura! Ese hombre celoso no descansará hasta llevarla al fin del mundo.— ¡Ah! ¡La he perdido para siempre!!... ¡para siempre!!

. . . . . .

Llegaron á Cádiz.

La primera operacion de nuestros amigos fué recorrer todo el muelle en busca del vaporcito que salió de Sevilla á media noche llevándose á la *Hija del Cielo*.

No lo encontraron.

Haciendo averiguaciones, supieron, por unos marineros, que el vapor en cuestion habia llegado

Digitized by Google

á las once de la mañana, permanecido una hora ó dos en el puerto, y partido en seguida hácia el Estrecho de Gibraltar.

—¡Va por tu mismo camino! dijo Alberto á Serafin.

Este no hablaba una palabra, contentándose con oir y suspirar.

—Dime, continuó Alberto, dirigiéndose al marinero; ¿cuál es el bergantin sueco que sale mañana para Laponia?

—Aquél, respondió el marinero, señalando á un barco estrecho y de forma rara, con apariencias de muy velero, que estaba ya en franquía.

—¿Á qué hora parte?

—Esta noche á las ocho.

—¡Esta noche!

—Sí, señor.

—¡Oh! no hay tiempo que perder....—¿Supongo que sabrás dónde se despachan billetes?

—En ninguna parte.

—¿Cómo?

—Lo que oye V. Ese buque no es mercante, sino de un viajero ruso, segun dicen. Un barco de recreo, en una palabra.

—¡Demonio! Hé aquí mi plan echado á tierra, exclamó Alberto.

—¿Qué es eso? preguntó Serafin.

—¡Poca cosa! Que yá no tengo barco en que ir al Polo. ¡Diablo! ¿Cuándo volverá á presentarse una ocasion como esta?

Digitized by Google

—Hay un medio, dijo el hombre del mar.

—¡Cueste lo que cueste! se apresuró á decir Alberto.

—¿Dónde vive V.?

—Calle de Cobos, n..., dijo Serafin, dando las señas de su casa.

—¿Es usted rico?

—¡Cueste lo que cueste! repitió Alberto.

—Entiendo, señorito; descuide V. en mí.—Son las cuatro de la tarde: á las siete tendrá V. en su casa un pasaje en ese barco.

—¡Eres un héroe! exclamó Alberto.

El marinero se despidió de los jóvenes.

—Espera.... dijo entónces Serafin.

El barquero volvió con la gorra en la mano.

—Necesito un pasaje para Italia.

—¿Para cuándo?

—Al momento.

El marinero reflexionó.

—¿Quiére V. salir esta noche?

—Me alegraria, interrumpió Alberto: así partiríamos á la misma hora.

—Sea, pues, esta noche, repuso Serafin.

—¿Vive V. con el caballero?

—Sí, calle de Cobos. Pero es el señor quien vive conmigo....

—Corriente. Tendrán Vds. los dos pasajes para la misma hora; pues hay en el puerto un bergantin francés que sale tambien á la oracion con cargamento para Venecia.

Digitized by Google

Hizo el marinero otra cortesía, y se alejó sacudiendo los dedos.

Pero no habian andado cuatro pasos nuestros amigos, cuando oyeron gritar:

—¿Y los nombres? Necesito los nombres para sacar los billetes.

Los jóvenes dieron sus tarjetas.

El marinero se alejó mirándolas, y diciendo sin cesar, para que no se le olvidase:

—Éste para Italia, y éste para Laponia; éste para Laponia, y éste para Italia.

Digitized by Google

XI

HAZAÑAS PÓSTUMAS DE NOÉ

La casa número tantos de la calle de Cobos, habitacion de Serafin, y provisionalmente de Alberto, era una especie de fonda.

Los dos amigos se dirigieron á ella mustios y cabizbajos.

—¿En qué pasamos el tiempo? pregunó Serafin.

—¿Qué hora es? replicó Alberto.

—Las cuatro y media: á las siete traerá ese hombre los billetes, y á las ocho partiremos.

—Es decir, que tenemos á nuestra disposicion tres horas mortales.

—¿En qué las ocuparemos?

—No sé.

—Ni yo.

—Pues entónces, lo mejor que podemos procurar es comer y alegrarnos un poco.

—¿Cómo *alegrarnos?*

—Achisparnos.

—¿Para qué?

Digitized by Google

—Primero, para olvidar á la *Hija del Cielo*.

—¡Ay! suspiró el artista.

—Segundo, para olvidar á Matilde.

—¿Y tercero? se apresuró á preguntar Serafin.

—Para olvidarnos mútuamente.

—¡Es verdad! Necesitamos aturdirnos. ¡Mozo!

—Señorito, contestó al momento una voz en la puerta del cuarto.

—¡Hola, Juan!

—Pronto ha sido la vuelta!

—Y para poco tiempo: esta noche me voy por dos ó tres meses. Vas á servirnos una espléndida comida, y los mejores vinos que tengas. Á las siete vendrá un marinero á buscarnos. Déjalo entrar. Si bebemos demasiado, cuida de que todo nuestro equipaje vaya á bordo; y si ves que es menester acompañarnos....

—¡Magnífico testamento! exclamó Alberto, batiendo las palmas. Ahora, *¡viva il Madera!* Hé aquí mi codicilo.

Dos horas más tarde, decia el mismo jóven, empuñando una copa de Jerez y mirándola estúpidamente:

—¡Grande hombre fué Noé!

Serafin estaba melancólico.

—Sabrás que amo á Matilde.... murmuró Alberto, cuya lengua principiaba á trabarse.

—¿Quieres callar? dijo el músico con acritud.

—¡Que la amo! repitió el jóven. Pero huyo de ella; porque.... En fin.... ¡por tí, ingrato! ¡La amo, ¿entiendes?... como no he amado nunca!

Digitized by Google

—¿Qué me importa? replicó Serafin, que estaba como aletargado y pensaba en su desconocida.

—¡Con que no te importa! ¿Y si ella me amase tambien?

—Casaos, y punto concluido.—Sí.... ¡eso es! tra... la.... la.... rá.... la.... rá....

Y Serafin se puso á cantar el final de *Norma*.

—¡Que me case con ella! exclamó Alberto, queriendo darse cuenta de lo que oia: ¿pues no está casada?

—¡Ja, ja, ja! exclamó Serafin. ¡Casada! ¡Ja, ja, ja!

Alberto se estremeció al oir esta carcajada.

Aquella risa nerviosa, hija de la exaltacion en que se hallaba Serafin desde la noche anterior, y de la excitacion producida por el vino, tenía algo de epiléptica y de loca: añádase á esto la semi-revelacion que envolvia, y podrá formarse idea de la angustia con que el adorador de Matilde sacudiria á su amigo, diciéndole:

—¡Serafin, Serafin! serénate.... (¡Diablo! ¡Y es el caso que si ahora no me lo cuenta, se va á Italia sin decírmelo!) Responde, Serafin: ¿Es casada?

Serafin se calmó un poco, oyó la pregunta de su amigo, comprendió que habia dicho una imprudencia, y respondió con acento grave:

—Sí, señor.... ¡Casada! *¡Ah non volerli vittime!*

—¡Si no te hablo de *Norma!*

—*Dil mio fatal errore....*—prosiguió cantando Serafin.

Digitized by Google

—¡Diablo y demonio! exclamó Alberto. ¡Pues no está perdido!—¡Calla!... ¡y yo tambien!—añadió, viendo que se caia.

Los dos jóvenes quedaron mirándose de hito en hito, con los codos apoyados en la mesa.

—Estamos frescos, balbuceó Serafin.

—Es decir.... (repuso Alberto, cerrando los ojos), todo lo contrario de frescos.

—¿Te he dicho algo? preguntó el primero.

—¿De qué?

—De nada! replicó el músico.

Alberto estaba cada vez más confundido.

—Escucha.... añadió Serafin al cabo de un momento. Cuando vuelvas del Polo, yo habré vuelto de Italia. ¿Entiendes? Me buscas aquí, en Cádiz, pues tambien estoy ajustado para la temporada del año que viene, y.... hablaremos de mi hermana.

—¡Oh, no bebas más! gritó Alberto, arrancando una botella de la mano de Serafin. ¡Descíframe el misterio de Matilde!

—¡Nada, nada! ¡Vete al Polo! Espero que este sea tu último viaje.

Una duda horrible cruzó por la turbada imaginacion de Alberto.

—¿Llora Matilde algun desengaño? ¡Dímelo, Serafin!

—Moriamo insieme,
¡Ah! sí, moriamo....

cantó el músico, volviendo á su exaltacion.

Digitized by Google

—¡Eres muy cruel! exclamó Alberto.

Y, desesperando de averiguar la verdad, se bebió otra botella de Jerez.

Quedó imbécil.

Serafin estaba como loco.

En este momento entró Juan con el marinero que les traia los billetes.

Empezó el primero á sacar los equipajes, y el segundo, dirigiéndose á Serafin, dijo:

—Señorito, aquí está el billete para Laponia: el señor es el encargado de cobrarlo.

Un hombrecillo rubio, colorado y grueso se hallaba en efecto en la puerta de la habitacion.

—Trae.... dijo Alberto.

—Vale 5.500 reales.

—El *Lebiathan!* bonito nombre! exclamó Serafin.

—Cinco mil quinientos reales, repitió el marinero: y este otro mil setecientos.

—Toma y calla, dijo Alberto.

El hombrecillo rubio se adelantó, y tomó la suma indicada.

Al ver Serafin á aquel hombre, no pudo ménos de estremecerse; pero reparando luégo en su actitud vulgar, en sus curtidas manos y en sus crespos cabellos, dijo:

—¡Qué disparate! ¡Pues no me habia parecido que era el anciano que acompaña á la *Hija del Cielo!*

El hombrecillo partió.

Alberto llamó á Juan, y le entregó los billetes y los pasaportes.

Digitized by Google

Eran las siete y media.

—Vamos, señoritos.... dijo el marinero. No hay tiempo que perder. ¡Buen trabajo me ha costado engañar al capitan del *Lebiathan* para que admitiera un pasajero! He tenido que decirle que era un emigrado.—Vengan ustedes... Mis barcas los llevarán á ustedes á sus respectivos buques.

Alberto y Serafin no escuchaban al marinero, sino que andaban por el aposento dando traspiés y preparándose para marchar.

Luégo que estuvieron dispuestos, Juan dió el brazo al uno y el marinero al otro.

Así salieron de la fonda.

Dichosamente habia empezado á anochecer.

Llegaron al muelle.

Á lo léjos se distinguian cinco buques dispuestos á partir.

Toda una escuadra de botes y lanchas trasportaba viajeros á bordo.

Serafin habia fijado la vista en el mar, plateado yá por el crepúsculo....

El movimiento de las olas aumentaba su desvanecimiento.

De pronto lanzó un grito tan espantoso, que Alberto y los mozos lo rodearon asombrados.

—¡Ella! *¡Norma!* exclamó el músico, señalando á una góndola que en aquel momento se apartaba de la escalinata del embarcadero.

Alberto miró en aquella direccion, y distinguió en efecto á la *Hija del Cielo*, de pié, bajo un pabe-

Digitized by Google

llon de seda, en la popa del barquichuelo que vimos en Sevilla.

Á su lado iba el hombre calvo y rubio de pequeña estatura, y los marineros que remaban tenian una figura muy parecida á la de éste y á la del hombre que habia cobrado á Alberto el billete para Laponia.

El jóven del albornoz blanco no estaba con ellos.

—*¡Norma! ¡Norma!* ¡Adios! repitió Serafin con desaforados gritos.

La desconocida agitó su pañuelo.

Serafin ébrio, exaltado, insensato, quiso arrojarse al agua para seguirla á nado.

Juan lo detuvo.

La góndola volaba como una gaviota, y poco despues desapareció entre las crecientes sombras de la noche.

—¡Ahora sí que la pierdo de véras! exclamó Serafin, yá sin conocimiento.

Alberto no sabía dónde estaba.

—¡Vamos! que son las ocho ménos cuarto.... decia el marinero desde su lancha.

—Vamos, repitió otro barquero.

—Aquí el de Italia.... exclamaba el primero.

—Aquí el de Laponia.... gritaba el segundo.

—¿Cuál de ellos? preguntaba muy apurado el mozo de la fonda.

—¡Torpe! exclamó el marinero, saltando otra vez á tierra. Éste á Italia y éste á Laponia; éste á Laponia y éste á Italia. ¡Eh, barquero! toma el

Digitized by Google

billete de este señorito: dáselo tú mesmo al capitan; que su merced va malo. ¡Aquí, mi amo! ¡venga su merced conmigo!... ¡Á ver, el billete de mi amo!... Eso es....

—¡Adios, Alberto!

—¡Adios, Serafin!

Así tartamudearon los dos amigos, bamboleándose al desenredar su último abrazo.

Los marineros lo dispusieron, pues, todo á su manera, repitiendo su frase sacramental:

—Éste á Italia y éste á Laponia; éste á Laponia y éste á Italia.

Creemos inútil decir que fué necesario coger en brazos á los dos jóvenes para meterlos en las lanchas.

Vogaron éstas, y á los pocos segundos se perdieron entre el cielo, el mar y el espacio, que, confundidos en la oscuridad de la noche, formaban yá un inmenso caos de impenetrables tinieblas.

Digitized by Google

PARTE SEGÙNDA

Digitized by Google

Digitized by Google

RURICO DE CÁLIX

I

JACOBA,—NOMBRE DE MAL GUSTO

El movimiento del bote que conducia á bordo á Serafin, acabó de trastornarlo á tal punto, que se quedó profundamente dormido.

Y no podia darse cuenta del tiempo que habia permanecido durmiendo, cuando empezó á despertar.

Entónces, sumergido en ese delicioso duermevela que sucede á un profundo letargo, soñó que la tierra tremia dulcemente, ó por mejor decir, se mecia lánguida en el espacio, y que su mágica ondulacion le producia un delicioso mareo.

Soñó tambien que al pié de la cama (porque estaba acostado) habia un hombre de pié, inmóvil, silencioso, apartando la cortina con una mano y pellizcándose con la otra el labio inferior.

Este hombre podia tener diez y ocho, veinticinco, treinta, hasta treinta y seis años; tal era

Digitized by Google

la mudez de su rostro y la ninguna expresion de su mirada. Vestía una larga blusa celeste, ceñida á su talle esbelto por un cinturon de piel negra, del cual pendia un larguísimo puñal, y tenia descubierta la cabeza, coronada de cabellos rojos muy atusados. Su frente era estrecha y alta, su rostro descolorido, y sus ojos de un azul tan claro que las pupilas se confundian con lo blanco del globo, siendo inútil buscar en ellos la mirada, esa chispa vital que parte de la inteligencia ó del corazon. Aquellos ojos veian sin mirar. Una nariz correcta y afilada, unos labios sutiles y desteñidos, crispados por el desden, unos dientes compactos é incisivos y un ligero bigote casi blanco á fuerza de ser rubio, completaban aquel rostro apagado como un bosquejo, bello á pesar de todo, y sellado de bravura, de ironía, de impiedad.

Serafin hizo un movimiento para sacudir aquella pesadilla.

La cortina de la cama cayó, y el hombre extraño desapareció tras ella.

Entónces acabó de despertar Serafin.

Es decir, entónces conoció que no estaba dormido.

El entorpecimiento que tomó por somnolencia, era que se encontraba mareado; lo que creyó oscilacion de la tierra, era el movimiento del barco en que se hallaba; y el personaje misterioso, lo habia estado viendo á través de sus pestañas.

Encontróse vestido, y saltó del lecho.

Digitized by Google

Era de dia.

Su habitacion se reducia á una pequeñísima cámara lujosamente amueblada.

El hombre de la blusa celeste estaba sentado en un taburete.

Al ver á Serafin, se levantó y vino hácia él.

El jóven recogió sus ideas para preguntarse dónde habia visto aquella fisonomía.

—Sin duda en una novela, dijo para sí.

Y saludó al de la blusa.

—¿Estais mejor? preguntó éste con acento extranjero, pero en correcto español.

—Gracias, respondió Serafin. Me siento bien.

—Os advierto, replicó el desconocido, que soy el jarl (1) Rurico de Cálix, capitan de este buque, y que os hallais bajo mis órdenes.

Serafin saludó.

—Me dijeron anoche, continuó el capitan, que veníais enfermo, y mi primer cuidado esta mañana ha sido bajar á veros.

—Gracias, capitan, respondió Serafin, saludando de nuevo.

Y volvió á mirar fijamente al jarl de Cálix, jurándose que no era la primera vez que lo veia.

Hasta creia haber escuchado aquella voz en otras circunstancias.

Pero no recordaba dónde.

—Ó Alberto me ha hablado de un hombre pare-

(1) Conde escandinavo.

Digitized by Google

cido á éste, pensó por último; y yo lo he soñado esta mañana. De cualquier modo, me disgusta mucho habérmelas con estos ojos sin brillo.

El capitan miraba entre tanto una caja de nogal, que formaba parte del equipaje del músico.

—Ahora que os he visto, dijo el extranjero, tengo el sentimiento de conocer que he sido víctima de un engaño.

—No os comprendo, murmuró Serafin.

—Debiérais comprenderme, replicó el capitan.

—Explicaos.

—Todo se reduce á que ayer me dijo el que vino por vuestro pasaje, que érais un emigrado de no sé qué nacion.

—¡Yo!

—Y no sois tal.

—Ni nunca he dicho tal cosa; pero no deja de extrañarme que me conozcais.

El músico marcó mucho estas palabras, mirando fijamente al capitan mientras las pronunciaba.

Y era que habia concebido una sospecha.

—Os conozco, respondió Rurico; en primer lugar, por vuestro violin, que me está diciendo á voces que sois músico, como vuestro acento me afirma que sois español. Y un español que toca el violin en Andalucía no tiene nada de emigrado extranjero á mi modo de ver.

—Eso es en primer lugar, replicó Serafin de mal humor, al verse dominado por aquella lógica.

Digitized by Google

—En segundo lugar, añadió el capitan con su calma imperturbable, sé vuestro nombre, que tampoco tiene nada de extranjero....

—Y ¿cómo sabeis mi nombre?

—Por el billete que os hice la merced de otorgaros.

Serafin estaba vencido nuevamente.

—Aún hay un tercer lugar, prosiguió Rurico. Os conozco tambien, porque no es la primera vez que os veo.

—¿Á mí?

—Á vos.

—¿Dónde me habeis visto?

—En el teatro principal de Sevilla.

—¿Cuándo?

—Anteanoche. Entónces ignoraba vuestro nombre, que he visto despues en el billete.

—¿Quién sois? prorumpió Serafin, tornando á su sospecha.

—Soy uno de los mil espectadores que os aplaudieron aquella noche inolvidable.

—¡Es claro! pensó Serafin.

Estaba vencido por cuarta vez.

—Yá veis, concluyó Rurico; que me habeis engañado.

—¡Capitan! dijo Serafin, trémulo yá de cólera. El marinero pudo inventar lo que quisiera al tomar mi pasaje; pero yo no miento nunca, ¿entendeis?... ni permito que nadie me insulte.

El capitan frunció las cejas; pero, dominándose enseguida, sonrió tranquilamente, y dijo:

Digitized by Google

—Está bien, señor de Arellano. No hablemos más de esto. Nuestro viaje es largo, y quiero que vivamos como buenos amigos.

—Con mucho gusto, replicó Serafin, perdiendo la cuenta de las concesiones que llevaba hechas al capitan.

—En cuanto á vuestro mal humor, murmuró éste, no lo extraño. Sé la enfermedad que padeceis.

—¡Cómo! dijo Serafin, asombrado de aquella insistencia en querer dominarlo.

—Estais enamorado, dolorosamente enamorado.

—¿Quién os lo ha dicho? gritó Serafin, volviendo á sus cabilosidades.

—Yá os he advertido que estuve anteanoche en el Teatro Principal de Sevilla, dijo flemáticamente Rurico de Cálix.

—¿Y qué? preguntó el músico, queriendo penetrar con la mirada el alma de su interlocutor, cuyo rostro seguia mudo.

—Es muy sencillo, respondió. Conocí, como todo el público, que os habíais enamorado de la *Hija del Cielo*, lo cual fué una dicha para nosotros, que oimos con este motivo maravillas de canto en ella y cosas admirables en vuestro violin.—Aprovecho esta ocasion de felicitaros. ¡Sois un genio!

—Capitan.... murmuró Serafin, saludando por centésima vez.

Y tornó á desconcertarse.

—¡Oh! yo amo las artes con delirio, prosiguió Rurico con ligereza; y gusto mucho de los artistas.

Digitized by Google

Vos lo sois, y por esto os repito que me honraré en ser amigo vuestro.

—Yá lo somos, capitan.

—No me contento con tan poco, máxime cuando tengo la pretension de que he de curaros de vuestra melancolía, de vuestro amor, mejor dicho.

—¿Cómo?...—¡Ah, capitan! dijo Serafin dando al diablo todas sus sospechas: decís bien; amo con toda mi alma!

El capitan sonrió de un modo extraño, y puso una mano en el hombro del artista, mirándolo con una especie de compasion paternal.

—¡Pobre jóven! exclamó.—En fin, yá hablaremos de esto, añadió enseguida, levantándose.

—¡Oh! nó; ahora mismo, dijo Serafin. ¿Conoceis á esa mujer?

—¡Ojalá no la conociera! suspiró Rurico despues de una pausa, que empleó en mirar profundamente al jóven.

—¡Hablad! ¡hablad!

—Es muy breve lo que tengo que deciros: yo tambien amé á esa cantatriz.

—¿Vos, amigo mio?

En este momento dió el barco un vaiven terrible.

—Doblamos el cabo de San Vicente, dijo el capitan: llevamos buen viento.

Serafin no entendia una palabra de náutica ni de geografía.

—¡Pues sí! prosiguió el capitan. Hace dos años

Digitized by Google

que la conocí en Copenhague.—Entónces estaba más bella....

—¿Qué decís? exclamó el músico. ¡Veo que no sabeis de quién hablo!

—Comprendo vuestra extrañeza, replicó el capitan. Tomais por una niña á la *Hija del Cielo*.... Pues sabed que tiene treinta y cinco años. ¡Oh! las mujeres del Norte viven mucho. Además, que en la escena todos parecemos otra cosa....

—Veo, capitan, dijo Serafin sonriendo, que me dais contra el amor un medicamento tan ineficaz como conocido.

—Os hablo de véras, señor: esa cómica....

—¡Capitan!

—Esa aventurera, mejor dicho, prosiguió Rurico de Cálix sin hacer caso del enojo de Serafin, es una especie de Lola Montes, que ha tenidos tantos amantes como gracias le dió la naturaleza. Yo la conocí, como os decia, hace dos años: se me presentó, lo mismo que á vos, de un modo fantástico, novelesco; me gastó mucha plata, y me abandonó á lo mejor.

—¡Ved lo que decís! gritó Serafin, echando fuego por los ojos.

—¡Oh!... estoy perfectamente enterado, concluyó el capitan, arreglándose el cuello de la camisa.

Serafin quedó pensativo.

Pasado un momento, cogió una mano del capitan, y dijo con toda la efusion de su alma candorosa:

Digitized by Google

—Amigo mio.... sed franco. Tengo una sospecha desde que os ví; una duda que no puedo resolver.... y es acerca de vos. Á vos, pues, acudo á que me desengañeis, porque os creo generoso, porque sé que direis la verdad....

Rurico de Cálix no apartaba sus imperturbables ojos del agitado rostro de Serafin.

—Decidme, continuó éste: ¿llevásteis anoche al teatro un albornoz blanco, que arrojásteis despues al Guadalquivir?

El capitan volvió á sonreir á su manera, y se encogió de hombros.

—No entiendo lo que me preguntais, ó mejor dicho, la razon de lo que me preguntais, contestó cariñosa y francamente. Nunca he usado albornoz blanco. ¿Os basta eso? Por lo demás, yo no regalo mi ropa á los rios.

Serafin, que espiaba el rostro de su interlocutor, murmuró para sí:

—Este hombre no miente.

—Volviendo á la *Hija del Cielo*, añadió Rurico, podeis perder todo temor.

—¿Qué temor?

—El de encontrarla en vuestro camino. La casualidad os ha librado de ella.... ¡Tal vez para siempre!

—¿Qué decís? exclamó el jóven con ansiedad.

—Que vuestra *Norma* salió anoche de Cádiz al mismo tiempo que nosotros.

—¡Oh! ¿adónde va? ¿lo sabeis?

Digitized by Google

—Á la América del Sur, de donde es su marido. Acaba de casarse; pero esto no impide que la acompañe un jóven vestido siempre de blanco, que dicen que es su actual amante.

Serafin se dejó caer en el taburete con desesperacion.

El capitan prosiguió de esta manera:

—Veo que os hago daño; pero ¿qué remedio? Casi todas las drogas son amargas, por más que envuelvan la salud. Yo.... ciertamente, me intereso por todo lo que concierne á esa mujer, á quien he amado muy de véras, y á quien hoy desprecio mucho.... Yá os enseñaré cartas suyas, y os desengañareis completamente. Canta bien.... ¡eso sí! Pero, por lo demás, es la mujer de peor carácter que he conocido. No sé si notaríais la otra noche que el palco de su familia estuvo desocupado todo el segundo acto. Fué que al terminar el primero le ocurrió á ella de pronto marcharse de Sevilla al acabar la funcion.... ¡Y así fué! Cuando yo arribé á Cádiz ayer tarde, hacia cinco horas que ella habia llegado....

Serafin no oia yá al capitan, sino que seguia abismado en un profundo abatimiento.

Rurico de Cálix se paseaba por la cámara, diciendo todas aquellas cosas con suma indiferencia.

De pronto se detuvo, y dijo:

—Perdonad, creo que me llaman.

En efecto, pocos momentos ántes habia sonado un agudo silbido.

Digitized by Google

Serafin alzó la frente, sellada de dolorosa resignacion, y, dirigiéndose á su nuevo amigo, le dijo con el más tierno interés:

—¡Oh! ántes de iros, capitan, decidme su nombre.

—¿Luego la amais todavía?

—La amaré siempre; la amaré como á la más hermosa de cuantas ilusiones he perdido; la amaré sin buscarla; la amaré, en fin, como amo á mi madre despues de muerta.

El capitan no respondió nada, y se dirigió hácia la escotilla.

—Pero decidme.... insistió Serafin.

—Puesto que os empeñais, sabedlo, dijo Rurico Se llama Jacoba, y es inglesa.

Y desapareció.

El jóven artista quedó clavado en su sitio.

Al cabo de un momento levantó la cabeza con aire estúpido, y murmuró entre dientes:

—¡Jacoba! ¡Jacoba! ¡Qué nombre de tan mal gusto!

Digitized by Google

Digitized by Google

II

LOS ULTIMATUM DE SERAFIN.

Hemos dejado á Serafin en su cámara, poseido de un humor infernal.

Al poco tiempo de estar allí, conoció que se aburria, y se puso á arreglar su desaliñado traje.

Hallábase aún ocupado en esta operacion, cuando aparecieron por la escotilla dos enanos anchos de hombros, rojos de puro rubios y con ojos casi verdes á fuerza de ser azules.

Traian el almuerzo.

—Está visto! pensó Serafin. ¡Este tipo nuevo de hombres ha dado en perseguirme!

Y, sin más reflexiones, trató de entablar conversacion con sus camareros; pero, á la primera palabra, le indicaron con un gesto que no entendian el español, y probaron á hablarle en su idioma.

Érase éste una jerigonza áspera y nasal que ni el mismo Diablo-Cojuelo hubiera traducido.

Digitized by Google

Serafin les repitió la seña que ellos le habian hecho para expresar que no comprendian.

Encogiéronse todos de hombros, y Serafin se puso á almorzar.

Luégo que concluyó, dió la última mano á su traje y subió sobre cubierta.

Estaban en alta mar.

Serafin buscó en vano con la vista las costas de su pátria.

Olas y olas eslabonadas interminablemente: hé aquí lo único que distinguieron sus ojos.

Hacía un dia magnífico.

La luz, el aire y el agua, confundiéndose amorosamente, componian aquel cuadro grandioso, donde no habia montañas, ni selvas, ni rios, ni nubes.... Nada que limitara ni dividiera la distancia.

El cielo y el océano, las dos majestades de la inmensidad, se miraban en silencio y como asombradas de su poder, de su grandeza, de su extension.

Aquella soledad era sublime.

Perdíanse en ella la vista y el pensamiento; pero atravesábala la esperanza, simbolizada en el *Lebiathan*.

Cuando se recobró Serafin del pasmo que le produjo aquel inmenso panorama, redújose á mirar en torno suyo, y vió cerca del palo mayor doce robustos marineros ¡cosa extraña! todos rubios, jóvenes, de reducida estatura, muy colorados, anchos de espaldas, cortos de piernas y vestidos con blusas azu-

Digitized by Google

les. Estos hombres, pertenecientes al tipo que perseguia á Serafin, fumaban en silencio, tendidos sobre cubierta, fijando en nuestro jóven veinticuatro ojos más verdes que el mar y más inmóviles que el cielo.

—¡Hola, muchachos! ¿Cuántas leguas irán yá? preguntóles Serafin, incomodado con la atencion estúpida que despertaba.

Los doce enanos se levantaron á un mismo tiempo, y le hicieron un saludo uniforme.

—Bien, bien...! sentaos! repuso Serafin, encendiendo un cigarro.—¿Conque.... decidme: ¿cuándo llegaremos á Italia?

Los doce se miraron unánimemente, dijeron una palabra unísona en un idioma desconocido, y se llevaron á un tiempo á los dientes la uña del dedo pulgar, haciéndola crujir contra ellos.

—¡Vamos! exclamó Serafin, volviéndoles la espalda. ¡Yá que los hombres han dispuesto no hablar un mismo idioma, á lo ménos usan de una mímica igual! ¡Nadie me comprende á bordo! ¡Estoy divertido! Tendré que reducirme á hablar con el capitan, lo cual no me divierte mucho! Pero ¿y Alberto? (pensó enseguida el jóven:) ¿qué será de él?—¡Buena locura hicimos con achisparnos! ¡Ni áun recuerdo que nos hayamos despedido, á pesar de lo expuesto de su viaje! ¡Que haya hombres con suficiente humor para ir al *Polo!*

Serafin se puso entónces á meditar en las dulzuras del clima de Italia, en las lagunas de Venecia,

Digitized by Google

en las campiñas de Florencia, en las tardes de Nápoles, en las noches de Roma, en el teatro de Milán....

—¿Y *Norma?* pensó el músico enseguida, saltando de Europa á América. ¡Es una aventurera, una cómica! ¡Tiene treinta y cinco años! ¡Se llama Jacoba! ¡Y es inglesa! ¡Es decir, tendrá los piés grandes! ¡Y esto es lo de ménos! ¡Pero tener marido, como cualquier provinciana, ó como la hija de un honrado labriego! ¡Tener señor de vida y hacienda! ¡Cuerno! ¡Y además un amante! ¡Cuerno dos veces! ¡Esa mujer es peor que Lucrecia Borgia!—¡Resultado de todo: que moriré célibe!

Despues de este *ultimatum,* Serafin procuró rechazar tantos y tan contradictorios pensamientos como le ocurrian.

Para conseguirlo, decidió tocar el violin.

Bajó á su cámara, y, con indecible asombro, encontró en ella á un negrito de 14 á 15 años, vestido de blanco, el cual lo saludó, entregándole un billete muy plegado.

Abriólo Serafin, y leyó estas palabras, escritas en italiano y con una letra muy menuda y bien trazada:

«Vivid sobre aviso: es probable que de un momento á otro se atente contra vuestra vida.»

El jóven se estremeció, y alzó la vista para buscar al mensajero de un papel tan extraño.

Digitized by Google

El mensajero habia desaparecido.

—*¡Diablo!* exclamaria Alberto.... (dijo Serafin): ¡esto se complica! ¿Quién me querrá matar? ¿Quién me dará este aviso? ¿Si será otro medicamento del capitan para distraerme de mi amor desventurado? De cualquier modo, le enseñaré este papel tan luégo como lo vea.

Á pesar de esta reflexion tranquilizadora, no dejó el jóven de buscar sus pistolas inglesas, de examinar si estaban corrientes, y de metérselas en los anchos bolsillos de su gaban.

Este incidente le quitó la gana de tocar el violin. Púsose, pues, á deshacer sus maletas, á hacerlas de nuevo, á arreglar papeles y á leer alguna música.

Así lo sorprendió la noche.

Segun oscurecia, empezaron á asaltar á Serafin siniestros temores: volvió á pensar en el billete anónimo y en los peligros que le anunciaba: la imágen fatídica del capitan se le apareció tal como la habia visto aquella mañana entre sueños, y sumergióle en mil reflexiones aún más fantásticas el recuerdo del sér desconocido que velaba por él dentro del buque.

Y creyóse trasportado á un mundo de espectros. Y toda aquella tripulacion de rubios enanos, y el capitan, y el negrito, y el mascarón de proa del *Lebiathan*, empezaron á girar en su imaginacion, y á hacerle muecas, y á mirarle con ódio, y á reirse de él, y á predecirle su muerte.

Digitized by Google

La cámara se hallaba sumergida en tinieblas.

Las olas gemian tristemente al estrellarse en los costados del buque.

El viento silbaba con eco funeral.

En aquel instante oyó ruido sobre su cabeza, y la cámara se inundó de una claridad vivísima.

Serafin dió un grito y se puso de pié, montando una pistola.

Escuchó pasos detrás de sí, y se volvió.

Dos hombres bajaban la escalera.

Cada paso que daban hacia resonar una cosa metálica, estridente, como el choque de dos espadas, como el chasquido de un cristal que se rompe.

Serafin montó la otra pistola.

Acabaron de bajar los aparecidos, y dejaron sobre la mesa varios cuchillos.

Tambien habia cucharas y tenedores.

Eran sus camareros, que le traian luces y la comida.

Serafin ocultó las pistolas avergonzado, y volvió á sentarse, murmurando entre un último temblor y una sonrisa de confianza:

—Soy un imbécil.

Era su segundo *ultimatum* de aquel dia.

Pero, á pesar de ser un imbécil, no probó la comida hasta que sus camareros admitieron varias finezas que les hizo.

Digitized by Google

III

DONDE SE PRUEBA QUE TODO VIOLIN DEBE TENER SU CORRESPONDIENTE CAJA.

Sin otra novedad trascurrió una semana.

Serafin no enseñó al capitan el billete misterioso, pues si de álguien desconfiaba era de él, ni salió de su cámara en aquellos dias.

¿Qué razones tenia para ello?

No acertaba á explicárselas.

Sin embargo, el peligro no se presentó.

El dia que hacia nueve de navegacion, decidióse el jóven á darse á luz, y subió sobre cubierta á eso de las cuatro de la tarde.

Rurico no habia visitado tampoco en toda la semana á nuestro amigo Serafin.

Al asomar éste la cabeza por la escotilla, despues de tantos dias en que no habia abandonado su abrigada jaula, sintió tal impresion de frio, que tuvo que bajar y ponerse un paletot de entretiempo.

Así dispuesto, tornó á subir.

Digitized by Google

—¡Es raro! meditó nuestro jóven. La primavera avanza: nosotros caminamos tambien hácia países más templados que España, y, sin embargo, cada vez hace ménos calor! ¿Si me habrán engañado respecto del clima de Italia?

El lector sabe que Serafin era lego en geografía.

Embebido estaba en estas reflexiones, cuando sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

—Buenos dias! dijo el capitan; pues era él.

—¡Al fin os veo! exclamó Serafin, dándole la mano.

—He estado enfermo....

—¡Oh!... ¿por qué no me habeis avisado?

En efecto, Rurico de Cálix estaba más pálido que de costumbre.

—Serafin, (dijo de pronto, encarándose con el jóven:) ¿vais á dispensarme que os haga una pregunta, hija del afecto que me inspirais?

La voz del capitan era más grave que de costumbre.

—Estoy pronto á satisfaceros, contestó Serafin, poniéndose en guardia como siempre que le hablaba aquel hombre.

Hubo un momento de pausa.

—¿Con qué objeto haceis este viaje? preguntó Rurico, clavando sus ojos en los del jóven.

Éste no se turbó ni un instante; pues trataba de contestar lo mismo que sentia.

—Voy á perfeccionarme, dijo, en el contrapunto y la composicion.

Digitized by Google

El capitan dilató los ojos.

—Veo, exclamó enseguida, que haceis un viaje loco, á ciegas, sin conocimiento del punto á que os dirigís. Vuestro equipaje me lo dá á entender más que todo.

—Os engañais, capitan, replicó Serafin. Sé perfectamente á qué país voy, pues he pasado la mitad de mi vida leyendo cuantas descripciones de él se han hecho y preguntando pormenores á todos los que lo han visitado.

—¿Luego sabeis?...

—Sé que el clima es benigno....

Rurico se sonrió.

Serafin prosiguió sin inmutarse:

—Que hay en él los mejores jardines de Europa....

El jarl, viendo la seriedad del artista, dejó de sonreir.

—Que tiene palacios inimitables, montañas deliciosas, morenas bellísimas, muchos músicos, lagos resplandecientes....

—Pero entendámonos, interrumpió el capitan á su vez: ¿No vais á la *Venecia* del Norte?

—Sí, señor, á *Venecia* voy. ¡Y si viérais cuánto me alegro! Siempre he tenido vehementes deseos de ver coches con remos y calles de agua, ó lo que es lo mismo, góndolas y lagunas.

—Pues yo que he estado mil veces en *Hammesfert*, repuso el capitan, os digo que os han engañado. Ni el clima es como pensais, ni se vé un músico á cien leguas en contorno, ni tropezareis con ninguna

Digitized by Google

morena. En lo único que no vais equivocado, es en las calles de agua y en los coches con remos.

—Os burlais, capitan, exclamó Serafin. ¿No habeis leido lo que Fenimore Cooper dice en el *Bravo?*

—Pues ese caballero os ha engañado miserablemente. No es el primer autor que lo hace.

—Y en el *Diccionario geográfico* de Barcelona he leido....

—¡Bah! ¡Bah! ¿creeis vos que esos catalanes hayan estado allí?

—Pero el resto de aquella tierra.... empezó á decir el músico.

—Es algo peor.

—¡Idos al diablo! ¡Vaya unas bromas que gastais!

—Donde me voy es á mi cámara, querido Serafin: oigo que me llaman.

—Id con Dios; pero sabed que me dejais enfadado.

—¡Oh! lo siento mucho.... contestó Rurico sonriendo.

Y se hundió por una escotilla.

Quedó Serafin solo y de muy mal humor.

Acordóse del violin, mudo y encerrado en su caja desde la noche inolvidable en que se cantó *Norma*, y dirigióse á él con el mismo afan que si fuese á ver á un amigo despues de una larga ausencia.

Lo sacó de la caja, lo limpió perfectamente, lo abrazó con cariño, lo templó, y tendióse sobre la cama para tocar con más descanso.

Digitized by Google

Maquinalmente, y llevado de una fuerza irresistible, empezó el Aria final de *Norma*, última pieza que habia tocado en él, y cuyos ecos, dormidos desde entónces, creia despertar cada vez que deslizaba el arco sobre las cuerdas.

Anochecia, y todo era silencio en la embarcacion.

El jóven músico, saltando con el pensamiento aquellos nueve dias de tédio pasados á bordo del *Lebiathan*, se trasladó á la noche en que vió á la *Hija del Cielo*. Sevilla, el teatro, las luces, todo apareció á sus ojos. Entónces creyó oir entre la voz de su violin el eco blando de otra voz; creyó percibir aquella figura dulcísima que le decía *¡adios!* con sus miradas, con su canto, con su actitud; creyó, en fin, que aquel momento sublime se repetia, y volvió á latir su corazon con aquel amor fanático que no habia podido extinguir toda la elocuencia de Rurico de Cálix.

Luégo dejó de tocar, y se figuró que veia á la desconocida de pié en la góndola, bajo un dosel de púrpura, medio perdida entre el mar y la sombra, y agitando su pañuelo para decirle otra vez *¡adios!*

—¡Adios! murmuró Serafin con honda melancolía, y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

Yá no pensaba; soñaba.

Se habia dormido abrazado á su violin, á aquel hermano de la *Hija del Cielo!*

Cuando al dia siguiente despertó, era muy tarde.

Digitized by Google

Toda la noche la habia pasado soñando con *Norma*.

Al primer movimiento que hizo para levantarse, advirtió que el violin estaba entre sus brazos.

—¡Oh!... dijo; este violin es el esqueleto de mis esperanzas.

Y buscó la caja para encerrarlo, diciendo con amarga ironía:

—Las cajas se han hecho para los muertos. Mi violin sin *Norma* es un cuerpo sin alma.

La caja no parecia.

—Pues señor; me la han robado.... pensó.—Pero, ¿con qué objeto? se preguntó enseguida.

—¡Ah! ¡yá caigo! exclamó por último.

Y su frente radió como si la iluminara un relámpago.

- Sí; ¡eso es! Me han quitado el continente por quitarme el contenido. ¡Quieren separarnos, querido violin!

Luégo se puso sombrío.

—Aquí hay un misterio que necesito aclarar, murmuró. Ha llegado la ocasion de que yo haga al capitan ciertas preguntas.... La carta del otro dia.... el robo de hoy.... ¡Está visto! Á mí me sucede alguna cosa extraordinaria. Ó estoy á bordo de un buque encantado, ó en poder de una horda de piratas!

Digitized by Google

IV

DE CÓMO UN VINO PUSO CLARO LO QUE OTRO VINO PUSO TURBIO.

Á la caida de la tarde de aquel dia, Serafin arregló sus vestidos; encerró el violin en una maleta, y abandonó la cámara.

Cuando apareció sobre cubierta, ya era de noche,

Los marineros fumaban, agrupados como siempre y hablando en su idioma.

Serafin se dirigió con paso firme hácia la escotilla que conducia á la cámara del capitan.

Bajó la escalera y tropezó con una especie de garita, ocupada por el más rubio y más enano de los enanos rubios que componian la tripulacion, el cual se levantó á estorbarle el paso.

Nuestro jóven se detuvo, é hizo señas de que queria ver al capitan.

Saludó el enano, y penetró en la cámara.

Digitized by Google

Pocos momentos despues, se abrió de nuevo la puerta, y apareció Rurico de Cálix.

—¡Oh!... ¡mi amigo! exclamó al ver á Serafin; ¿quereis hablarme? Vamos, pues, á vuestro departamento.

El músico extrañó aquel recibimiento impolítico, y respondió con sangre fria:

—¿Me arrojais de vuestra casa?

—¡Oh! no es eso, replicó el capitan, disponiéndose á subir á la cubierta: no es eso precisamente.... sino que....

—Es el caso, dijo Serafin, para sacarlo del atolladero en que se habia metido: que lo que tengo que manifestaros debeis oirlo en vuestra cámara.

—¿Cómo? esclamó Rurico, medio desconcertado.

—¡Es claro! añadió Serafin, sonriendo; vengo á que me deis de comer.

Nada podia contestar Rurico á esta galante salida del jóven. Un convite se rehusa: un convidado se recibe con los brazos abiertos.

Meditó un instante, sólo un instante, y bajó los dos escalones que habia subido, exclamando entre una sonrisa:

—¡Oh! ¡me honrais! Con mucho gusto.... Os habeis adelantado.,.. Casualmente hoy pensaba en lo mismo.... Pasad....

Y empujando la mampara, cedió el paso á Serafin.

Éste penetró en la cámara con actitud tranquila; pero no sin palidecer.

Digitized by Google

Luégo quedóse admirado: pues no creia que en el *Lebiathan* hubiese un rincon tan delicioso.

El pavimento, las paredes y el techo estaban forrados de una riquísima tela azul muy recia y muy mullida. En semejante aposento nunca podia hacer frio. Á la derecha habia una vidriera de colores, de un mérito extraordinario. Pendian del techo cuatro lámparas que daban á la habitacion una claridad viva y suave al mismo tiempo. En el centro de la cámara habia una mesa con comida preparada para un hombre solo, pero con un lujo admirable.

—Casualmente iba á comer cuando llegásteis, dijo el capitan, dando órdenes en otro idioma á dos enanos elegantemente vestidos, los cuales pusieron otro cubierto.

—Come solo!... pensaba entre tanto Serafin.

Los camareros recibian nuevos encargos del capitan, y no dejaban de traer botellas y más botellas, de distintas formas y condiciones, alineándolas en un extremo de la mesa.

Habia allí vino para enloquecer á diez ingleses.

—Sentaos, Serafin, dijo el capitan; y ante todas cosas ¡bebamos! Tengo vinos excelentes y unos licores muy variados: un prisma líquido, que diriais los poetas. Porque vais á ver sucesivamente en vuestra copa vino negro, purpúreo, rosado, dorado, incoloro, y blanco como la espuma. Habeis de probarlos todos, aunque no sea más que un trago de cada uno. Veamos este *Grave*.

Digitized by Google

Serafin, que tanto gustaba de un rico vino, sin que por esto lo creais vicioso, apuró su racion que le pareció deliciosa.

La comida era asaz suculenta, y estaba compuesta de manjares que desconocia Serafin.

El capitan bebia espantosamente, obligando á su convidado á repetir tambien las libaciones.

Serafin dejó para los postres la séria explicacion que pensaba pedir al capitan, y dedicóse al vino en cuerpo y alma, tratando de alegrarse, porque conocia que de aquel modo hablaria con más franqueza.

Rurico de Cálix lo miraba atentamente, como si estudiase los progresos que hacia la embriaguez en aquella meridional fisonomía.

De vez en cuando dirigia una rápida ojeada á la vidriera de colores que hemos citado.

No parecia sino que temia algun peligro por aquella parte.

Serafin se hallaba muy entretenido con un plato que á la sazon despachaba.

—¿Qué mirais con tanto ahinco? le preguntó el capitan.

—Miro, masco y admiro, respondió el jóven, este raro y exquisito jamon, el mejor que he comido en toda mi vida.

—Yá lo creo. ¡Es de rengífero!

—Y ¿qué es eso?

—¡Oh! ¡el rengífero! Este animal es el don más precioso que la naturaleza ha otorgado á los hom-

Digitized by Google

bres del Norte. Yá probareis alguna vez la leche de rengífera, y entónces sí que os asombrareis y me dareis las gracias....—Veamos este *Oporto*, añadió el capitan.

Serafin vació su copa de un trago, dando un resoplido de satisfaccion.

—Entre paréntesis, capitan.... (dijo despues de asegurarse en el asiento:) ¿por qué son enanos y rubios todos vuestros marineros?

—Son lapones, respondió Rurico, mirando cada vez con más zozobra á la vidriera.

—Y, apropósito de rubios y lapones (prosiguió Serafin, á quien la embriaguez le habia dado por hablar): ¿sabeis si es cierto que el oso blanco que devora á una mujer rubia, queda con los huesos rojos para siempre?

En este instante se oyeron á lo léjos dos ó tres notas escapadas de un piano, como si una mano distraida se hubiese posado sobre las teclas.

Serafin se estremeció involuntariamente.

Rurico se puso pálido como un muerto.

—¿Teneis piano á bordo? preguntó el músico, siguiendo la mirada del capitan y fijando la suya en la vidriera.

—Tengo un músico de cámara que toca mientras me duermo. Creía que yá lo hubiéseis oido. ¿No subís de noche á la cubierta?

—¿Qué he de subir con este frio que hace, y sin ropa de abrigo? Todas las tardes me acuesto al oscurecer....

Digitized by Google

—Ah.... ¡yá!—Pues vuelvo á vuestra pregunta, y va de cuento....—¡Pero, entretanto, bebed!

El capitan escanció *Tocay*.

Serafin lo bebió, quedándose medio galvanizado.

—Capitan.... ¡la cámara da vueltas! exclamó.

—No hagais caso, dijo Rurico; eso se quita con más vino.... segun la homeopatía. Probad este *Chipre*....—Pues señor, andaba yo cazando por Faruvel, en Groenlandia....

El piano sonó en este momento más vigorosamente que ántes, dejando oir un brillante preludio.

Serafin no atendia al capitan, que siguió contando no sé que historia, sino que esperaba con toda su alma la pieza que debia seguir al preludio.

El capitan se interrumpió, y propuso al jóven un paseo por la cubierta.

—Así os refrescareis, añadió.

—¡Qué! respondió Serafin: ¡yo refrescarme! Si estoy.... perfectamente! Yo nunca me achispo!

Y para corroborar su falso testimonio, se sirvió de la primera botella que vió á su alcance.

Era *Kirsch*.

Al segundo trago quedó Serafin trastornado del todo.

—Me cargan los ojos azules, capitan!... balbuceó tambaleándose. Principalmente... si son como los vuestros. ¡Nunca se sabe lo que pensais! Aquí teneis los mios....—¿Pero qué es eso que toca.... vuestro músico de cámara?

Era el Final de *Norma*.

Digitized by Google

Es decir, era el único canto que podia ser reconocido por Serafin en aquel momento de total insensatez.

Así y todo, el jóven no sabia dónde estaba, ni veia yá al capitan.

Oia.... y soñaba que estaba en Sevilla.

—¡Otro trago! dijo Rurico, colocándose instintivamente entre el jóven y la puerta de cristales, y ofreciéndole al mismo tiempo una botella de figura extraña.

—¡No bebo más! murmuró Serafin.

—¡Á la salud de ese canto! exclamó el capitan apurando una copa de aquella botella.

—¡A la salud de *Norma!* repuso Serafin. Venga... venga.... capitan....

Y, cogiendo la botella, probó á bebérsela de un trago.

Pero la botella se le escurrió entre los dedos, no bien absorbió una bocanada de su contenido.

Era *Kúmel.*

—¡Bravo! gritó el capitan, procurando ahogar con su voz y su algazara el sonido del piano.

—¡Bravo! repitió Serafin: sois el rey de los anfitriones. Desde Lúculo á Montecristo, nadie ha hecho los honores de una mesa tan perfectamente como vos.... Por mi parte, pienso pagaros este banquete, no bien lleguemos á Italia, con un almuerzo artístico.... ¿Eh? ¿Qué os parece? ¿Me acompañareis á Florencia?

Digitized by Google

—Yá disparatais, dijo el capitan. ¡Estais completamente trastornado!

—¿Cómo trastornado? ¡Estoy más en mi juicio que vos!

—¡Se conoce! Decís que estais en vuestro juicio, y me hablais de llegar á Italia....

—¿Y qué?

—Nada.

—Pues.... nada, repitió Serafin.

—¿Lo veis? insistió Rurico.

—¿Qué?

—Que estais loco.

—¿Cómo loco?

—Sí, señor: me habeis dicho *¡nada!*, tratándose de un disparate.

—¿Qué disparate?

—Eso de llegar á Italia....

—¿Y bien...?

—Que jamás llegaremos á Italia.

—¿Cómo? exclamó Serafin con terror. ¿Pensais asesinarme ántes?

—¡Asesinaros! repitió Rurico, lanzando al jóven una mirada sombría.

—¡Pues! Decís que nunca llegaremos....

—Es claro; como que caminamos en direccion opuesta.

—¿Y no vamos á Italia?

—No.

—¡Ja! ja! ja! ¡ya estais ébrio!

—Vos sois el que lo está, respondió Rurico.

Digitized by Google

—¡Ja! ja! ja! continuó Serafin, tirándose, ó mejor dicho, cayéndose sobre una silla.—¿Á dónde vamos, pues?

—Á Laponia.

—¡Qué disparate! ¡Me habeis confundido con mi amigo Alberto. Él va al Polo, yo á Venecia.... y si no.... escuchad: *Éste á Italia y éste á Laponia; éste á Laponia y éste á Italia....* Así decia un marinero cierto dia en que yo estaba más ébrio que vos....

—¿Hablais formalmente? preguntó Rurico, cogiendo al jóven por un brazo.

—¡Pues no que no! Vos debeis tener mi billete....

—Yá se ve que lo tengo! dijo el capitan, sacando un papel de su cartera: miradlo.

Serafin pensaba yá en otra cosa: habíase acercado á la vidriera de colores, y aspiraba las últimas notas del Final de *Norma*.

—¡Qué expresion.... tan.... *Hija del Cielo....* tiene vuestro ayuda de cámara! balbuceó el músico, poniendo la mano en el picaporte.

Rurico de Cálix lo arrancó de allí, sacudiéndolo vivamente.

—Hombre! replicó Serafin: no os pongais tan *feroce*. Si no quereis, no *la* veré....

—¿Á quién? exclamó el capitan con vehemencia.

—La cámara.... esa cámara..., respondió Serafin, riendo como un idiota.

El capitan respiró..

—Concluyamos, jóven, dijo en seguida: tomad

Digitized by Google

vuestro billete y marchaos á dormir.—Mañana trataremos de enmendar esta equivocacion.

Serafin cogió el billete, y entre mil disparates y repeticiones, leyó estas palabras:

«Pasaje á favor de don Serafin Arellano, emigrado, en mi bergantin *el Lebiathan*, que sale de Cádiz (España) para Hammesfert (Laponia) el dia 16 de Abril de.... á las ocho de la noche.

RURICO DE CÁLIX.»

Serafin se oprimió las sienes con las manos, creyendo que se volvia loco.

—¡Voy al Polo! exclamó al fin con desesperacion.

Rurico lo miraba intensamente, mudo, inmóvil, cruzado de brazos.

—¡Al Polo! repitió Serafin dando traspiés por la cámara.

El capitan le vió vacilar y no acudió á sostenerlo.

—¡Al Polo! volvió á tartamudear, cayendo sobre la alfombra.

Entónces murmuró Rurico estas palabras:

—¡Fatalidad! Me seguia sin saberlo.... El infierno se empeñó en colocarnos frente á frente.... ¡Era su destino!

Luego, recobrándose:

—¡Hola! exclamó.

Sus criados acudieron.

Digitized by Google

—Llevaos á ese hombre, dijo, señalando á Serafin, que no daba señales de vida.

Y volviendo la espalda á aquella repugnante escena, llamó á la vidriera de colores.

Un negrito, vestido de blanco, abrió los cristales.

El piano vibró más que nunca en aquel momento.

Rurico entró, y la puerta volvió á cerrarse.

En cuanto á Serafin, cogiéronlo dos camareros de los piés y de los hombros, cual si ya fuese un cadáver, y desaparecieron con él por aquella misma puerta que dos horas ántes atravesó el jóven tan ufano y decidido.

Digitized by Google

Digitized by Google

V

SERAFIN REFLEXIONA

Al atravesar la cubierta aquel fúnebre cortejo, el frio de la noche hizo volver en sí al jóven músico.

—¡Dejadme! dijo, escapándose de las manos de sus conductores.

Y se puso de pié.

Los enanos, que lo vieron repuesto y firme, obedecieron á una seña que les hizo y lo dejaron solo.

Una gran reaccion se habia obrado en Serafin.

La revelacion de que iba al Polo, el letargo en que habia estado sumergido y el viento que refrescaba su frente, habian vuelto alguna lucidez á sus ideas.

Quiso pensar y pensó: buscó su razon á través de su locura, y logró retener en su cabeza el juicio que se le iba.

—¡Al Polo! exclamó entónces. ¡Oh! ¡nó, nunca! Yo

Digitized by Google

debo ir á Italia..., y quiero ir..., é iré á pesar de todo! He ganado mil duros tocando el violin; los he ahorrado uno á uno con este objeto, y ahora salimos con que voy al Polo!! ¡Maldicion sobre el vino! Pero aún será tiempo: Alberto dijo que la navegacion hasta Laponia se hacia en un mes, y llevo diez dias solamente. Suplicaré al capitan que nos acerquemos á la costa más inmediata, y me pondré en camino para el Mediodía.

Pensando así, dirigíase el jóven á su cámara, no sin hacer algunos semicírculos, cuando, entre el arrullo de las olas que hendia el *Lebiathan*, escuchó el eco vago de una voz que hacia diez dias resonaba sin cesar en su alma....

Pasó aquella ráfaga de viento, y el mágico sonido se perdió con ella.

—¡Era su voz! exclamó el jóven. ¡Qué locura! Será que vuelvo á marearme.

Y dando traspiés, se dirigió á la cámara del capitan, en vez de caminar hácia la suya.

Otro lamento armonioso, más claro y penetrante que el anterior, hirió el oido de Serafin.

—No me engaño, exclamó, parándose de nuevo. ¡Es una voz de mujer! ¡Es la voz de ella! ¡Y suena aquí, aquí debajo, en mi misma cámara!... No puede ser....

El jóven se golpeó la frente para sacudir aquella alucinacion; pero sólo consiguió escuchar más distintamente.

—¡Qué diantre! dijo de pronto; ¡si esta no es mi

Digitized by Google

cámara! ¡Es la de Rurico! Válgame Dios.... ¡cómo estoy!—¡Oh! ¿qué escucho?

Al apartarse Serafin de la escotilla para dirigirse á su departamento, pasó por un punto del alcázar de popa en que se oia tan distintamente aquel canto, que yá no dudó de que era una realidad.

—¡Aquí! ¡aquí! decia todo trémulo: ¡debajo de mis piés! Es claro.... ¡Aquí debe caer la habitacion de la vidriera de colores! ¡Dios mio.... volvedme la razon! ¡Y es ella! ¡Es ella la que canta! ¡Es su mismo acento, su misma expresion, su misma ternura.... su mismo.... su misma.... ¡ah! ¡el Final de *Norma!* ¡El Final de *Norma!!* Ella es! ella es! *La Hija del Cielo!!!*

Serafin quedó estático; dejóse caer suavemente sobre la cubierta, y aplicó el oido á las tablas.

Poco á poco su corazon volvió á empaparse de aquel amor inmenso sentido una sola vez en Sevilla en aquella noche memorable, y el dolor de la ausencia, la hiel de la duda, la fiebre de la desesperacion, el hielo del desengaño desaparecieron del alma de Serafin, como las pesadillas fantásticas de la noche se desvanecen al anunciar el primer pájaro la llegada del dia.

Pasado un momento de culminante desvarío, de dicha insoportable, empezó el jóven á analizar aquellas notas dulcísimas, y halló en ellas la misma melancolía, la misma entonacion de tristeza que la noche del teatro.

Digitized by Google

De pronto, en medio de aquel sublime verso:

Del sangue tuo pietá!

calló la voz bruscamente, como si un terror repentino hubiera sorprendido á la jóven.

Y siguióse un silencio de muerte, que heló la sangre de Serafin.

Luégo oyó la voz del capitan que hablaba muy alto; pero en un idioma desconocido.

Aquella voz tenia el acento de la ira.

Otra voz grave y reposada, la voz de un anciano, vino á interrumpir á Rurico.

Despues sonó un golpe como de un portazo.

Entónces oyó pasos cerca de sí.

Fijó la atencion, y vió salir una figura de la cámara del capitan.

Aquella figura fué tomando cuerpo y destacándose en el mar y el cielo, hasta que al fin, se delineó la silueta de un hombre.

La noche estaba oscurísima.

Serafin no podia ser visto por esta razon, y por haberse replegado contra una banda del bergantin; mas, por su parte, pudo conocer que aquella sombra tenia todo el aire del capitan.

Sonaron nuevos pasos, y la escotilla dió salida á otra figura de ménos elevacion, pero de más volúmen que el capitan.

—¡El anciano del palco! pensó Serafin, oculto en las tinieblas.

Digitized by Google

Rurico y el desconocido se pusieron á pasear desde la proa al principio de la popa. Serafin estaba á un lado del alcázar y no perdia nada de su conversacion.

Pero lo perdia todo; porque hablaban en un idioma que no comprendia.

Yá empezaba nuestro jóven á desesperarse, cuando, despues de dos ó tres paseos, oyó decir á Rurico:

—Dejemos este idioma en que tan mal nos entendemos; y pues que estamos solos, hablemos en francés.

Serafin palpitó de júbilo.

—Vuestro tono con la jarlesa me ha disgustado mucho, dijo entónces él anciano.

—Sabeis, señor, cuánto la respeto; pero considerad....

—Exigís demasiado, Rurico.

—¡Demasiado! dijo el capitan. Convenceos, señor, de que ella sabe que ese jóven está á bordo....

— No lo sabe, ni puede saberlo.

—¡Oh! exclamó Rurico con ferocidad: ¡Si llegase yo á convencerme de lo que decís!

El jóven no acabó su pensamiento; pero Serafin lo adivinó.

Queria decir que si se convenciese de que ella ignoraba que Serafin estaba á bordo, podria matarle, sin exponerse por esto, como temia, al ódio de la que tanto amaba.

El viejo no comprendió la tremenda amenaza del jóven, y le respondió:

Digitized by Google

—Pues yo os fio que nada sabe la jarlesa sobre el viaje de ese músico.

Rurico permaneció un instante en silencio, y luégo exclamó:

—Sólo un favor os pido, señor Gustavo, y es que intercedais para que no vuelva á cantar durante la navegacion. ¡Es mucho empeño por ámbas partes el estar siempre cantando ó tocando el Final de *Norma*, ese recuerdo de una noche que quisiera borrar del pasado!—En cuanto á él, yá no tocará más á bordo.

—¿Cómo? ¿Qué habeis hecho?

—Mis camareros le quitaron anoche el violin, y, con caja y todo, lo tiraron al mar esta mañana.

Serafin sonrió en la oscuridad.

—Mal hecho, Rurico; muy mal hecho! exclamó Gustavo.

—¡Oh! señor.... ¡tengo celos! replicó el jóven.

Advertia Serafin en medio de su embriaguez, que el capitan empleaba un tono hipócrita con el llamado *señor Gustavo*, lo que le confirmó en su idea de que el viejo del palco era el padre, ayo ó tutor de la *Hija del Cielo*.

—En fin, tened paciencia y sabed ser hombre, dijo Gustavo. Sabeis que os quiero y que contais con toda mi proteccion. Dentro de quince dias llegaremos á Hammesfert, y yá lo arreglaremos todo á vuestro gusto.

Serafin se estremeció al escuchar estas palabras.

Y, como los dos extranjeros volvieran á bajar á

Digitized by Google

su cámara, levantóse él con precaucion, pasóse las manos por la frente, y apoyándose en una banda del buque, se puso á meditar de este modo:

—

—Aquel marinero gaditano equivocó nuestros billetes.

¿Es esto un bien ó un mal?

Veremos.

—

—Alberto habrá ido á Italia contra su gusto....

¡Pobre Alberto!

—

—Yo voy al *Polo*....

¡Pobres veinte mil reales! ¡Pobre de mí! ¡Me helaré sin remedio humano!

—

—Rurico de Cálix es el jóven del albornoz blanco; el que está desafiado con Alberto....

¡Diablo! exclamaria éste.

—

—Y ¿cómo expenderia un billete á mi favor, para que fuese en este barco, si dice que conocia mi nombre, y debia de conocer mi amor á la *Hija del Cielo?*

¡Indudablemente! otra persona escribiria mi bi-

Digitized by Google

llete, ó el capitan no sabia mi nombre, y sólo se enteró de que yo venia en el *Lebiathan,* al verme en mi camarote á la mañana siguiente de zarpar el buque....

—

—¡Pero la *Hija del Cielo* va á bordo conmigo....

¡Oh ventura!

—

—¡Y ella lo sabe!

¡Oh placer!

—

—Suyo era aquel billete que me anunciaba un peligro....

¡Luego me ama!

—

—Este peligro vendrá de parte del capitan....

¡Viviré como un Argos!

—

—El capitan no ha atentado contra mi vida por.... por....

Por no hacerse odioso para la *Hija del Cielo.*

Luego le debo la vida á ella.

—

Digitized by Google

—El enano calvo del palco va con nosotros....
¿Quién será?

—

—*Jacoba* puede ser muy bien nombre de mal gusto....
¡*Ella* no se llama *Jacoba!*

—

—Las inglesas tendrán los piés como Dios se los haya dado....
Ella debe de tenerlos andaluces.

—

—Esta noche ha cantado en su cámara el final de *Norma.*
Luego se acuerda de mí....

—

—El capitan se propuso embriagarme, á fin de que no oyese el piano....
¡Pícaro capitan!

—

—Luego ese hombre no manda en *ella*....
¡Me alegro!

—

—Pero *ella* no manda en él....
¡Tanto mejor!

—

Digitized by Google

—Entónces, ¿por qué viajan juntos?
¡Esta es la clave de todo!

—

¿Quién es él?
Lo ignoro.

—¿Quién es ella?
No lo sé.

—Él la ama....
¡Malo!

—Ella lo aborrece....
¡Magnífico!

—Pues que ella toca el Fiñal de *Norma* en sus barbas, él no es su marido....
¡Soberbio!

—

—Y no es su amado, puesto que su amado soy yo....
¡Sublime!

—

—Y no es su amante....
¡Oh...! ¡Ella es pura como el sol!

—

—Y no es su hermano....
¡Imposible! ¿Cuándo fueron hermanos la serpiente y el ruiseñor?

—

Digitized by Google

—Ni su amigo...
¿Cómo habia de serlo?

—

—Ni su padre....
¡Eh...!

—

—Ni su hijo....
¡Qué disparate!

—

—Ni un extraño para ella....
Esto es evidente.... y sumamente grave!

—

—Ni su criado....
¡Ca!

—

—Ni su señor....
¡Esto ménos que nada!

—

—¡Ah! ¡me vuelvo loco! ¡La reflexion embriaga tanto como el vino!

Dijo, y bajó á su cámara, y se acostó.

Y durmió *como se duerme á los veinticuatro años*, —segun suelen decir los novelistas que han pasado de esa edad.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

UNA MIRADA DE RURICO DE CÁLIX.

No bien despertó Serafin, saltó de la cama y se vistió.

—¡Hoy es un gran dia! dijo.

Y sacó el violin de la maleta.

En este momento apareció en la escotilla aquel negrito vestido de blanco que lo visitó otra vez.

Venía con un dedo sobre los labios, recomendando silencio.

Serafin tembló de placer al ver al mensajero misterioso.

Éste le entregó un papel.

Serafin quiso hablarle, temiendo que se le escapara como en otra ocasion; pero el negro dió muestras de no entender el español, ni el francés, ni el italiano, únicos idiomas que poseia el músico.

Digitized by Google

Entónces leyó éste el billete, que decia así:

«El peligro que os amenazaba se cierne yá sobre vuestra cabeza.»

«El primer dia que salgais á la cubierta del *Lebiathan*, se fingirá loco un marinero, y os dará de puñaladas.»

«Á bordo no hay venenos.»

—¡Sin firma! exclamó Serafin. ¡Pero es de *ella!*

Una idea lo deslumbró de pronto.

—Hé aquí la ocasion de escribirle, exclamó con indecible júbilo.

Y miró alrededor de sí, buscando al portador de aquella carta.

El negro habia desaparecido.

—¡Diablo! dijo Serafin (que en los casos apurados se acordaba de la exclamacion de Alberto): soy el hombre más torpe que recibe billetes en el mundo.

Y volvió á leer el que tenía entre las manos, y lo guardó despues de besarlo repetidas veces.

—Hoy subo sobre cubierta, murmuró enseguida, dirigiéndose á un espejo para arreglarse la corbata.

Ocupado estaba en esta operacion, cuando vió dibujarse en el cristal la funesta figura de Rurico de Cálix.

Vestía una especie de bata de finísimas pieles negras.

Venía espantosamente pálido; pero sonriendo.

—¿Estais mejor? dijo sentándose.

Digitized by Google

—Yo sí; ¿y vos? preguntó Serafin.

—Yo no me puse malo.

—Ni yo tampoco, replicó el músico. Me dieron sueño vuestros vinos...., y nada más.

El capitan meditó un momento, como queriendo descubrir la táctica de su interlocutor.

Pero Serafin, que no se fiaba de sus ojos negros, más elocuentes de lo que él quisiera, dirigió la vista á otra parte.

Vió el violin, y lo cogió como distraidamente.

Rurico quedó atónito y sorprendido al hallar en las manos del jóven un objeto que creia en el fondo del mar.

—¿Cuántos violines habeis embarcado? preguntó luégo con la mayor indiferencia.

—Nada más que uno.... Éste,— respondió Serafin, templándolo. ¿Por qué lo preguntais?

Difícil era la contestacion.

Pero no para Rurico, que vió en este incidente un medio de traer la conversacion al terreno que deseaba.

—Lo decía (replicó) con el fin de que eligiéseis el mejor para esta noche.

—¿Cómo?

—Sí; deseo que toqueis un rato en mi cámara: doy un concierto, y os convido.

Serafin se levantó sobresaltado. El golpe del capitan era certero.

—¿Qué os sucede? preguntó el jarl, sonriendo.

—Nada! contestó el músico, dominándose instantáneamente. Echo de ménos la caja de mi violin.

Digitized by Google

Si el golpe del jarl fué bien dirigido, el del artista no era ménos formidable.

—Y ¿quién toma parte en ese concierto? preguntó enseguida Serafin con visible emocion.

—Todo un genio, respondió el capitan.

—¡Un genio!

—Sí; que logrará maravillaros, entusiasmaros, enloqueceros....

—¡Oh! ¡oh! ¿de quién me hablais? exclamó el músico, dilatando los ojos.

—Supongo, querido, que seguís enamorado de la *Hija del Cielo*.

—¡Cómo! ¿es ella? gritó Serafin. ¡Voy á oirla cantar! ¡Gracias, gracias, amigo mio!

Rurico de Cálix soltó la carcajada.

—¡Qué locura! exclamó. ¿No os he dicho yá que esa cómica partió para Buenos-Aires?

Serafin se mordió los labios.

—¡Se burla de mí! pensó, llenándose de ira.

El capitan continuó:

—Se trata de Eric, de mi ayuda de cámara, soprano famosísimo, que escuchó en Sevilla á esa mujer que amais....

—Decid que amaba....

—¡Vaya por el pretérito!... repuso el capitan, sin dejar su sonrisa. Pues, como os decía, Eric tiene la facilidad de imitar perfectamente todas las voces que escucha; ni más ni ménos que el loro del cantor inglés Braham.... Yá sabreis que la Catalani se puso de rodillas ante aquel pájaro.... Pues lo propio hareis

Digitized by Google

vos ante Eric. Él oyó á la *Hija del Cielo* en la *Norma*, y la imita de manera, que, en el *final* especialmente, me confundo yo mismo.... y me falta poco para arrodillarme tambien.

Pronunció Rurico este discurso con tan completa naturalidad, que Serafin hubiera caido en el lazo y creídolo al pié de la letra, á no haber escuchado la noche ántes su conversacion con Gustavo.

Así es que tuvo por su parte la suficiente sangre fria para fingir que aquella revelacion lo entristecia mucho.

—Hablemos de otra cosa, dijo entónces Rurico. Yá sabeis la equivocacion que descubrimos anoche: vuestro mandadero estaba loco al compraros el billete, y os ha hecho emprender un viaje opuesto al que proyectábais. Ahora bien: el *Lebiathan* llegará mañana á la altura del Norte de Escocia, donde se hallan las islas Hébridas, pertenecientes tambien á la Gran Bretaña. Yo me ofrezco, como es justo, á acercarme á esas islas y dejaros en tierra; pues no creo que cometais la locura de venir á helaros á *la Venecia*, ó sea á la *Venecia del Norte* (que así llaman á *Hammnesfert*, cuya circunstancia os hizo confundirla el otro dia con la *Venecia* del Adriático). En Touque, capital de la isla de Lewis, la mayor del archipiélago Hébrido, tengo un amigo que trafica en lanas con la Noruega: os dejaré en su casa, y él se encargará de facilitaros pasaje para España, de donde podreis pasar á Italia, como era vuestro proyecto.—No tendreis queja de mí!...

Digitized by Google

Serafin habia escuchado al capitan sin indicarle extrañeza, afirmacion ni negativa.

Queria sondear hasta el fondo de sus intenciones.

Aquella proposicion era la primera y última generosidad de Rurico.

—Este hombre, pensó Serafin, sospecha que anoche oí cantar á la *Hija del Cielo*, y me quiere desimpresionar anunciándome que quien cantó fué Eric. Esta noche se pondrá Eric malo, y no habrá concierto.... ¡No está mal pensado! No reteniéndome yá nada á bordo, como él cree que yo creo, lo natural sería que me aprovechase del medio que me propone de no ir á Laponia. Mañana me dejaba en esa isla, y se libraba de mí!—¡Pues, señor, confesemos que obra con talento!—Y con generosidad.... pues que dá este paso para ver si puede evitar el matarme!—Meditemos. Si acepto, salgo de compromisos; evito el peligro que me amaga; no me expongo al invierno polar; salvo la mayor parte de mis mil duros; veo á Italia...., y me quedo sin la *Hija del Cielo*. Si rehusó, me expongo á morir asesinado, á morir helado, á morir de hambre, á no ver más á Matilde y á no ir á Italia.... Pero quedo al lado de la *Hija del Cielo*, y.... ¡quién sabe!

Este *¡quién sabe!* tan halagüeño, que acaso es el más fuerte lazo que une al hombre á la vida, decidió á Serafin.

Rurico extrañó mucho el silencio del jóven, y dijo con cierta inquietud:

—¿En qué pensais?

Digitized by Google

—Pienso, capitan, respondió el jóven, en que vuestras palabras me dan á entender dos ó tres cosas, de la cual una me afligiria sobremanera.

—¿Cómo?

—Lo que os digo: ó estais loco, y esto es lo que me afligiria, ú os duran los humos de la embriaguez de anoche, ó habeis bebido de nuevo hoy por la mañana.

Rurico de Cálix fijó en el jóven una mirada terrible, ardiente, deslumbradora: la chispa de fuego que vagaba estendida por aquellos ojos mudos, se concentró en medio de la pupila, partiendo hácia Serafin como una flecha envenenada.

Éste se echó á reir.

—¡No os riais! murmuró Rurico. No os riais, y esplicadme vuestras palabras.

—¿No he de reirme? replicó Serafin trémulo á su pesar. ¿No he de reirme al oiros decir que yo no quiero ir á Laponia, sino á Italia? ¿De dónde sacais eso?

—Anoche.... vos.... empezó á decir el capitan.

—¡Anoche estaba yo ébrio! repuso Serafin, encogiéndose de hombros.

—Dijísteis que vuestro billete estaba equivocado....

—No hay tal cosa, capitan: miradlo.... Aquí debo de tenerlo, puesto que me lo dísteis anoche.... Sí.... aquí está. Leed—«*Para Hammnesfert (Lapo-*

Digitized by Google

nia).» ¡Oh! ¡Está perfectamente! Tres años hace que proyecto esta expedicion. ¡Tres años, capitan! Pero vos sin duda me habeis confundido con mi amigo Alberto, que partió á Italia el mismo dia que yo entré en el *Lebiathan*. Yá sabeis de quién hablo, pues que estuvísteis en la representacion de *Norma*. Alberto es aquel jóven moreno que aplaudia con tal frenesí.... ¡Por cierto que le costó un desafío, segun me contó luego; una promesa de desafío, si he de hablar con propiedad; unos exponsales fúnebres, que diría un discípulo de Víctor Hugo!

El capitan se habia levantado mientras Serafin pronunciaba estas palabras, que bien podian ser su sentencia de muerte.

Oyólas impasible, y, cuando concluyó de hablar el jóven, le alargó la mano, diciéndole:

—Dispensadme un momento de alucinacion. Confieso que anoche perdí el sentido. Decís bien en todo.

Serafin sintió frio al escuchar aquella voz helada, lenta, pavorosa.

—Hasta la noche, añadió el capitan, retirándose.

—Hasta la noche, repitió Serafin. Acudiré al concierto.

—Quedaos con Dios! exclamó Rurico al abandonar la cámara.

—Adios, jarl, contestó el jóven estremeciéndose, porque aquella era la primera vez que habia oido

Digitized by Google

en los labios del capitan el santo nombre de Dios.

Esta palabra augusta, dicha en aquella ocasion y por un hombre como Rurico, era una blasfemia para el Criador ó una amenaza para Serafin.

Acaso era más bien el aviso religioso que da el sacrificador á la víctima ántes de descargar el golpe sobre su cuello.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

QUE TERMINARÁ CON UNA SONRISA DE RURICO DE CÁLIX.

Eran las once de aquella misma mañana.

El *Lebiathan* seguia avanzando hácia el Norte.

Hacía un frio espantoso.

El Océano estaba ceniciento, y toda la extension del cielo cubierta de nubes pardas.

Á la parte de estribor veíase á lo léjos una línea negra que interrumpia la monótona regularidad del horizonte.

Era Escocia.

Toda la tripulacion se hallaba sobre la cubierta del bergantin, no yá tomando el sol, que apenas calentaba cuando salia un momento de entre las nubes, sino envuelta en pieles, dividida en grupos y fumando sin cesar.

Digitized by Google

Rurico de Cálix se paseaba en el alcázar de popa.

Á las once y media apareció Serafin por la escotilla que conducia á su cámara.

Estaba muy pálido; pero sereno.

Sin la gravedad de su situacion, no hubiera podido permanecer sobre cubierta con su traje meridional.

Pero estaba tan preocupado, que no notó el frio.

Serafin llevaba un proyecto.

Rurico se detuvo al verle.

El jóven se acercó á él, no sin pasear la vista por toda la tripulacion.

—¿Cuál será el asesino? pensaba Serafin.

El capitan lo saludó friamente, y se puso á mirar con un catalejo hácia la parte de Escocia.

Serafin oyó entónces á su espalda una carcajada estridente y ronca.

Volvióse, y vió que un marinero, igual á todos los demás, luchaba por desasirse de las manos de sus compañeros, haciendo unos visajes espantosos y riendo como un verdadero demente.

El capitan no se movió, ni miró siquiera hácia aquel lado.

Serafin volvió la espalda al peligro.

Queria dejarlo llegar.

Á los pocos momentos oyó un grito de todos los marineros.

—El loco fingido se dirige contra mí.... pensó el jóven.

En seguida oyó pasos.

Digitized by Google

—Ya se acerca, se dijo, pálideciendo hasta la lividez.

Entónces se volvió bruscamente.

El fingido loco se le echaba encima, armado de un puñal.

Serafin le detuvo el brazo con un movimiento súbito; retorcióle la muñeca hasta hacerle soltar el arma; cogiólo del cuello y de la cintura; levantólo sobre su cabeza, llegó á la banda de babor, y lo arrojó al mar.

Todo esto fué obra de cuatro segundos.

La tripulacion lanzó un grito más terrible que el anterior, y corrió á salvar á su camarada.

El capitan se volvió, creyéndolo todo terminado.

Lo primero que vió fué á Serafin de pié, inmóvil, rígido, amenazador, con una pistola en cada mano.

Rurico retrocedió, y miró en torno de sí.

Entónces oyó en el mar un lamento, y vió al marinero asesino luchar con un tiburon.

El marinero desapareció bajo las olas, á pesar de las cuerdas que le arrojaron desde el barco.

Rurico temió que Serafin le matase tambien á él, y exclamó hipócritamente:

—¿Qué es esto, amigo mio?

—Esto es, replicó el jóven, que mato para no morir. ¡Capitan, sois un asesino!

El capitan dió un paso hácia adelante.

—No os acerqueis, exclamó Serafin, ó me obligareis á mataros.

Rurico de Cálix se paró.

Digitized by Google

Las palabras condicionales de Serafin acababan de indicarle que su vida no corria peligro.

Entónces meditó un momento.

En seguida dijo una palabra en su idioma; una sola palabra; pero con una voz tan terrible, que todos los marineros se volvieron hácia él.

Estaba transfigurado.

Habia descubierto su cabeza y tirádola atrás con indecible arrogancia: sus manos apartaban de su pecho la túnica azul, dejando ver un peto rojo atravesado de una banda amarilla: sus ojos lanzaban llamas: su boca, contraida por la furia, sonreia de una manera espantosa, y toda su actitud demostraba un cinismo tan salvaje y sanguinario que aterró á Serafin.

Todos los marineros se descubrieron al ver la misteriosa insignia que campeaba en el pecho del capitan, y arrojaron los gorros por alto, lanzando un *¡hurra!* atronador.

Rurico de Cálix pronunció entónces, en són de arenga, varias palabras ininteligibles para el músico.

La tripulacion oyólas y se adelantó hácia Serafin, que en un momento se vió rodeado de puñales.

Rurico entre tanto ocultaba la enseña amarilla, cual si temiese que fuese vista por otras personas....

Serafin acosado, rodeado, perdido, conoció que habia llegado la ocasion de realizar el proyecto con que subió á la cubierta, y disparó un tiro al aire.

Los marineros dieron un paso atrás, y se miraron unos á otros, á fin de ver si alguno estaba herido.

Digitized by Google

En aquel intermedio oyéronse gritos en lo interior del buque.

Serafin no apartaba sus ojos de una escotilla.

Al fin apareció por ella la persona que esperaba.

Era una jóven alta, bellísima, de cabellos de oro y ojos azules de irresistible espresion.

Era la *Hija del Cielo.*

Gustavo, el anciano que conocemos, salió detrás de la jóven.

La tripulacion miró al capitan, como pidiéndole órdenes.

Rurico pronunció una palabra, y los marineros bajaron sus puñales.

Serafin devoraba entre tanto con la vista á la encantadora mujer que lo libraba de la muerte. La *Hija del Cielo,* pálida, mal envuelta en un manto de armiño, con la mirada fija en Rurico de Cálix, señalaba con una mano á Serafin.

El capitan empezó á murmurar algunas palabras en su idioma.

—¡Excusas y calumnias serán las que estais diciendo! exclamó Serafin en italiano.—Señora, añadió, dirigiéndose á la jóven: caballero, prosiguió, encarándose con Gustavo: sed testigos de que desde este momento hasta que desembarque en Laponia, hago responsable de mi vida al jarl Rurico de Cálix, capitan de este buque. Si muero durante la travesía, él es mi asesino, y yo lo delato desde ahora.

Imposible nos fuera pintar la ira que animó el

Digitized by Google

rostro del capitan, ni la sonrisa que apareció en los labios de la *Hija del Cielo*.

Miró ésta á Serafin luégo que dejó de hablar, y, saludándolo con un movimiento de cabeza, descendió á su cámara, cual si huyese de Rurico de Cálix.

Gustavo la siguió.

Serafin dirigió al cielo una mirada suprema, en que reunió toda su gratitud, toda su dicha, todo su amor, y se dirigió á su departamento.

La tripulacion le abrió paso.

Rurico de Cálix lo siguió con la vista hasta que desapareció.

Apoderóse de él entónces una ansiedad terrible, un ciego furor, una espantosa rabia.

Luégo se calmó gradualmente, y se dirigió á su cámara con paso lento.

Al penetrar en ella, habia yá vuelto á sus labios aquella habitual sonrisa que tantos males presagiaba.

Digitized by Google

VIII

EL MAR ES UN CONTRABAJO

Serafin era dichoso, á pesar de tener mucho frio.

No sólo habia vencido al capitan, sino que le habia arrancado las uñas.

Nada tenía que temer, por consiguiente, y sí mucho que esperar en favor de su pasión.

Pasó, pues, el dia, sumido en los más dulces pensamientos.

—¡Va aquí, decia; á mi lado, conmigo, á diez pasos de esta cámara! ¡Me ha salvado la vida, despues de avisarme dos veces el peligro! ¡Me ama, me ama sin duda alguna! ¿Cómo ha de figurarse Alberto en este instante, que me hallo en el camino de Laponia, en el mismo barco que la *Hija del Cielo?* —Pero yo necesito verla otra vez; yo necesito hablarle; de-

Digitized by Google

cirle que sigo este viaje sólo por ella; saber lo que me resta que sufrir, lo que debo esperar de su amor, lo que debo hacer para no separarme nunca de su lado!

Mas, pesárale á su impaciencia, Serafin no podia hacer más que esperar los acontecimientos.

Conocióla así, y dejó de atormentarse con estériles cavilaciones.

Al anochecer se acostó.

Empezaba yá á dormirse, cuando oyó de pronto un mugido largo, inmenso, atronador.

El bergantin dió un espantoso tumbo.

Al mismo tiempo oyó un ruido infernal sobre cubierta.

La bocina de mando sobresalió entre aquel formidable estruendo.

El *Lebiathan* recibió otra violenta sacudida.

—¡La tempestad! exclamó Serafin, saltando de la cama y vistiéndose como pudo.

Las olas rugian espantosamente al estrellarse contra los costados del buque.

El viento silbaba en la arboladura, remedando gritos, lamentos, imprecaciones.

Serafin tuvo miedo, y subió á la cubierta.

Reinaba la más completa oscuridad.

Sólo algun farolillo moribundo se balanceaba en las vergas.

El Océano brillaba á veces, en medio de su espantosa agitacion, como los ojos de un mónstruo inconmensurable.

Digitized by Google

Llovia, tronaba, relampagueaba.

El cielo y el espacio eran un solo crespon fúnebre, negro como el caos.

Las olas asaltaban la cubierta del bergantin.

En medio de aquel cuadro horrible, en el centro de aquella cólera, de aquel estrago, de aquella devastacion, vió Serafin, á la luz de un relámpago, á Rurico de Cálix, solo, de pié en la popa, con el timon en una mano y la bocina en la otra, haciendo frente á los elementos desencadenados, mandando, ejecutando, sereno, calado por el mar y la lluvia, sin doblarse al empuje de la tormenta, exaltado, radiante, sublime.

Era su hora.—El trueno estallaba sobre su frente, el mar bramaba á sus piés como una leona hambrienta, el barco crujía y saltaba sobre las olas como una serpiente sobre peñascos....

Pero el barco era él: él lo gobernaba, lo espoleaba, lo detenia, como un árabe á su potro: él era, en fin, el alma de la tempestad: la sombra lo envolvia y el rayo lo revelaba: estaba verdaderamente bello.

Serafin no pudo ménos de admirar á Rurico, y hasta sintió celos de él.

—Si ella lo viera en este instante, se dijo, lo admiraria como yo!

Al pensar Serafin de este modo, recordó la angustia y el temor que la *Hija del Cielo* experimentaria en medio de tan horrible tempestad; reflexionó en que acaso era aquella la última hora

Digitized by Google

de cuantos se hallaban á bordo, y un estremecimiento circuló por su cuerpo.

Temblaba por ella.

Acaso tambien por ella desplegaba Rurico aquel valor salvaje.

—¡Oh! si él consigue salvarla, pensó Serafin, dejaré de odiarlo.... ó lo aborreceré ménos.

Meditando así, habíase acercado instintivamente á la cámara de la *Hija del Cielo*.

Un grito, en que reconoció la voz de ella, vino á herir sus oidos.

Yá no vaciló.

Rápido como su pensamiento, descendió por la escotilla.

Luégo que estuvo en la cámara del capitan, se paró un instante, admirado de lo que llegó á percibir.

En efecto: el grito que escuchó desde la cubierta fué lanzado por la jóven; pero no era un grito de terror, sino un eco melodioso, una ráfaga de armonía.

La Hija del Cielo cantaba al compás de la tormenta.

¡Magnífico acompañamiento para semejante voz!

Hé aquí por qué hemos dicho qué el mar es un contrabajo.

Pero ¿qué cantaba la desconocida?

Cantaba *El Final de Norma*.

Serafin permaneció atónito por un instante.

Nada tan sublime como aquella voz de ángel

Digitized by Google

acompañada por el bramido del Océano; nada tan heróico como aquella inspiracion artística en medio del peligro; nada tan pavoroso como aquel canto profano, respondiendo á la cólera de Dios; nada tan dulce como aquel recuerdo de Serafin, acariciado por la jóven en la misma hora de la muerte.

El músico no vaciló ni un momento: abrió la vidriera de colores, á través de la cual se oia aquel cántico supremo, y penetró en una lujosa antecámara, en cuyo fondo percibió otra puerta, tambien de cristales, por la cual se escapaba una débil claridad.

Serafin se detuvo entónces, como si profanase un templo.

Pero un vaiven más terrible del barco, un silbido más fúnebre del viento, un clamor más desesperado del mar, le recordaron que se trataba de morir al lado de la extranjera, de salvarle la vida acaso....

Empujó, pues, la segunda vidriera, y entró.

En el fondo del aposento estaba la *Hija del Cielo*, de espaldas á la puerta, sentada ante el piano.

La jóven cantaba en aquel mismo instante estas sublimes palabras:

Cual cor tradisti,
cual cor perdesti
quest' ora horrenda
ti manifesti.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

BRUNILDA, NOMBRE DE BUEN GUSTO

Era tal el estruendo que reinaba en todo el buque, y tal el fragor de la tormenta, que la *Hija del Cielo* no reparó en la entrada de Serafin.

Así es que continuó cantando.

En cuanto á nuestro músico, temblaba como un azogado.

La estancia en que habia penetrado era digna de figurar en la galera que montaba Cleopatra cuando vogaba por el Nilo con el vencedor del mundo.

Pero Serafin sólo tenia ojos para contemplar á su adorada.

La *Hija del Cielo* vestia una larga túnica de terciopelo verde, que marcaba noblemente las formas juveniles de su talle: una ámplia capa de paño de seda, blanca como la nieve, se habia desprendido de los hombros de la hermosa, y sus vastos pliegues,

Digitized by Google

desarrollados en la caida, la cubrian de un negligente manto que iba á descansar sobre la alfombra. Los bucles de oro de su cabellera, mal aprisionados en un casquete griego de terciopelo tambien verde, salpicado de perlas, caian alrededor de su cuello, velado de encajes. En sus primorosas manos campeaba una sola sortija, muy singular por cierto. Era un estrecho aro de plata con un rubí plano en forma de escudo, atravesado de una ligera banda de oro, remedo quizás de la insignia amarilla que ocultaba Rurico de Cálix sobre su peto rojo.

Serafin miraba á la *Hija del Cielo* como la mariposa á la luz, y oia el *Final de Norma* como el reo la noticia del perdon.

Luégo que la jóven acabó de cantar, adelantóse Serafin, que aún permanecia junto á la puerta, y cayendo de rodillas al lado del piano, exclamó:

—¡Perdonadme!

La *Hija del Cielo* se volvió asombrada, y encontró al músico á sus piés.

La tempestad rugía más que nunca.

El *Lebiathan* oscilaba en todas direcciones como una fiera herida de muerte.

—¡Vos aquí! exclamó la jóven en italiano, dirigiendo á Serafin una mirada indefinible.

—Perecemos, señora...., contestó el jóven en el idioma que habia usado ella. ¡Yo quiero salvaros, ó morir con vos!

—Sé que morimos, respondió la hermosa; y yá veis que me despedia del mundo. Levantaos, y vol-

Digitized by Google

ved á vuestra cámara: no añadais un peligro más á los que nos cercan.

—¡Qué me importan los peligros con tal de que vivais! ¿No los he arrostrado esta mañana? ¿No estoy resuelto á arrostrarlos hasta morir ó libraros de ese hombre?

La extranjera se estremeció al escuchar estas palabras, y exclamó con una voz severa y en cierto modo solemne:

—¿Quién os dá derecho para pensar que yo quiero librarme de nadie? Vos habeis hecho hoy responsable de vuestra vida al jarl Rurico de Cálix; yo, á mi vez, os hago á vos responsable de la suya.

Serafin quedó anonadado.

—¡Luego lo amais! dijo con desesperacion.

—Le pertenezco, contestó ella, mirando al jóven con fijeza y dignidad. Le pertenezco, y él me pertenece. Su vida es la mia. Si él muere á vuestras manos, yo debo morir al saberlo; y si yo muriese ántes, él pediria á los cielos y á la tierra cuenta de mi muerte. Porque yo no soy dueña de mi vida; porque mi vida es suya.

Serafin, que tanto habia soñado con el amor de la *Hija del Cielo*, se horrorizó al tropezar tan pronto con la barrera de la desesperacion.

—Señora, Rurico de Cálix vivirá...., dijo con una voz ronca y desconsolada.

Y dió un paso hácia la puerta.

La desconocida frunció la frente con visible enojo.

Digitized by Google

Luégo hizo un movimiento como para hablar, como para detenerlo....

Despues se arrepintió, y lo dejó irse.

Mas, al verlo yá junto á la puerta, exclamó de un modo extraño:

—No me habeis entendido....

Serafin volvió sobre sus pasos y llegó cerca de la jóven.

—¡Tenedme lástima! dijo con desconsuelo.

—¿Qué pensábais al alejaros? preguntó la extranjera.

—Pensaba, señora, en que yo no pertenezco á nadie, en que nadie me pertenece, en que mi vida es mia, en que nadie pedirá á los cielos ni á la tierra cuenta de mi muerte.... ¡en que hay hombres más venturosos que yo!

—¡No envidieis su ventura! repuso la jóven con voz sombría.

—¡Oh!... decidme de una vez.... exclamó Serafin.

—Os digo que vivais.

—¿Para qué?

—¡Para vivir! exclamó con grandeza la *Hija del Cielo*.

—Pero léjos de vos.... murmuró Serafin con desaliento.

—Léjos de mí; muy léjos.

—¡Oh!... vivir así es la muerte.

—¡Vivir es amar! respondió la jóven.

—¡Oh! suspiró él; pero amar sin esperanza es padecer demasiado....

Digitized by Google

—¡Y padecer por lo que amamos es una dicha mayor que la del sepulcro!

Dijo la extranjera estas palabras con tan honda pena, que Serafin creyó que envolvian un sentimiento de amor hácia él.

—Os he detenido cuando os marchábais (continuó la jóven, como para borrar la esperanza que habia sorprendido en los ojos de Serafin), porque no puedo ménos de conocer que teneis algun derecho á mi consideracion. Sé que seguís por mí este viaje descabellado, y ví vuestro peligro de esta mañana.... Pues bien: en nombre de ese amor, de esos sacrificios que os he costado, os repito que vivais; que os alejeis de mí; ¡que me olvideis!

—Pero ¿cómo? dijo el jóven con amargo despecho. ¿Podreis olvidarme vos? ¿Existe el olvido?

La desconocida lo miró profundamente.

—Creedlo así, murmuró.

—¡Ah! repuso él. ¿Con que no me amais?

—Y ¿qué os importaria un amor imposible?

—Me daria fuerzas para abandonaros....

—¡No las tendríais! contestó la jóven con tristeza.

—¡Ah! pero vos....

—Yo pertenezco al jarl de Cálix. No me pregunteis más.

—Bien, señora, dijo Serafin con frialdad. Todo esto quiere decir que me he engañado. ¡No teneis alma!

La jóven volvió á mirarlo intensamente, sonrió con amargura, y replicó;

Digitized by Google

—Decís bien.

Serafin se llevó una mano al corazon, palideciendo.

Una lágrima apareció en los ojos de la *Hija del Cielo*.

Pero no se cuidó de ocultarla, ni de enjugarla.

Dejóla correr por su rostro, como respondiendo á la reconvencion de Serafin.

Éste vió aquel dolor misterioso, y dijo:

—¡Vos padeceis, señora!...

—¡Sí; sois muy cruel! repuso la jóven con triste sonrisa.

—Pero esa lágrima ¿es al ménos una promesa? ¿Me dejais la esperanza?

—Si os dijera que *sí*, cometeria un sacrilegio.

Serafin soportó aquella nueva ola de amargura.

Luégo que la apuró; luégo que su corazon se empapó en ella, saludó á la jóven, que permanecia de pié, pálida como la muerte, y se dispuso á salir.

Pero una espantosa sacudida del barco le hizo retroceder. Las tablas crujieron de un modo horrible, y oyóse el bramido del mar, más furioso que nunca.

La *Hija del Cielo* cayó de rodillas.

Serafin acudió á sostenerla y la condujo al sofá.

—¡El barco naufraga! dijo la jóven. Idos á vuestra cámara: el capitan y otro hombre bajarán cuando todo esté perdido: querrán morir á mi lado....

Digitized by Google

—¡Morir! exclamó el artista.... ¿Y yo, señora? ¿Y yo?

La cámara empezó en esto á llenarse de agua.

—Vos morireis léjos de mí, como hubiérais vivido, respondió la jóven, tendiendo la mano á Serafin.

—Adios.... murmuró enseguida.

—¡Oh! ¡esto no es posible! exclamó el infeliz amante. Quiero morir ó salvaros....

—Adios, Serafin, repitió ella, viendo que la inundacion subia.

—¡Ah! ¡sabeis mi nombre! dijo el jóven, estrechando la trémula mano de la hermosa. Una palabra más.... ¡ya veis que morimos!... ¡Una palabra!.. ¡Una mirada!...

—Idos, Serafin.... idos.... y no murais á mi lado, respondió la desconocida con trémula voz. El capitan va á venir.... El capitan vendrá con la seguridad de nuestra muerte.... Entrad en una lancha, en un bote; asíos á una tabla.... ¡salvaos, en fin!

—¡Vuestro nombre, señora; vuestro nombre, para bendecirlo á la hora de la muerte!...

Hubo un instante de silencio.

La desconocida alzó la frente, roja de amor, y dijo con firmeza:

—Me llamo Brunilda.... ¡Esperad!... ¡Oh! ¡cuánto diera por tener la seguridad de que vamos á morir esta noche!

—¿Para qué? exclamó Serafin aterrado.

—¡Para poderos decir.... prorumpió la jóven entre un mar de lágrimas, todo lo injusto que sois!

Digitized by Google

—¡Ah! dijo Serafin; ¡ahora, que venga la muerte!

Y, estrechando á Brunilda entre sus brazos con un delirio inexplicable, miró hácia la puerta de la cámara como desafiando á la tempestad.

—¡Dejadme! murmuró la jóven....

—¡Adios, Brunilda! exclamó Serafin. Si nos salvamos de la muerte.... que yo os vea otra vez.... ¡Será la última!

—¡Os lo juro! respondió la extranjera.—Ahora.... marchad, añadió, desprendiéndose de sus brazos.

—Adios.... murmuró Serafin, alejándose y tendiendo el brazo hácia ella, cual si quisiese acortar así la distancia que yá los separaba.

—Adios.... respondió Brunilda cuando lo vió desaparecer.

Digitized by Google

X

ESTO ES HECHO

Cuando Serafin apareció sobre cubierta, la tempestad bramaba más que nunca.

Nuestro jóven no pudo ménos de estremecerse al ver el horrible cuadro que presentaba el bergantin.

Á pesar de su sólida construccion y de su casco estrecho y prolongado, muy á propósito para luchar con las tormentas, veíanse por do quier despojos de la arboladura, marineros heridos en las maniobras, otros que con el hacha y el martillo remediaban las averías más considerables, y, en medio de este conjunto desolador, á Rurico de Cálix multiplicándose para acudir á todas partes, previéndolo todo, dominándolo todo.

Gustayo estaba al lado del timon.

Serafin, poseido de un indecible terror, pues no veia en el naufragio otra cosa que la muerte de la

Digitized by Google

Hija del Cielo, llegóse resueltamente al anciano, y le preguntó en francés:

—¿Hay esperanza? ¡Decídmelo por Dios!... ¿Perecemos?

—Nos salvamos, gracias á ese hombre! contestó Gustavo, señalando á Rurico.

En cuanto á éste, no estaba para reparar en Serafin, quien, tranquilo yá con las palabras del viejo, se dirigió á su cámara henchido nuevamente de esperanza y de pasion.

Dos horas despues, la tempestad cedió completamente.

Al rayar el dia, sólo quedaba de tanta cólera y tanto estrago, una fuerte marejada.

Serafin.... ¡Ah! Serafin bendecia al capitan y á los marineros cada vez que pensaba en que á sus esfuerzos debia la vida de Brunilda.

—*¡Os lo juro!*—Esta palabra de la hermosa, esta promesa de volver á hablarle si sobrevivian á la tempestad, fué el pensamiento constante de nuestro jóven durante todo el dia.

Al siguiente, asomó su cabeza por la escotilla y vió á los marineros ocupados todavía en componer la arboladura.

Podian continuar el viaje.

Sin más peligros, sin volver á ver á Rurico, sin saber nada de la *Hija del Cielo*, sin oirla cantar, sin tocar el violin, pasó nuestro héroe quince dias mortales.

Lo único notable que ocurrió en este intermedio,

Digitized by Google

fué que Serafin encontró una mañana al lado de su lecho un traje de riquísimas pieles, como los que usaba el capitan.

El jóven no dudó que aquel precioso regalo provenia de Brunilda.

Y decimos *precioso*, porque el frio era intensísimo, á pesar de acercarse el mes de Junio.

Tambien notó Serafin que la noche iba abreviando á tal punto, que en aquellos últimos dias apénas habia tres horas de oscuridad y dos ó tres de crepúsculos.

Al fin, una tarde (á las diez de la tarde, que pudiéramos decir) se detuvo el *Lebiathan* de pronto, y el músico oyó el ruido de las cadenas de las áncoras.

—Hemos llegado! pensó el jóven.... ¡Alberto! ¡Alberto! voy á deberte mi suprema dicha ó mi suprema desesperacion! Á tu loco proyecto lo deberé todo.

Púsose entónces á empaquetar su equipaje, y luégo que hubo terminado, subió sobre cubierta.

Estaban en frente de *Hammesfert*.

Digitized by Google

Digitized by Google

XI

SERAFIN Y SU EQUIPAJE

Hammesfert se ha llamado por los viajeros y por los naturales del país la *Venecia del Norte*, porque, así como la bella esposa del Adriático, está toda cruzada de canales, de tal manera, que no puede pasarse de un barrio á otro sino en lanchas ó por altísimos puentes. Las aguas de aquellas lagunas son célebres por su trasparencia, que deja ver los pescados y las arenas de los fondos más profundos como á través de un cristal. La mayor parte del año están helados los canales, y entónces sustituyen á las lanchas los trineos y los bastones herrados; pero cuando llega el verdadero invierno polar, nadie sale de su casa. Con este motivo, hay barrios enteros cubiertos de cristales, celosías y toldos, que permiten á cincuenta ó sesenta familias llevar una vida íntima y mancomun, no desprovista de goces y

Digitized by Google

bienestar. El resto de la poblacion pasa casi todo el invierno en vastísimos cafés, donde es asombroso el consumo que se hace de ponche y de tabaco. Los lapones viven mucho tiempo en una atmósfera de humo y embriaguez, en la más completa holganza, cual si cada uno de aquellos *falanstrios*, permítasenos la palabra, fuese una embarcacion y cada invierno un largo viaje. Por la parte del Norte hay una alta barrera de montañas que proteje la poblacion contra el soplo boreal; y por esta misma causa los veranos son abrasadores. Otra ventaja gozan aquellos habitantes, y es que, por un prodigio de la naturaleza, el rio de Hammesfert no se hiela nunca. El puerto, asaz seguro y abrigado, está desde la Primavera poblado de embarcaciones danesas, finesas y del Mar Blanco, que comercian con aquel rincon del mundo, último punto civilizado de Europa.

Hé aquí la ciudad en que debia desembarcar nuestro músico.

Dos camareros trasportaron su equipaje á una lancha, invitándolo á entrar en ella.

Rurico de Cálix no parecia por la cubierta.

Serafin partió, pues, del *Lebiathan* sin despedirse de nadie, con el corazon entristecido, temiéndolo todo y no sabiendo qué esperar.

—*¡Os lo juro!* se repetia el músico. ¿Me cumplirá su juramento? ¿Volveré á verla? Y ¿qué haré entre tanto?

En verdad que no lo sabia.

Digitized by Google

Saltó á tierra.

Estaba solo en el mundo: nadie entendia su idioma: nada sabia acerca de la poblacion en que entraba.

Los marineros desembarcaron su equipaje, colocándolo cuidadosamente sobre la arena de la playa.

En seguida se volvieron al bergantin.

Nuestro jóven quiso hacerles entender que nenecesitaba una fonda, un carruaje, un mozo, un intérprete....

Los lapones se llevaron á los dientes la uña del dedo pulgar.

Serafin se sentó entónces en medio de sus maletas, sobre una caja que encerraba sus libros y papeles, y se puso á reflexionar.

Sus reflexiones no dieron ningun resultado.

Siempre que reflexionaba le sucedia lo mismo.

El sol se ocultó *por el Mediodía*, concluyendo su carrera con una perfecta línea diagonal.

La noche llegaba, y hacia frio.

El músico no apartaba sus ojos del *Lebiathan*.

¿Qué esperaba?

Tampoco lo sabia.

Yá empezaba á cerrar la noche, cuando vió que una góndola se apartaba del bergantin con direccion á tierra.

—¡Ahí irá Brunilda! pensó el músico.... Ahora correria yo más que esa góndola; llegaria por tierra á la ciudad, y sabria dónde se hospeda.... Pero,

Digitized by Google

muerto allí sin moverse, porque, como ya habrá tenido el lector ocasion de conocer, la irresolucion era la base de su carácter....

Los desconocidos se sorprendieron mucho cuando lo vieron levantarse; y uno de ellos, despues de hacerle un saludo, lo reconoció de arriba abajo, aproximándole una luz.

—Hé aquí la policía! pensó Serafin.

El que lo habia reconocido probó á hablarle; pero Serafin le hizo señas de que no entendia.

Entónces mandó aquel hombre á sus compañeros que pusiesen el equipaje en la parihuela, y ofreció el brazo al músico.

Éste indicó que no necesitaba apoyo, y dió á entender que anduviesen hácia Hammesfert y que él los seguiria.

Salieron, pues, en aquella direccion, y al cabo de media hora llegaron á la ciudad, que estaba rodeada de canales.

Una lancha esperaba á la comitiva.

Entraron todos en ella, y bogó por una calle, tomó por otra, pasó bajo un puente, llegó á una plaza llena de barquichuelos, y vino á pararse en la escalinata de un magnífico palacio.

Serafin se dejaba llevar. Temia alguna cosa; pero no acertaba á definirla.

Desembarcó, á invitacion de los desconocidos, y habiendo hecho señas acerca de su equipaje, le dijeron que permanecian allí con él.

—¿Serán ladrones? se preguntó el artista.

Digitized by Google

XII

LO QUE VA DE UN BLANCO Á UN NEGRO

Volvamos al *Lebiathan.*

Al mismo tiempo que Serafin quedaba solo y anonadado, envuelto en tinieblas y sentado sobre su equipaje, un botecillo, estrecho como una piragua japonesa, se separaba del bergantin con direccion á aquella playa, llevando á bordo otras dos personas.

En aquel momento salió la luna allá por el Norte, menguada, agonizante, tristísima.

Los pasajeros del bote eran Rurico de Cálix y aquel negrito que habia llevado dos billetes á Serafin.

Rurico divisó con su ojo de marino el extraño grupo que ofrecia el español en medio de su equipaje, en la misma orilla del mar, y mandó á los barqueros que se aproximaran á aquel punto sin meter mucho ruido, á fin de cerciorarse de lo que allí pasaba.

Digitized by Google

—¡Vives! ¡vives!

El jóven miraba asombrado á Brunilda, sin comprender la causa de su exaltacion.

—Hace una hora.... dijo la hermosa; ¡oh, cuánto he sufrido!... Hace una hora que Aben, el negrito, me dijo que os habíais suicidado....

Serafin lo comprendió todo.

—Te habia jurado vivir.... me habias jurado que te veria otra vez, replicó con ternura. ¿Cómo habia de quebrantar mi juramento y el tuyo? Mi juramento era el martirio; el tuyo era la esperanza.... ¡Aquí me tienes, Brunilda, aguardando que decidas de mi vida, de mi felicidad!

La jóven enjugó sus lágrimas y condujo á Serafin al aposento inmediato.

Sentáronse en un sofá, y Brunilda cayó en una meditacion profunda.

Serafin la miraba con enajenamiento.

Pasados algunos instantes, levantó ella la frente, sellada de una dolorosa resignacion.

—Es tiempo, dijo, de que lo sepais todo. No seré yo ya quien os ruegue que os alejeis de mí. Vos mismo juzgareis cuál ha de ser nuestra ulterior conducta. La casualidad nos ha acercado de nuevo ántes del dia que yo tenía prefijado.... Podemos disponer de algunas horas.... Oid, pues, la historia de mi vida.

Serafin estaba enajenado. Veia el dolor á lo léjos; pero apartaba de allí la vista para fijarla tan sólo en aquellos instantes de ventura.

Digitized by Google

Brunilda continuó:

—Vais á oir lo que á nadie he contado, sino á mí misma en mis largas horas de soledad. Vais á medir el abismo que nos separa; á conocer, en fin, la inmensa serpiente que me ha enredado entre sus anillos, quitándomelo todo; la libertad, la dicha, la esperanza!

Serafin se preparó á escuchar aquella historia que tantas veces habia inventado él á su manera.

La jóven habia vuelto á inclínar la frente, abrumada bajo todo el peso de su vida.

Por último, volvióse á Serafin, y con una voz melancólica y tranquila, habló de esta manera:

Digitized by Google

Digitized by Google

PARTE TERCERA

Digitized by Google

Digitized by Google

HISTORIA DE BRUNILDA

Casi el sol no nacido, ya difunto.
(D. Pedro Soto de Rojas.)

I.

«Acabais de arribar á la Noruega, á la patria del sempiterno hielo, á la tierra en que yo nací.

Veinte leguas al Sur de *Hammesfert,* es decir, cuatro grados más al Norte que el mismo Círculo Polar, se eleva el castillo de Silly. Edificado en la punta de una roca, hunde uno de sus piés de piedra en las aguas del Océano, y por el lado opuesto fija su base en un hondo tajo, en cuyo fondo se precipita un desesperado torrente, que rodeando la fortaleza por el Este y por el Sur, se arroja en el mar con un estruendo pavoroso. Por la parte del Norte se estrella la vista en una montaña gigantesca, siempre nevada, cuyos escalones de nieve, arran-

Digitized by Google

cando desde el foso del castillo, se elevan hasta perderse en las nubes.

En aquella morada vine al mundo hace veinticuatro años.

Al nacer, perdí á mi madre.

Mi padre era el *jarl* Adolfo Juan de Silly, caballero de la órden de Cárlos XII y el primer revolucionario de mi pátria. Cuando yo le conocí, blanqueaba yá en su cabeza la nieve de noventa inviernos.

Yo era su hija única, su consuelo, su descanso. Pero, como casi siempre estaba viajando ó mezclado en conspiraciones, y al castillo no iba otra persona que su hermano Gustavo, pasé la infancia y la niñez en una soledad absoluta.

La precocidad de mi pensamiento y la melancolía de mi carácter fueron inmediatas consecuencias de aquella quietud, de aquella soledad, de aquel aislamiento.

Mi genio altivo y los consejos de mi padre me alejaban de todo trato con la servidumbre del castillo, y mi aya, ántes mi nodriza, era horriblemente sorda: de modo que, durante las salidas del señor de Silly, pasé semanas enteras sin hablar con más personas que con mi preceptor.

Era éste un viejo sabio danés, llamado *Cárlos Yo*, amigo de mi padre, quien, desde que tuve seis años, lo puso á mi lado, dándole habitacion en el castillo, á fin de que me enseñara todo lo que yo pudiera aprender.

Digitized by Google

Cárlos Yo habia recorrido la Europa; habia estado en Egipto con Napoleon, en América con Lafayette, y en Madagascar desterrado. Sabia seis ó siete idiomas; escribia historia; pintaba regularmente, y en música y poesía era una notabilidad.

De aquí nació mi deseo de viajar y mi afan por visitar el Mediodía; aquel eden primaveral que me pintaba mi maestro; aquella Italia, aquella Grecia, aquella España, cunas de todos los grandes artistas que adoraba.

Terminada mi educacion á los diez y siete años; llena de ideas, de deseos, de delirios, mi desventura estaba consumada!

Mi soledad, mi carencia de afectos, aquella triste mansion, aquel viejo helado y escéptico, y esta naturaleza yerta y muda, abandonada por Dios, pesaron sobre mi corazon como la losa de un sepulcro.

Pensé y sufrí. Mi alma desfalleció en un espantoso desaliento. La tristeza prolongó mis horas. Mi espíritu quedó enteramente postrado.

Mi padre atribuia este decaimiento á falta de fuerza física; pero *Cárlos Yo*, que habia formado mi alma, conoció lo que me sucedia, y se propuso curarme.

¿Qué remedio direis que dió á mi horrible melancolía?

Uno sólo que equivalia á todo un mundo, al mismo cielo. ¡La música!

Haydn, Mozart, Cimarosa, Pergolesse, Rossini, Meyerbeer, Schubert, Weber, Bellini, Donizetti....

Digitized by Google

¡Todos, Serafin!... todos nuestros soberanos, todos nuestros semidioses, encantaron con sus armonías aquel castillo lúgubre y pavoroso.

Sus obras inmortales se hallaban siempre ante mi vista: sus inspirados cantos vivian en mi corazon.

Yá era feliz: habia resucitado; era jóven, despues de haber envejecido; sentia, despues de haber meditado; nacia, cuando creia morir; amaba.... no sabia qué, ni á quién; pero amaba con toda mi alma!

La música, pues, me dió la vida.

Más tarde debia darme vuestro amor.

II

»Así viví hasta los veinte años.

Esta naturaleza pálida y enfermiza hablaba yá á mi corazon, y, al llegar el verano, me complacia en subir á la plataforma del castillo á contemplar los grandes fenómenos polares.

El valle de Silly despertaba de su letargo: el torrente volvia á mugir: el Océano suspiraba de nuevo al pié de la fortaleza.

Los ánades revolaban por las montañas, los rengíferos pastaban en los abismos, y los árboles ofrecian al cansado cuervo una rama nueva en que posar su pié.

Digitized by Google

Incesantemente se deslizaban por el Océano, viniendo del Norte, enormes témpanos de hielo, que pasaban ante el castillo como islas flotantes que huyeran de los rigores del Polo, ó como los esqueletos de las embarcaciones que el mar habia sepultado. Aquellos ejércitos de sombras, que provenian de los derretimientos del Mar Glacial, se tropezaban en su errante camino, produciendo un ruido fragoroso: un hielo encallaba en otro hielo; deteníanse un instante; eran alcanzados por otros; formábase una mole gigantesca, capaz de tocar con sus extremos en los dos mundos, y aquel monólito inmenso bajaba luego por el Atlántico, rugiente, formidable, amenazador. Pero un solo dardo del sol primaveral bastaba para herir de muerte al coloso, que se liquidaba y desaparecia insensiblemente, como una gigantesca nube se deshace en rocío.

Una tarde—recuerdo que era el primero de Mayo—paseaba yo por entre las almenas de *Silly*.

El sol se habia ocultado.... para aparecer dos horas despues.

Llegaba una de esas rápidas noches que preceden á nuestro dia de novecientas horas.

El crepúsculo vespertino duraba aún en el ocaso, y yá lucía el crepúsculo matinal.

Mas, como entónces el sol se pone y sale casi por el Norte, resultaba que entre aquellos dos crepúsculos, cuya claridad se fundia en una sola, brillaba un tercer fulgor que tambien se mezclaba con ellos.

Era la *aurora boreal*.

Digitized by Google

¡Qué poética es aquella combinacion de luces!

La del amanecer es blanca, la del poniente rojiza y la del meteoro dorada. Sólo viéndolas, podreis juzgar de este conjunto maravilloso.

Por otra parte, la luna, lanzaba desde el Sur unos melancólicos destellos casi horizontales. En cuanto á las estrellas, apénas se distinguian como puntos de diamante clavados en la inmensa bóveda del cielo.

Absorta estaba en esta contemplacion, cuando llegó á mis oidos una música lejana, que salia del barranco donde rugia el torrente.

Era el gemido de una flauta.

Miré hácia aquella parte, y, á la luz del nuevo dia, ví á un cazador montañés vestido lujosamente, guarecido debajo de un abeto, y con los ojos fijos en el castillo.

Á sus piés habia una carabina de dos cañones.

Él era el que tocaba.

Luégo que amaneció más, pude distinguir su cabellera rubia, larga y ondulante, sus ojos azules, su tez descolorida y su elevada estatura.

Yá hacia mucho tiempo que aquel cazador rondaba el castillo, y no sé por qué desde el primer dia me inspiró cierta aversion.

Acaso era porque siempre lo veia perseguir y matar á los ánades y á otros pájaros cuyo canto me embebecia: acaso era por la audacia que revelaba su bello rostro.... Ello es que no sólo me disgustaban los agasajos del montañés, sino que me

Digitized by Google

infundia terror, persiguiéndome á veces hasta en sueños aquella figura siempre clavada enfrente del castillo.

El desconocido debió de darse cuenta de mi desden, al observar que, siempre que él aparecia en el valle, huia yo de la plataforma. Pero él tornaba, sin embargo, con la misma tenacidad.

La noche que os digo, me apartaba yá de las almenas al punto que lo reconocí, cuando escuché hácia la parte del mar el rumor que hace una barca al hender las olas.

Me asomé, movida de curiosidad, y distinguí una especie de góndola, parada yá al pié de Silly, tripulada por dos remeros y por un jóven que, sentado en la popa, tenia entre sus brazos un arpa escandinava.

Por otra rareza del corazon, aquel jóven me interesó desde que lo ví. Sus ojos y sus cabellos negros, verdadero prodigio en esta tierra, y los primeros que yo veia, cautivaron sobre todo mi atencion. Vestía de blanco como los antiguos noruegos, y destacábase admirablemente sobre su túnica el gracioso perfil de su arpa negra con remates de oro.

No sé si fué amor lo que inspiró aquel hombre á mi corazon, vírgen aún de afectos. Sólo puedo deciros que oí con emocion su serenata, que lo ví partir con pena, y que cuando, allá á lo léjos, me saludó descubriendo su cabeza, abandoné la plataforma, como diciéndole: *adios*.

Digitized by Google

El montañés presenció esta escena muda, y no volvió en muchos dias.

Habian pasado dos semanas, cuando torné á ver al desconocido dél arpa.

Pero no yá en una góndola, sino á bordo de una urca de gran porte.

Apareció por detrás de la isla de Loppen, que está enfrente de Silly, como á una legua de distancia, y cruzó casi por debajo del castillo.

El jóven de los cabellos negros venia en la proa con la vista fija en mí.

Al pasar por Silly me hizo un saludo, al cual yo contesté.

Al mismo tiempo sonó un tiro en el torrente.

Un marinero, que estaba próximo al jóven del arpa, cayó herido.

Miré al valle, buscando al cazador, pues desde luégo supuse que sus celos eran causa de todo, y no lo ví por ninguna parte.

Entre tanto saltó á tierra el jóven de la urca, seguido de algunos marineros: pero, por más que registraron todo el valle, peña por peña, mata por mata, no encontraron al agresor.

Entónces volvieron á embarcarse.

La urca desapareció al poco tiempo con direccion al Norte.

Lo último que ví fué el humo de un cañonazo, que luégo retumbó como un lejano trueno....

Era su postrer *adios*.

Digitized by Google

III.

»Ahora, Serafin, continuó Brunilda, para que comprendais los sucesos posteriores de mi vida, necesito daros algunos antecedentes.

Yá sabreis que la Noruega, reino agregado ántes á la corona de Dinamarca, pasó no hace muchos años á poder de la Suecia, que dió en cambio á los dinamarqueses toda la Pomerania.

Pero lo que no sabreis es que el corazon de los noruegos no ha aceptado ni aceptará nunca este tráfico inmoral que los puso en manos de sus tradicionales enemigos; pues nosotros odiamos á nuestros vecinos, quizá porque lo son.

Así es que, á pesar de habernos dado la Suecia una Carta muy ámplia que nos constituye en una especie de democracia presidida por un Rey, la pátria del gran Esberrer, la que vió en otro tiempo sucederse en Cristianía la gloriosa dinastía de sus reyes, conspira sin cesar por romper aquel tratado. Y lo conseguirá, Serafin; pues todo pueblo generoso concluye siempre por conquistar su independencia.

Con este fin, está minada la Noruega por el poder masónico, el cual se reune cada mes en pequeñas fracciones, de las que salen diputados

Digitized by Google

para la Dieta clandestina que acude todos los años á Spitzberg, á la isla de Nordeste, que está completamente deshabitada á causa del frio.

En esta isla hay un gran salon subterráneo, donde se van reuniendo las armas y los tesoros de esta inmensa conspiracion, y en el cual se celebra la sesion anual de los diputados noruegos.

La importancia de la revelacion que os hago, no se os ocultará, Serafin: creo inútil, pues, encargaros el secreto. Yo lo sabia todo por mi padre, que se hallaba afiliado en la lógia de Malenger, ciudad no muy distante de Silly, y á la cual iba el anciano con frecuencia.

Estos viajes solian ser de tres ó cuatro dias; pero el que emprendió la misma tarde en que pasó la urca por delante de Silly, se prolongó mucho más, á pesar de no habérmelo advertido.

Yá estaba yo muy inquieta, cuando, el dia que hacia ocho de su partida, entró mi padre en el castillo sobre un caballo que no era el suyo.

Venia pálido, más delgado y con la huella del sufrimiento en su venerable rostro.

Yo me asusté sobremanera; pero él me tranquilizó, aunque diciéndome al mismo tiempo que tenía que hablarme reservadamente.

Quedamos solos, y hé aquí la relacion que me hizo.

Digitized by Google

IV

»Volvia de Malenger hace cuatro dias, cuando, al pasar por las gargantas del monte *Bermejo*, caí en poder de unos bandidos.

Bajáronme del caballo, atáronme los brazos á la espalda, y me obligaron á penetrar por un barranco en cuyo término habia una pequeña explanada rodeada de cuevas.

Al verme llegar, adelantóse hácia mí un enmascarado, á quien dieron los bandidos el nombre de *capitan*.

El capitan, pues, me desató los brazos y me condujo á la ménos repugnante de aquellas cuevas.

—Sentaos, me dijo, haciéndolo él.

Yo lo imité.

Su voz era juvenil y su porte distinguido.

—Jarl, prosiguió el enmascarado; he turbado vuestra tranquilidad....

—¡Basta!... interrumpí yo: ¿quieres mi dinero? Toma.

Y arrojé mi bolsa á sus piés.

—Tomad vuestro dinero, dijo el bandido con voz alterada. Aquí no se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata?

—De vuestra hija.

Digitized by Google

—¡De Brunilda! exclamé aterrado.

—¡Al fin sé su nombre! murmuró el desconocido.

—¡Mátame! repliqué sin vacilar.

—Tú lo has dicho, repuso él con voz sorda y tranquila.

Yo me estremecí; porque temia no volver á verte.

—Una palabra más, añadió el bandido. ¡Yo la amo! Te la pido en casamiento.

—¿Quién eres? pregunté, asombrado ante aquella osadía.

—Oscar el *Encubierto*.

—¡Tú! exclamé horrorizado al verme enfrente del *Niño Pirata*, como le dicen las gentes de mar.

Hasta entónces, á pesar de la máscara del bandido, no habia yo sospechado tal cosa; y era que nunca habia oido decir que el terrible corsario hiciese correrías por tierra.

—Tienes tres dias, añadió levantándose. ¡Tu hija, ó la muerte! ¡Te lo juro por mi rostro que nadie ha visto ni verá!

Y salió de la cueva, cerrándola con dos ó tres llaves.

Yo no repliqué ni rogué.

Sabia que el *Niño Pirata* es inflexible.

Aquella noche no dormí.

Á la mañana siguiente habia tomado una determinacion desesperada, acaso inútil; pero la única que se me ofrecia en tan horrible situacion.

Digitized by Google

—Tengo cuarenta horas, me dije; este terreno es blando y húmedo: detrás de esta explanada hay otro barranco.... Procuraré escaparme.

Y con un afan indescriptible, valiéndome ora de las uñas, ora de mis espuelas, me puse á hacer un agujero de media vara cuadrada en la pared del fondo de aquella cueva, asaz profunda y lóbrega.

Al rayar el otro dia, que era el del plazo fatal, llevaba hecha una excavacion de seis varas.

Y todo esto sin comer, sin beber, sin dormir.

La desesperacion me ayudaba y la blandura del terreno se prestaba á mis esfuerzos.

Al mediodía empecé á escuchar el ruido del torrente que fluye por el fondo del mismo barranco que yo buscaba á través de aquella galería.

¡Una hora más, y estaba libre!

Emprendí mi tarea con nuevo ardimiento, y yá tocaba al fin de mis afanes, cuando oí sonar las cerraduras de mi prision.

Salí presuroso del agujero; sacudí mis cabellos y mis vestidos, y esperé con ánsia horrible....

La puerta se abrió, dando paso á un hombre.

Era *Oscar*.

Venía enmascarado como siempre.

—¡Tres dias! dijo, mostrándome un reloj.

—Y bien.... murmuré, interponiéndome entre él y el fondo de la cueva.

Pero mis precauciones eran inútiles: la oscuridad de aquel punto no permitia ver mi trabajo.

Digitized by Google

—Yá lo sabeis, contestó el *Encubierto* á mi interpelacion. *¡Brunilda*, ó la muerte!

Un frio sudor brotó en todo mi cuerpo.

—Responded pronto, añadió el pirata.

Una súbita idea cruzó por mi mente.

—Aún no me he decidido, contesté; déjame pensarlo esta noche.

Mi idea era concluir la excavacion y evadirme.

—Tiempo habeis tenido de reflexionar.... Decidíos, replicó el facineroso.

Era tal la voz de aquel hombre, que no admitia apelacion.

—¡La muerte! respondí.

—Sea, dijo él con voz sombría.

Salimos de la choza; cruzamos la explanada, y llegamos al barranco.

Miré hácia atrás, y ví que nadie seguia al *Encubierto*.

Él se bastaba.

Queria ser juez y verdugo, como yo era juez y víctima.

¡Qué cuadro aquel, hija mia!

Él con una pistola en cada mano....

Yo sin armas.

Él jóven, fuerte, ágil....

Yo viejo, débil, con tres dias de ayuno é insomnio.

—¡De rodillas! exclamó el *Encubierto*.

Yo me arrodillé, poniendo mi pensamiento en Dios y en tí.

Digitized by Google

—Por última vez, añadió el pirata: ¡decide!

—¡Maldito seas! respondí, cubriéndome los ojos con las manos.

El bandido montó una pistola.

—¡Esperais que me apiade! murmuró sarcásticamente. ¡Qué locura!

—¡Tira! grité con mi último resto de valor.

Una fuerte detonacion ensordeció el espacio.

¡Cosa extraña! no me sentí herido.

Pasada la primera emocion, levanté la cabeza y ví al enmascarado rodar al fondo del barranco.

Miré á mi alrededor, no explicándome aquel misterio, y distinguí á un jóven de gallarda presencia, que se acercaba á todo el galope de un brioso alazan.

Apeóse; dejó en el suelo una carabina aún humeante, y, cogiéndome en sus brazos, exclamó:

—¿He llegado á tiempo?

—Os debo la vida! contesté, estrechándole á mi corazon. ¿Cómo podré pagaros?...

—Anciano, respondió el jóven con dignidad. No os he salvado por la recompensa. Volvia de Malenger, por este camino extraviado, temiendo que los bandidos de Monte-Bermejo me arrebatasen unos papeles importantes que llevo en mi cartera, cuando os ví de rodillas al lado de vuestro asesino.... ¡Dios ha querido que salve á un inocente, y purgue á la tierra de un malvado!

—¡Ah!... nunca lo olvidaré! repliqué, volviendo á abrazarlo. ¡Decidme quién sois! Sepa un padre á

Digitized by Google

quién debe la dicha de abrazar á una hija adorada....

—¡Hablad! ¡Hablad! Yo conozco vuestra voz.... exclamó el jóven; yo acabo de oirla.... ¡Ah! ¡qué idea!

Y llevándose la mano á la frente, hizo uno de los signos de la lógia de Malenger.

—No os engañais, respondí: ¡somos hermanos!

—He oido vuestro discurso de hoy, replicó él. Como estábamos todos enmascarados, no he podido reconoceros. ¡Sí, somos hermanos!

—Y amigos, añadí con toda la efusion de mi alma. Yo soy el jarl Adolfo Juan de Silly.

—¡Vos! exclamó el mancebo con indecible sorpresa.... ¡Gracias, Dios mio!

—No os comprendo, murmuré al ver aquella emocion extraordinaria.

—¡Ah! señor! añadió el jóven. ¿Por qué he de ocultároslo? Yo soy el jarl Rurico de Cálix. Mi castillo se halla á una legua del vuestro.... ¡y amo á vuestra hija! Me hablásteis de recompensa hace poco.... Vos conoceis mi estirpe.... Pues bien.... No en nombre del servicio que os he prestado, sino rendido á vuestros piés, os pido la mano de Brunilda!

Aquel amor tan elocuente, aquella ocasion, la seguridad de tu júbilo al verme despues de tan grande peligro, todo, en fin, me hizo no vacilar.

—Será vuestra esposa, respondí tendiéndole la mano....

—Jurádmelo, señor.

Digitized by Google

—Lo juro.

—¡Ah! ¡soy dichoso! exclamó besándome las manos. Ahora, oid! continúo con solemnidad. Yo soy el encargado por la lógia para ir á Spitzberg á dejar las actas de este año y todos los documentos recogidos hoy en Malenger. Sabeis lo peligroso de este viaje, que debo emprender ahora mismo, pues mi barco me espera en la ensenada que hay detrás de este monte, á media legua de aquí.... Si tardo.... ¡que Brunilda me espere! Si pasa un año y no he vuelto.... ¡Brunilda es libre!

—Os lo juro! volví á decir, cada vez más prendado de mi salvador.

Nos hablamos de nuevo de nuestra mútua gratitud; hízome subir en su caballo; cogiólo del diestro, y caminamos juntos hasta la orilla del mar.

Allí lo esperaba un buque.

Yo no le insté para que viniese á Silly, porque sabia la urgencia de su peligrosa comision: él me obligó á quedarme con su alazan: nos despedimos tiernamente; y aquí me tienes, hija mia, sin tranquilidad ni ventura, hasta saber si te adhieres ó no á mi juramento.

—¡Ah! padre mio! contesté besando sus venerables canas: ¿podeis dudarlo? Vuestra hija ama yá á vuestro libertador sin conocerlo, sólo porque le ha devuelto vuestro cariño, vuestra preciosa existencia! Pero aunque no lo amara; aunque fuera mi mayor enemigo, os juro por Dios y por la madre que perdí *que Rurico de Cálix será mi esposo!*

Digitized by Google

V

»Pasaron cinco meses sin que nada notable ocurriera en el castillo.

Desapareció el sol completamente; el frio fué más intenso que ningun año; mi padre se agravó de sus achaques, empezando á inclinarse hácia el sepulcro; mi tio Gustavo se fué á vivir con nosotros, y Cárlos Yo volvió á Copenhague.

Yo no torné á ver al montañés de la flauta.

El bardo del arpa negra dejó de aparecer tambien por los alrededores de Silly.

Rurico de Cálix no vino tampoco á reclamar su promesa.

Trascurrió otro mes, durante el cual mi padre cayó en cama cada vez más débil y abatido.

Entónces se presentó un correo con una carta que decia así:

«Jarl:

»No he olvidado vuestro juramento.

»Deseo que os suceda lo mismo.

»Acabo de llegar de Spitzberg, y no sé cuándo »podré presentarme á reclamar mis derechos; pero »será ántes del plazo fijado.

»Como la vida es la probabilidad de la muerte, »desearia que exigiéseis á vuestra hija y á su tio (que

Digitized by Google

»supongo será su tutor cuando bajeis al sepulcro) el »cumplimiento de lo que me jurásteis.

»Así lograremos más tranquilidad, vos en la »muerte y yo en la vida.

»RURICO DE CÁLIX.»

La rudeza de esta carta afectó mucho á mi padre.

A mí no pudo ménos de inspirarme un sentimiento de ódio y rebeldía contra el que la habia escrito.

Pero mi padre y yo teníamos prestado un juramento que era forzoso cumplir. Es más; recelando yá el anciano del disgusto que nos habia causado á todos aquella lectura, nos llamó á mi tio y á mí al lado de su lecho, y nos hizo volver á jurar el cumplimiento de su promesa, despues de lo cual encargó mi tutela á Gustavo, y nos bendijo....

Yá dábamos por segura la muerte del anciano, cuando empezó á reponerse.

La vuelta de la Primavera lo acabó de restablecer, y á mediados de Abril salió de Silly, despues de once meses de clausura.

Despidióse de todos por cuatro dias, diciendo que iba á Malenger.... y.... ¡pobre padre mio! su cadáver fué el que volvió....

¡Sí, Serafin, su cadáver, bañado en sangre, cosido á puñaladas!

Tal lo encontraron en los desfiladeros del Monte Bermejo.

Oscar el *Encubierto* habia sido vengado!

Digitized by Google

VI

»Quince dias despues de la muerte de mi padre, se detuvo un caballero en la puerta de Silly.

Pidió hospitalidad y fué admitido.

Mi tio y yo pasamos al gran salon de los Condes, y dimos órden de que introdujeran al huésped.

Abrióse la puerta, y uno de nuestros servidores anunció:

—El jarl Rurico de Cálix.

Mi tio se adelantó á recibir al recien llegado.

Al verlo, me estremecí.

Era el cazador montañés que tanto aborrecia.

Era el capitan del *Lebiathan*, á quien yá conoceis.

—Señora, dijo el jóven, inclinándose ante mí. Si no tuviéramos el sentimiento de llorar la muerte del jarl de Silly, él me presentaria á vos entre sus brazos y os diria la alta consideracion con que soy vuestro admirador más humilde y apasionado.

—Recibid, señor, le contesté, la ofrenda de mi gratitud. Yo bendigo en vos al que en otro tiempo me conservó un padre.... que despues Dios me ha arrebatado.

—Admito esas palabras con tanto más placer,

Digitized by Google

cuanto que me recuerdan otras no ménos gratas del difunto jarl, contestó el jóven saludándome de nuevo.

—Y esas palabras.... murmuré con terror.

—¿Las ignorais? replicó vivamente. ¡Son un juramento!

—Lo sé.

—Espero, señora....

—Bien, jarl.... repuse sin saber lo que decia. Pero ved....

—¿Qué deseais? preguntó Rurico, palideciendo.

—¿Y vos?

—Yo, con el mayor respeto, pido al señor Gustavo de Silly la mano de su pupila la jarlesa Brunilda.

—Y yo, caballero, respondió mi tio, os la concedo con el mayor placer, y cumplo así lo que he jurado.

—Tambien me atreveria á suplicar, añadió el de Cálix, que nuestro enlace se verificase lo más pronto posible.

—Nos permitireis un año, replicó mi tio: mi hermano acaba de morir.

—No es eso sólo, observé yo entónces. Por mi parte desearia tambien un plazo.... además del luto.

Rurico me lanzó una mirada ardiente.

—Yo no os amo, jarl, le dije con entereza; y desearia trataros ántes de ser vuestra esposa.

Los ojos del jóven se inyectaron de sangre.

—Yo sí os amo, señora, murmuró con voz alte-

Digitized by Google

rada; os amo hace mucho tiempo.... y vuelvo á suplicaros que no retardeis el dia de mi ventura.

—Jarl, repuse con altivez; ni mi padre ni yo hemos jurado otra cosa que nuestro enlace, sin fijar la época de él....

—Señora, replicó Rurico, con los labios trémulos; fuera un horrible escarnio que, valida de ese pretexto, escusárais vuestro deber.... Segun lo que decís, pudiérais esperar á que blanqueasen vuestros cabellos ántes de ir al altar, conmigo.

—Caballero, me ofendeis, respondí con dignidad. Sólo os pido cuatro años.

—¡Cuatro años! murmuró el jóven con despecho.

—Y, en tanto, dije yo á mi tio, recorreremos la Europa, segun tenemos proyectado.

Una viva transicion se obró de pronto en la fisonomía de Rurico.

—¡Sea! se apresuró á decir. Dentro de cuatro años...! El dia 7 de Mayo de....

—Permitid, jarl, que fije el plazo yo misma, le interrumpí.

—Somos 7 de Mayo de 18.... Pues bien, el dia 7 de Agosto de 18.... os acompañaré al altar.

—Bien, señora, respondió el de Cálix: me arrebatais otros tres meses.... pero acepto. Tomad mi sortija.

Y me entregó este anillo, cuyo blason no he comprendido nunca.

—Yo soy testigo, añadió el hermano de mi padre.

Digitized by Google

Entre tanto, jarl, tendreis que viajar con nosotros; puesto que Brunilda quiere trataros.

—Con sumo placer, dijo el jóven; y si me creeis digno de tanta honra, pondré á vuestra disposicion un bergantin que acabo de comprar en Liverpool. Se llama el *Lebiathan*.

—Aceptamos, respondió mi tio.

—Mañana partiremos, añadí yo.

—Convenido, concluyó el de Cálix, saludando.

Sabeis lo demás, Serafin, prosiguió Brunilda.

He estado en Cristianía, Stokolmo, Copenhague, Lóndres, París, Viena, Venecia, Lisboa y Sevilla.

En algunas de estas poblaciones he cantado, cediendo á mi aficion, y por esta circunstancia me habeis conocido.

Ahora queria ir á América; pero el plazo de los cuatro años se cumple dentro de dos meses, y Rurico de Cálix me reclama mi juramento.

He inclinado la cabeza, y lo he seguido á esta ciudad....

Desde aquí partiremos á Silly dentro de tres dias, y, ¡adios, mundo! ¡adios, esperanza! ¡adios, todo! ¡Quedaré enterrada en vida!

Digitized by Google

Digitized by Google

PARTE CUARTA

Digitized by Google

Digitized by Google

SPITZBERG

I

BRUNILDA Y SERAFIN VUELAN JUNTOS

Segun avanzaba Brunilda en la relacion de su historia, Serafin se habia ido poniendo pálido, sombrío.

Cuando la jóven concluyó, tenia él la cabeza inclinada con un profundo desaliento.

Brunilda lo miró intensamente; apoderóse de sus manos, y dijo con un acento de inexplicable grandeza:

—Á vuestro corazon apelo, Serafin. ¿Qué puedo hacer yo por vuestro amor?

—Casaros con Rurico; cumplir vuestro juramento, murmuró el jóven con una tranquilidad horrible.

La *Hija del Cielo* arrojó un suspiro.

Digitized by Google

—¿Y en estos cuatro años?... balbuceó Serafin.

—He aprendido á aborrecerlo, interrumpió ella.

—¡Sois muy desdichada!

—¡Sí!

—¡Ese hombre es un infame!

—¡Lo sé!

—¡Un vil, un desalmado, un réprobo!

—¡Ah.... callad!... ¡ese hombre será mi esposo!

—¡Puedo evitarlo! exclamó Serafin, levantándose.

—No.... no.... amigo mio, replicó Brunilda. ¿Y mi padre? ¿Y mi juramento? Vos no podeis matar á Rurico.... ¡Sería un sacrilegio! ¡Ni yo me uniria al matador del que salvó la vida al jarl de Silly!

—Pero el salvador de vuestro padre ha querido despues asesinarme alevosamente!

—Me dirá que tenia celos, y que yo fuí la causa de todo.

—¡Conque no hay remedio!

—¡Ninguno! respondió Brunilda con la calma de la muerte.

—¡Conque he de abandonaros!

—¡Sí, Serafin: dentro de una hora moriremos el uno para el otro!

—¡Conque dentro de una hora, prorumpió el jóven con voz enronquecida; he de salir por esa puerta diciendo á mi corazon: «¡yá no hay ventura!» diciendo á mi pensamiento: «¡yá no hay esperanza! ¡Hay un *nunca*, un inplacable *nunca* entre la felicidad y vosotros!»

Serafin calló un momento.

Digitized by Google

Brunilda lloraba.

—¡Y luego vivir! prosiguió el jóven; ¡deslizarse por el tiempo con un dolor inextinguible, con un deseo irrealizable! ¡Recordar esta hora, aquella noche, aquellas armonías; recordar que os he visto á mi lado; que nos unia el corazon; que se tocaban nuestras manos; que se miraban nuestros ojos; que se hablaban nuestras almas; que temblábamos de amor, como dos flores de un mismo tallo; que todo nos enlazaba, la pasion, el arte, el pensamiento; y que fué preciso separar esos corazones; desviar esas miradas, dividir el tallo de esas flores, desenlazar esas manos, torcer esos dos rios paralelos, romper esa simpatía, destruir esa ventura! ¡Recordar que sonó una hora en que el mundo cayó entre nosotros, poniendo la barrera de lo imposible entre la ilusion y la realidad, entre vuestro porvenir y el mio, entre mi felicidad y la vuestra!... ¡Y luego vivir!... ¡vivir!—¡Ah! ¡esto no puede ser!

El jóven golpeó su frente con desesperacion.

Pasó un instante de silencio.

—Serafin, oidme, murmuró Brunilda, en cuyos ojos brillaron una luz celestial, una vida eterna, una esperanza divina. Quiero que vivais: quiero que seais dichoso: quiero serlo yo tambien. Escuchadme. No os diré yo que me olvideis.... ¡no! ¡Esto es imposible! No os diré tampoco que os acordeis de mí con la desesperacion que me habeis pintado.... ¡Quiero otra cosa.... y vais á comprenderme! Quiero que nos separemos sin desunirnos; que vivamos el

Digitized by Google

uno para el otro; que á través de la distancia se busquen nuestros pensamientos; que á cualquier hora sepa vuestro corazon que hay otro corazon en el mundo que late á compás con él; que de dia, de noche, hoy, mañana, dentro de veinte años, digais desde vuestra pátria, desde el fin del universo: «*¡te amo, Brunilda!*», y esteis convencido de que el viento que acaricie enseguida vuestra frente, os responde: «*¡te amo, Serafin!*» Quiero que creais que ese viento es mi voz.... y lo será sin duda!... ¡Porque siempre lo estaré repitiendo! Quiero que cuando beseis una flor, digais: «*¡Á ella!*», y que no dudeis que en el mismo instante estoy diciendo yo viendo volar un pájaro: «*¡Á él!*» Quiero que cuando veais á ese pájaro llegar al Norte, exclameis: *¡Brunilda!*», como yo, cuando vea llegar una nave por el Mediodía, diré: «*¡Serafin!* Quiero que cuando oigais el *Final de Norma*, me veíais á vuestro lado, bien seguro de que mi alma, mi pensamiento, mi memoria no estarán en otra parte. Quiero, en fin, que cuando pasen muchos años, y podais imaginar que he muerto, sigais haciendo lo mismo, hablándome, viéndome, adorándome, en tanto que yo, muerta ó viva, entre el último suspiro, desde la tumba ó desde el cielo, estaré bendiciéndoos, repitiéndoos un inmortal *¡te amo!*—Ya veis, Serafin, que os propongo una union indisoluble, que va más allá de la vida, que triunfa de la ausencia, de la distancia, de los ultrajes de la edad, de la muerte! ¡Vivir así es la beatitud del cielo, la juventud eterna, la existen-

Digitized by Google

cia perdurable, una gloria anticipada!—Ahora.... sentaos á ese piano.... ¡Voy á cantar!

Serafin habia seguido á la *Hija del Cielo* en aquella atrevida inspiracion, palpitante, arrebatado, suspendido, cual si escuchara la voz de un ángel.

Pero cuando la jóven dejó de hablar, cayó de rodillas ante ella, inundado en lágrimas, desfallecido de amor.

Brunilda estaba de pié: el genio radiaba en su frente; la inspiracion brotaba de sus ojos.

Serafin corrió al piano y tocó una patética melodía, que terminó en el acompañamiento del Final de *Norma*.

Lenta, suave, gemidora fué aquella música.

Las lágrimas salian presurosas á escucharla, y el corazon respondia á sus lamentos.

Serafin con la cabeza vuelta hácia Brunilda, le traducia en una mirada, en una sonrisa, los pensamientos de su improvisacion.

Brunilda, apoyando una mano sobre el hombro de Serafin, elevada sobre él, viéndolo bajo su magnética mirada, inundándolo de luz, de amor, de poesía, envolviéndolo en su voz, en su ademan, en su aliento, en su dulce calor, en el aroma que se desprendia de ella, en los vértigos que le comunicaba la presion de su mano; Brunilda, elocuente, expansiva, anegada en su propio sentimiento, arrebatada, trasfigurada, en la cúspide del lirismo, en el trasporte de la pasion; Brunilda, decimos, cantó entónces aquella sublime frase del Final de *Norma: So terra*

Digitized by Google

ancora saró con te, como si ella fuese el sonido, como si saliese por sus poros, como la estátua de Nenmon, como si improvisase lo que cantaba, como si fuese Norma bajando á la frente de Bellini, ó la misma música dormida en los pliegues del aire; como ilumina la luz, como la mirra suelta su aroma, como se azula la distancia, albergue del pensamiento.

Ayer, hoy, mañana; Sevilla, Hammesfert, Silly; el amor, la despedida, la ausencia; la esperanza, la dicha, el recuerdo; el fuego, la llama, la ceniza, todo palpitó en aquellos cánticos, todo se lo dijeron aquellas almas.

Y cesó la armonía, y aún resonó en sus oidos.

Y callaron, mirándose, enlazadas las manos....

La luz del sol inundó el aposento.

Brunilda y Serafin seguian con las manos enlazadas, sin pensar, sin hablar, alejados del mundo, de esta realidad palpable que nos oprime, de este sér, esclavo de la naturaleza, que nos ata á la tierra; léjos, sí, muy léjos del imperio de los sentidos, de la prision del espíritu, de la vida que se agota, de las horas que trascurren, de los dias que se cuentan; léjos, muy léjos.... allá en el mundo de las profecías, en las regiones del presentimiento, ó bien sumergidos en una de esas reminiscencias que acuden á nuestra mente de cosas que no nos han sucedido, de séres que no conocemos; en una de esas adivinaciones, por último, que nos llaman á otro existir, á la abstraccion del sér, á lo que será del alma cuando nuestro corazon se rompa.

Digitized by Google

Un beso mútuo, un dilatado beso, ni premeditado, ni pedido, sino espontáneo, instintivo, abrasador, terminó aquel misterioso coloquio de sus almas.

Separáronse enseguida brucamente, él para salir de la habitacion, ébrio, aturdido, vacilante, y caer en brazos del que lo condujo allí: ella para languidecer como una flor moribunda, y quedar sobre la alfombra sin color, sin gritos, sin conocimiento.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

LECTOR.... LO SIENTO MUCHO; PERO SUCEDIÓ COMO TE LO CUENTO.

Cuando Serafin volvió en sí, encontróse en cama, en una habitacion desconocida, sin memoria de lo que le habia pasado, y sin más cuerpo de que disponer que unos huesos inertes liados en un pellejo flojo y amarillo.

Á la cabecera de su cama se hallaba Aben, el negrito de Brunilda.

—¿Dónde estoy? preguntó, sin recordar que el africano manifestó en otra ocasion no entender los idiomas que él poseia.

—En Hammesfert, en el *Hotel del Oso blanco*, respondió el negrito en correcto francés.

Serafin lo miró sonriendo, y le dijo:

—¡Hola! ¿parece que nos entendemos?

El nubio enseñó á Serafin toda su caja de dientes, digna de figurar entre las fichas de un dominó.

Digitized by Google

—¿Quién me ha traido aquí?

—Yo.

—¿Cuándo?

—Hoy hace un mes.

—¡Un mes!

—Ni más ni ménos. Habeis estado agonizando.

—¿Qué he tenido?

—Fiebre cerebral.

—¿Y Brunilda?

—La señora jarlesa se fué á Silly hace veinte dias.

—¿Á cómo estamos?

—Á tres de Julio.

—¡No se ha casado todavía! exclamó Serafin, procurando inútilmente incorporarse.

—No se casa hasta el 7 de Agosto, respondió Aben.

—¿Y Rurico?

—En Silly con el señor Gustavo. Ambos creen que os suicidásteis hace un mes.

—¡No se engañan! pensó Serafin. ¿Y mi equipaje? preguntó al cabo de un momento.

—Miradlo, respondió Aben señalando al fondo de la habitacion.

—¡Para siempre! exclamó Serafin.

El negro ocultó su caja de dientes.

—¿Cuándo podré levantarme? preguntó el músico despues de un momento.

—Dice el médico que dentro de diez dias.

—¿Y la señora? ¿qué te ha dicho?

Digitized by Google

—Que os cuidase mucho y os aconsejara volver á vuestro país cuando estuviéseis bueno.

—¡Para siempre! tornó á exclamar Serafin.

El négro volvió á descubrir su dominó.

—Tambien me dió esta carta, añadió, alargando un papel al enfermo.

Éste lo abrió, trémulo de amor y de angustia.

Decia así:

«*Vivir es amar.*»

«*Vivamos, Serafin.*»

«*Adios.*»

«*Hasta siempre.*»

«BRUNILDA.»

El jóven besó el papel y volvió á quedar sin conocimiento.

Al cabo de ocho dias se levantó.

—Ve al puerto, Aben, dijo al negrito; y búscame un pasaje para cualquier puerto del Mediodía.

—No hay barco, señor, dijo á Serafin.

—¡No hay!

—Nó; pero se espera dentro de quince dias una urca que viene de Spitzberg con direccion á Cádiz. Dicen que permanecerá una semana en Hammesfert.

—Partiré en esa urca, murmuró nuestro jóven.

—Bien; descuidad en mí, dijo el negro.

Ocho dias despues, Serafin salió á la calle.

El sol no se ponia hacia dos ó tres semanas, sino que se alzaba hácia el cénit, trazando una espiral.

Digitized by Google

Hacia calor.

Ningun hombre ha pasado dias tan desesperados, tan lentos, tan aburridos, como Serafin en Hammesfert.

Trascurrió otra semana, y la urca fondeó en el puerto.

Aben dió á Serafin un billete para salir el dia 3 de Agosto, y recibió su importe de manos del músico.

Pasó, por fin, otra semana, y llegó el dia de la partida.

Nuestro jóven escribió la siguiente carta, que entregó á Aben, despues de darle un estrecho abrazo:

«¡Adios, adorada Brunilda!

Somos 3 de Agosto.

Dentro de cuatro dias.... iré yo por los mares con direccion á mi pátria.... ¿A qué? ¡Dios mio! ¡A morir, ó á vivir muriendo!

Dentro de cuatro dias.... estarás tú caminando hácia el altar.

¡Somos muy desdichados!

¡Adios, *Hija del Cielo!* ¡Adios, idolatrada *Norma!* ¡Adios, Brunilda mia!

SERAFIN.»

Despues de esta suprema despedida, que costó al músico las últimas gotas de su apurado llanto, quedó tranquilo, indiferente, estúpido.

Digitized by Google

Dos horas más tarde ponia el pié en la embarcacion que debia llevarlo á su pátria.

Saludó por última vez al negrito, que agitaba su gorro turco desde el muelle, y la urca se hizo á la vela.

Serafin tembló todavía al sentir que la embarcacion se apartaba de aquella costa, donde dejaba todas sus ilusiones, toda su dicha, toda su esperanza.

Cuando sacudió aquel postrer síntoma de sensibilidad, creyó que yá se habian interpuesto mil leguas entre Brunilda y él.

—He muerto á los veinticuatro años! dijo con una frialdad y una calma de que nadie le hubiera creido capaz.

Y miró á su alrededor.

Entónces no vió otra cosa que olas y olas y más olas. Olas por Levante, olas por Poniente, olas por el Norte y olas por el Mediodía.

Digitized by Google

Digitized by Google

III

LA DICHA ESTÁ EN EL FONDO DE UN VASO

Serafin se dirigió á la cámara de proa, que era su alojamiento, y se dejó caer sobre un banco, apoyando los codos en una mesa.

Allí permaneció largo tiempo, inmóvil y silencioso como un cuerpo sin alma.

Al cabo de una hora levantó la cabeza, y pidió ponche, mucho ponche.

Trajéronle una enorme ponchera.

—Así dormiré! se dijo.

Y llenó un vaso hasta los bordes.

Bebióselo lentamente, con la cabeza tirada atrás y los ojos fijos en el espumoso licor; pero, al apurar la última gota, vió en el fondo del vaso la figura de un hombre que penetraba en la cámara en aquel instante.

El vaso se le cayó de las manos; dió un grito y

Digitized by Google

un salto al mismo tiempo, y quedó de pié, bamboleándose, sin creer lo que veia.

—¡Diablo! ¡rediablo! ¡diablísimo! ¡protodiablo! ¡archidiablo! ¡non plus ultra-diablo! ¡diablo Cojuelo! exclamó el aparecido, arrojándose á Serafin, cubriéndolo de besos, y estrechándolo entre sus brazos.

Era Alberto.

El músico se restregó los ojos, se los estiró con los dedos, tocó como santo Tomás, y dudó todavía.

—¡Alberto! exclamó por último: ¡Alberto mio! ¡querido Alberto!

Y se quedó un instante traspuesto, entregado á su alegría, á su sorpresa, á su admiracion.

Luégo languideció otra vez, y volvió á desplomarse sobre el asiento.

—¡Te dejé bebiendo, y te encuentro lo mismo! ¡Bravo, querido Serafin! exclamó Alberto abrazando nuevamente á su amigo. Pero ¡diablo! ¿cómo es que te hallo aquí? ¡Tú en Laponia! ¡Tú que reprobabas mi viaje! ¡Tú que ibas á Italia!

—¡Italia! murmuró Serafin, á cuyos ojos volvian las bienhechoras lágrimas.

—Yá sé que se equivocaron los billetes, continuó Alberto; pero no por eso he ido yo á Italia, como tú has venido á Laponia!—¿Y qué te ha parecido mi Norte?—Pero te encuentro pálido.... ¡Lloras! ¿Qué tienes, mi querido amigo?

Serafin no pudo responder.

¡Le recordaba Alberto tantas cosas! ¡Le agradecia tanto á Dios aquel encuentro!

Digitized by Google

—¡Qué noche aquella, Serafin! prosiguió el jóven, hablando de mil cosas á un tiempo, como tenia de costumbre. Estábamos borrachos en los tres grados que marcan los autores: *Chirlomirlos*, *Cogegallos* y *Patriarcales*. Yo no noté la equivocacion hasta el dia siguiente; me quedé en Gibraltar, y tres dias despues.... no creas que fuí á Sevilla, ¡diablo!... ¡Amo demasiado á Matilde para verla con tranquilidad!

Serafin suspiró al oir el nombre de su hermana.

Alberto continuó:

—Pues señor, tres dias despues, hallándome sin buque en que hacer mi expedicion al Polo, compré esta urca; la tripulé; la confirmé con el nombre de *Matilde*....

Alberto hizo una pausa, mirando á Serafin.

—¡Mucho la amas! suspiró el músico.

—¡Más que á mi vida! replicó Alberto con vehemencia: ¡cada vez más!

Luégo continuó, dominándose:

—La bauticé con el nombre de tu hermana...., y me hice yo mismo capitan. ¡Sabe, pues, que estás bajo mis órdenes!

Serafin sonrió á pesar suyo.

—En fin, prosiguió Alberto: despues de un mes de navegacion, llegué á este maldito Hammesfert, donde permanecí dos dias. En seguida enfilé la proa al Polo, y he hecho mi anhelada visita á Spitzberg. ¡Qué cosas tan magníficas, tan sorprendentes he

Digitized by Google

observado en aquella region!—Pero ¡hombre! ¿qué tienes? ¡Tú estás triste hasta la médula de los huesos!

—¡Ay, Alberto! suspiró Serafin, á quien la locuacidad de su amigo le comunicaba deseos de hablar.

—¿Qué te pasa, diablo? Cuéntamelo todo. Tú sólo bebes más que en las situaciones culminantes. ¡Algo extraordinario te ha sucedido!

—Yá te lo contaré todo muy despacio, dijo Serafin. Ahora no me siento con fuerzas. Sabe por lo pronto que la *Hija del Cielo*....

Alberto interrumpió á su amigo con una ruidosa carcajada.

—¡Cien veces diablo! exclamó. ¿Conque ese amor es la causa de tus penas? ¿Conque no has olvidado á esa mujer?—Pues señor; ¡te compadezco! añadió, mudando de tono. ¡No hay peor cosa que un amor imposible!

—¡Ay! suspiró Serafin: ¡tú no lo sabes todo!

—Pues ¿qué hay? ¿te ha escrito? ¿Dónde está? ¡Diablo! me interesa esa mujer. ¡Perderla á la hora de amarla! ¡Perderla!... y encontrarla luégo en Cádiz.... sí.... ¡eso es!... ¡Qué borrachos estábamos! ¿Viste cuando agitó el pañuelo? Y luégo.... nada.... ¡se acabó! ¡Desapareció para siempre!

—¡Ojalá! exclamó Serafin.

—¿Cómo? ¿Has vuelto á encontrarla? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Tiene algo que ver ella con tu viaje al Norte?

Digitized by Google

—La he visto; le he hablado; he viajado con ella un mes; ha cantado acompañándola yo; sé su nombre y su historia.

—¡Diablo y demonio! exclamó Alberto; ¡y me lo dices con ese aire de tristeza! ¡Oh! ¡tú me engañas!

—Lo que oyes, amigo mio, respondió Serafin. Por ella he venido á esta region; por ella me ves en tu barco; por ella vivo.... sin poder vivir!

—¡Yá te buscaré un remedio! repuso el capitan de la *Matilde* echando algunos tragos. Pero ¡ahora caigo! ¿Has encontrado tambien al jóven del albornoz blanco?

—Y he hablado con él muchas veces.

—¡Estoy soñando! ¿Y el calvo aquel..., el del palco...?

—Tambien sé quién es.

—¿Y no has sido todavía *Polion?*

—¡Yá ves que estoy desesperado! Es asunto largo de contar: mañana lo sabrás todo.

—¡Por mis charreteras y por todos los diablos! Creo que hemos tropezado á tiempo. Los que se suicidan deben de estar la víspera de su muerte como tú estás hoy.

—Tampoco puedo matarme.... replicó Serafin lúgubremente.

—¿Por qué?

—Porque lo he jurado.

—¿Á quién?

—Á la *Hija del Cielo.*

Digitized by Google

—Pues señor, no lo entiendo. ¿Es coqueta esa mujer?

—¡Es un ángel!

—¿Te quiere mal?

—¡Me adora!

—Cada vez lo entiendo ménos.—¿Es casada?

—Nó.... Aún es soltera.

—¡Vete al diablo!—En fin, dejemos esto. Yá me lo contarás despues.... ó nunca. Lo que no tiene remedio se olvida. Para olvidar se bebe. Para beber, se pide.—¡Hola! ¡Traed más ponche!—Voy á hacerte la partida.—Luégo vendrás á mi cámara, y en adelante viviremos juntos. Yo te curaré de ese amor, ó suspiraré contigo....—¡Ay! que tambien tengo mis razones. Dentro de un mes estaremos en Cádiz...., y, por mi parte, no sé qué hacerme. Cantaré misa ó me iré al Japon. No tengo casa, ni familia.... ni.... ¡Diablo! ¡Que sea yo tan necio! ¡Pues no amo á tu hermana como un imbécil!—Pero hablemos de otra cosa....—¡Brrrr! ¡Magnífico ponche!—¡Alégrate, Serafin!—¡Qué ganas tenia de hablar.... y sobre todo contigo!—¡Figúrate mi sorpresa cuando hallé tu nombre en la lista de los pasajeros de mi buque!—¡Vaya otro vaso!—¡Me parece un sueño que te veo!—Pues, señor; ya que no hablas, hablaré yo solo: te contaré algo de mis viajes.... Esto te distraerá. Ahora recuerdo cierta entrevista que he tenido con un alma del otro mundo....—Y esto me recuerda otra cosa....—¡Torpe de mí que no te lo he dicho todavía!—¿Sabes tú con quién estás hablando?

Digitized by Google

—¿Con quién? dijo Serafin distraidamente.

—Con el capitan de la *Matilde*....

—Yá me lo hás dicho.

—Espera... que aún no he concluido.--No sólo soy capitan, sino almirante.—Y digo almirante porque si echo al agua las lanchas y los botes, no negarás que me encuentro con una escuadra.—¿Qué te parece?—Y no es esto todo....—¡Soy Rey!

—¡Rey! murmuró Serafin sonriéndose.

—Rey.... rey, con todas sus letras.

—¿De dónde?

—De *Spitzberg;* de la isla del *Nordeste*. ¡Un rey sin súbditos! ¡Rey de una isla desierta! ¡Una especie de *Pepe Botellas*, como decian en los somatenes de antaño!—¡Rey absoluto, pues que no tengo Cámaras! ¡Y qué paz hay en mis Estados!

—Mas ¿quién te ha consagrado rey?

—Yo mismo..., yo..., que ántes de ceñirme la corona, habia yá dicho en mis adentros, parodiando al gran Sixto V: *¡Ego sum papa!*—Sí, chico.... En esto soy de la opinion de mi primo Enrique VIII de Inglaterra. ¡Soy rey y pontífice á un mismo tiempo!—Primero me hice papa, y luégo me consagré rey.—Pero vuelvo á mi historia.... á mi entrevista con los muertos.—Atencion.—¡Vaya otro vaso!

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

DE CÓMO UN CADÁVER SE EMBALSAMÓ Á SÍ MISMO

«La isla del Nordeste (continuó Alberto) es la más septentrional del archipiélago de Spitzberg, y está desierta como las demás. En la que da su nombre á todo el grupo, creo que hay una colonia rusa, habitada sólo los veranos; pero yo no buscaba rusos, Serafin: yo buscaba la augusta soledad de una naturaleza muerta.

Así es que desembarqué en aquella Isla, mayor que muchos reinos de Europa, solo, con mi escopeta al brazo y no sin cierto estremecimiento de orgullo al pensar que era yo el único morador de aquel vasto territorio, – su rey, mejor dicho; como Adan lo era de todo el Planeta cuando vivia solito en él.

Mediaba á la sazon la primavera de aquel país; pero hacia un frio de todos los diablos.

Algunos fresales silvestres crecian sobre un

Digitized by Google

suelo siempre nevado: las adormideras blancas y las siemprevivas florecian á la sombra de añosos cedros abiertos y desgajados por el frio; y en el zócalo de los témpanos de hielo que se recostaban sobre los montes, se extendia el liquen ó musgo blanco....—Hé aquí toda la vegetacion de la isla del Nordeste.

El *burgomaestre*, ese buitre del Polo, el *mallemak* y los *rotgers* cantaban y volaban de cumbre en cumbre...; pero por ninguna parte veia cierto pájaro que yo buscaba, y sobre el cual habia leido muchos embustes.

¿Qué es eso, Serafin? ¿te duermes? Atiende ¡voto á brios! que se acerca la catástrofe.

El pájaro que yo buscaba era el *apura-nieves*.

Yá habia andado media legua por el interior de la isla, cuando el sol rompió la niebla. Inmediatamente ví en la cumbre de un picacho de hielo cierta especie de tórtola, cuyo plumaje dorado resplandecia al sol de tal modo, que parecia un ave de oro, ó mejor dicho, de fuego.

Era lo que yo buscaba.

Apuntéla enseguida; pero la tórtola me vió, y, levantando el vuelo, se fué á posar en una hendidura formada por dos hielos seculares.

Avancé hácia allí con precaucion, mas no con tanta que el *apura-nieves* no tuviera tiempo de adoptar alguna por su parte.

Ésta consistió en introducirse por aquella grieta.

Desesperado con este contratiempo, y decidido á

Digitized by Google

no volver á bordo sin un *apura-nieves*, trepé á la montaña y me deslicé por la hendidura.

Entónces ví con asombro que aquel pórtico de hielo constante daba entrada á una estensa gruta ó galería, al fin de la cual se veian tambien la luz y el cielo.

El *apura-nieves* estaba parado en aquel otro punto de escape, y brillaba al sol como un áscua.

Á mí me rodeaba la oscuridad.

Como la galería natural en que me hallaba, formada sin duda por el choque de dos hielos antiquísimos, era enteramente recta, apunté al pájaro desde el centro de aquella mina, y solté el tiro.

El *apura-nieves* cayó al otro lado.

Iba á seguirlo, cuando sentí que se estremecia toda la gruta, y que los témpanos se desplomaban por todas partes con un ruido fragoroso.

Creí perecer.

Zumbaba aún el estruendo del tiro, y la galería estaba yá por tierra hácia la parte de la entrada.

Corrí para salir por la otra; pero tambien se obstruyó aquel punto, privándome de todo escape y de toda claridad.

Quedé, pues, en tinieblas, en el centro de un terremoto.

Al poco tiempo crujió la techumbre y empezó á desmoronarse alrededor de mí.

La luz entró á torrentes en la destrozada gruta.

Yo me puse de un brinco en el primer claro que ví sin techo, y yá más tranquilo, esperé á que ter-

Digitized by Google

minase el trastorno que habia causado con aquel imprudente tiro.

Pero como si el cataclismo no hubiese tenido otro objeto que asustarme, no bien me coloqué fuera del peligro, cesaron los crujidos y el hundimiento.

Entónces miré á mi alrededor buscando una salida.

Érame preciso encontrar el *apura-nieves*.

Pero al girar la vista en torno mio, mis ojos tropezaron con otros ojos....

¡Diablo, Serafin, estremécete!

Aquellos ojos eran humanos, resplandecientes, negros como los mios!

Y, sin embargo, yo me hallaba sólo en la gruta.

¡Aquellos ojos estaban dentro de un témpano!

Al punto creí que mi propia imágen, refractada por el hielo, estaba enfrente de mí....

Pero cuando ví que aquellos ojos correspondian á una cara, y que aquella cara no era la mia, y que á la cara seguia un cuerpo vestido de blanco, tendido á lo largo del témpano, y que aquel cuerpo era el de un hombre engastado en cristal, el de un hielo convertido en hombre, el de un cadáver helado.... ¡Diablo, Serafin! te lo juro, no fué *¡Diablo!* lo que dije, sino *¡Dios! ¡Dios!* una y otra y muy repetidas veces!

Lo que más me extrañaba era que aquel cadáver tenia los ojos abiertos, lucientes, con la chispa vital vibrando en la pupila!

Era un hermosísimo mancebo, vestido con una

Digitized by Google

blanca túnica escandinava, manchada de sangre por muchos puntos. Su mano estrechaba un objeto en que reconocí una caja de plata. Largos cabellos negros, erizados por el frio polar y por el de la muerte, rodeaban su blanca faz, sellada aún con la postrera angustia. Parecia una imágen del Crucificado tendido en su santo sepulcro.

Y no te extrañe nada de esto, Serafin. Yo yá sabia que no hay embalsamamiento más perfecto y durable que la congelacion, y hasta habia visto que en todos estos países se usa el hielo en vez de la sal para conservar frescas las carnes durante años enteros.

De cualquier modo, mis primeros momentos fueron de espanto, de terror.

Luégo me asaltó la curiosidad.

¿Quién habia llevado allí á aquel hombre? ¿Quién lo habia asesinado? ¿Qué significaba aquella caja que el cadáver tenia en la mano?

Entónces empezé á romper el hielo con el cañon de mi escopeta, y al cabo de una hora habia logrado arrancar la caja de la mano del cadáver.

Abríla á duras penas, y encontré un legajo de papeles, en cuyo sobre decia:

«MEMORIAS DEL JARL RURICO DE CÁLIX,
escritas en la hora de la muerte,
y dirigidas
á sus hermanos de la lógia de Malenger.
Spitzberg-18....»

Digitized by Google

Digitized by Google

V

REVERDECE LA ESPERANZA

Serafin habia oido á Alberto sin escucharlo.

Pensaba en sus desventuras, y no estaba para formar juicio de otra cosa.

Pero al oir el nombre de *Rurico de Cálix,* se levantó como impulsado por un resorte de acero.

—¿Qué nombre has pronunciado? exclamó con una exaltacion indescriptible.

Alberto lo miró atónito.

Serafin quiso entónces recordar lo que le habia contado su amigo, y empezó á golpearse la frente.

—Spitzberg! ¡Un cadáver! ¡Unos ojos negros! ¡Sangre! ¡Rurico de Cálix!

Hé aquí las ideas que en medio de su trastorno pudo recoger; las mismas que expresó en frenéticos gritos.

—¡Cálmate, Serafin! exclamó Alberto.

—¡Qué delirio! añadió Serafin, volviendo á decaer.

Digitized by Google

¡Rurico de Cálix vive! ¡Rurico de Cálix se casa dentro de cuatro dias con la *Hija del Cielo!*

Alberto comprendió en un instante, gracias á su privilegiada imaginacion, todo lo que Serafin no le habia contado.

—¡Rurico de Cálix murió hace cinco años en la isla del Nordeste! exclamó con un acento de conviccion que electrizó al amante de Brunilda.

—¡Alberto! ¡Alberto! gritó el jóven con desesperacion; ¿por qué me engañas? ¿No ves que me vuelves loco?

En efecto: Serafin creia que su amigo inventaba aquella historia para llamarlo al mundo de la esperanza.

Alberto no contestó, sino que se levantó con seriedad y salió apresuradamente de la cámara.

Dos minutos despues volvió á ella con unos papeles en la mano.

—Oye, Serafin, y no me interrumpas, exclamó. Las *Memorias de Rurico de Cálix* dicen así:

Serafin puso atencion, sin atreverse á esperar todavía que fuese verdad lo que escuchaba.

Digitized by Google

VI

MEMORIAS DE RURICO DE CÁLIX.

«Hermanos:

»Me confiásteis una sagrada mision: no la he cumplido, y necesito justificarme á vuestros ojos.

»Voy á morir....; pero el cielo me otorga una agonía sosegada, y podré escribir brevemente mis memorias, que encontrará con mi cadáver el emisario vuestro que desembarque en esta isla el año que viene.

»Escribo en nuestro gran salon de sesiones: he vendado mi herida, y cuento con dos horas. Cuando concluya estas líneas mal trazadas, saldré de aquí y cerraré la entrada como es costumbre, á fin de que nadie pueda descubrirla. En seguida me colocaré en la galería de hielo por donde pasará mi

Digitized by Google

sucesor dentro de un año.... Allí moriré, allí me encontrará....

. . . . . .

»Hermanos: yo amaba á la jarlesa Brunilda de Silly.

»Otro hombre la amaba tambien.

»Este hombre era el *Niño Pirata*, Oscar el *Encubierto*.

»Un dia recibí de mi adorada una prueba de amor; un saludo.

»Al dia siguiente me disparó mi rival un tiro, que mató al timonel de mi urca *El Águila*.

. . . . . .

»Fuí á Malenger y me confiásteis los papeles sagrados que sabeis, á fin de que los trajese á esta isla.

»Cuando volvia á mi urca, encontré al jarl de Silly, á nuestro venerable hermano, al padre de Brunilda, en poder de *Oscar el encubierto*, quien se disponia á matarlo.

»Salvé al anciano, hiriendo al jóven, que rodó á un profundo abismo.

»El jarl de Silly me juró entónces que su hija sería mi esposa.

»Nos separamos cerca yá del mar, y dirigíme á mi embarcacion.

»El *Águila* se hizo á la vela.

. . . . . .

»A los ocho dias de navegacion, notamos que un *groenlandero* nos seguia á lo léjos.

Digitized by Google

»Una completa cerrazon de niebla lo ocultó á nuestros ojos al dia siguiente.

»Yo mandé desplegar todas las velas del *Águila;* porque recelaba de aquel barco espía.

. . . . . .

»Una semana despues rompió el sol las brumas que entoldaban el espacio.

»El *groenlandero* estaba á una legua de nosotros.

»Era el *Niño Pirata,* el bajel corsario de *Oscar el encubierto.*

. . . . . .

»Nuestros esfuerzos fueron vanos.

»El *groenlandero* era más corredor que el *Águila.*

»Al tiempo de avistar á Spitzberg nos dió caza.

»Trabóse un combate horrible.

»*Oscar el encubierto* venia en su buque y mandaba el abordaje.

»No habia perecido como yo pensaba.

»Traia vendado el brazo derecho, pero empuñaba el hacha con la mano izquierda.

»Nuestros marineros se batieron con desesperacion.

»Todo fué inútil.

»El *Encubierto* arrojó el antifaz en la hora del supremo peligro, y sus secuaces, al ver por primera vez el rostro del bandido, rugieron de entusiasmo.

»El cañon nos heria, nos acribillaba, nos abrasaba casi á boca de jarro.

Digitized by Google

»El *Niño Pirata* no apartaba de mí sus ojos furibundos.

»Para que lo reconozcais y nos vengueis, os diré que es un hermoso mancebo de diez y ocho á veinte años, un tigre cachorro, de altanera fisonomía, cabellos rubios muy cortos, ojos azules clarísimos y sonrisa desdeñosa.

»La insignia pirática que le da supremacía entre su gente, es un peto rojo cruzado por una banda amarilla.

»Cuando los corsarios que lo acompañan ven este blason siniestro, rugen como osos sedientos de matanza.

»Así nos venció.

»Toda mi tripulacion fué pasada á cuchillo.

»El *Águila* hacia agua por todas partes.

»Pronto la ví sumergirse en la vasta tumba que me rodeaba.

»¡Todo estaba perdido!

»Entónces, y sólo entónces, cogí la caja que encerraba vuestros papeles, y me arrojé al mar para salvarme á nado.

. . . . . .

»Llegué á esta isla.

»¡Ah! ni áun así me habia librado de la muerte.

»Echada á pique el *Águila*, no tendria embarcacion en que tornar al continente.

»El frio y el hambre harian lo demás.

»Pero el destino me tenia reservada una muerte más horrible.

Digitized by Google

»Escuchad.

»Al tocar á tierra, me divisaron los piratas, lanzando un *hurra* aterrador.

»Oscar entró en un bote y vino hácia mí, seguido de cuatro ó cinco corsarios.

»Viéndome perdido, arrojé al mar la caja de papeles.

»Y me interné en la isla.

»Pero al cabo de una hora caí prisionero.

—»¡No lo mateis! gritó desde léjos el *Niño Pirata*.

»Llegó al fin á donde yo estaba, y mandó que me maniatasen y me tendiesen sobre un hielo.

—»Dejadnos solos, dijo en seguida.

»Los bandidos se alejaron.

—»Escucha, exclamó Oscar con su calma desesperadora. Brunilda de Silly me aborrece: Brunilda de Silly te ama. Tu arpa le arranca un saludo: los ecos de mi flauta le causan enojo. ¡Uno de los dos está demás en la tierra!—Hace veintiocho dias que el jarl de Silly te ha jurado que Brunilda será tu esposa.—Poco ántes tú me habias roto un brazo de un tiro. ¡Así nos convenia á los dos!—Aquel dia trepaba yo por el barranco, á pesar de mi herida, para lanzar mis piratas sobre vosotros, cuando oí tu tierna conversacion con el padre de nuestra adorada. Me detuve. Dijiste que venías á Spitzberg, y decidí seguirte. Mi plan era soberbio. Atiéndeme y revienta de ira.—Voy á matarte.... No es esto solo.... Voy á matar al padre de Brunilda.... No he concluido aún.... Voy á presentarme á ella diciendo que

Digitized by Google

me llamo Rurico de Cálix, y á reclamar el juramento que te ha hecho el jarl de Silly! Tu adorada no te conoce, es decir, no sabe que Rurico de Cálix y el hombre del arpa son una misma persona. Tampoco sabe que *Oscar el Encubierto* es el montañés de la flauta.... Su padre, que pudiera aclararlo todo, habrá muerto. Mi semblante es desconocido para todo el mundo.... Resultado: ¡Brunilda será mia! ¡Brunilda será mi esposa! Entre tanto, á tí te comerán los osos en esta isla desierta.

»Dijo, y me clavó su puñal en el pecho.

. . . . . .

»Cuando recobré el sentido, el barco pirata desaparecia en alta mar.

»¡Yo estaba ya *solo* en esta isla!

»¡Solo y desangrándome!

»Introduje un pañuelo en mi herida, y me fajé con mi cinturon.

»Dios ha permitido que llegue hasta aquí y que salve al ménos mi honra, escribiéndoos estos renglones.

. . . . . .

»Hermanos:

»No he desempeñado mi mision; pero he librado los papeles que me confiásteis.

»¡Me debeis todos la vida!

»¡Vengadme, hermanos!

. . . . . .

»Se me acaban las fuerzas, y las necesito para salir y cerrar.

Digitized by Google

»Oid mi testamento.

»Buscad á mi madre, á mi pobre madre, la jarlesa Alejandra de Cálix, que vive en la isla de Loppen.

»Decidle que muero bendiciéndola.

»Prevenid al jarl Adolfo Juan de Silly el peligro que corre.

»Buscad á Brunilda, y anunciadle que está libre.... ¡que Rurico de Cálix ha muerto!

»Decidle que muero por ella, pero adorando su memoria!

»¡Adios, hermanos!

»¡Trabajad por la independencia de Noruega!

»¡Hé aquí mi último voto.... mi última esperanza!

»RURICO DE CÁLIX.»

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

EL REY DE UNA ISLA DESIERTA ARENGA Á SUS VASALLOS.

Imposible nos fuera describir la revolucion que obró en el alma del músico la lectura de las precedentes *Memorias*.

—¡Me has salvado, Alberto! ¡La has salvado á ella! ¡Me vuelves la dicha! ¡Me vuelves el amor! ¡Te lo debo todo!

Esto dijo abrazando al *rey de Spitzberg*, que no comprendia aquellas cosas sino á medias.

Entónces le contó Serafin todas sus aventuras, su viaje, sus peligros, la historia de Brunilda, todo aquel laberinto de desgracias que acababan de desenredar las memorias del verdadero Rurico de Cálix.

—¡Diablo y demonio! exclamó Alberto, dando vueltas por la cámara.... ¡A Silly! ¡A Silly! ¡Serafin, corramos en busca de Brunilda! Faltan cuatro dias... ¡Tenemos tiempo!—¡Hé aquí por qué mi hombre no

Digitized by Google

podia batirse hasta pasado un año! Yá le diré yo lo que me importan todos los corsarios del mundo, rojos y sin enrojecer! ¡Hola.... timonel! ¡piloto! mi teniente! ¡Al castillo de Silly! ¡Virad al momento! ¡Que no quede un trapo arrugado en toda la arboladura! ¡Iza! ¡Iza! ¡Arriba mi gente! ¡A Silly! Si no llegamos ántes del dia siete, os cuelgo á todos del palo mayor; y tú mi segundo.... me sirves de gallardete hasta la consumacion de los siglos!

No habia concluido Alberto esta arenga extraña, cuando la *Matilde* viró completamente como un caballo dócil vuelve grupas, y corrió de bolina hácia la costa como una exhalacion, como un relámpago.

Serafin besaba, abrazaba, levantaba en el aire á Alberto.

—¡Te premiaré, amigo mio! le decia con toda la efusion de su alma; ¡te premiaré como no puedes imaginarte!—¡Alberto! ¡Alberto!... ¡Has de pagarme estas lágrimas de ventura con otras lágrimas de felicidad, ó pierdo mi nombre de Serafin, mi vida, mi esperanza, mi amor y mi *Stradivarius!*

Digitized by Google

VIII

TODO Y NADA.

Era el dia 7 de Agosto; el dia de la boda.

El sol apareció despues de una brevísima noche.

Alberto y Serafin lo vieron salir desde el alcázar de popa de la urca *Matilde*.

—¿Cuánto queda? ¿Cuándo llegamos? preguntaban á cada instante los dos jóvenes á todos los marineros.

—Dentro de diez horas... dentro de ocho... dentro de cuatro.... dentro de dos.... iban respondiendo éstos, segun el sol adelantaba en su carrera casi horizontal.

—¿Cuándo llegamos? repetia Alberto, arrojando puñados de dinero á la absorta tripulacion.

—Dentro de una hora.

—¿Qué hora es?

—Las doce....

Digitized by Google

—¡Las doce! ¡las doce! ¡Vela! ¡vela! ¡más vela! exclamaba Serafin.

– ¡Yá vemos á Silly! gritó un marinero.

—¡Silly! repitieron los dos jóvenes.

—Miradlo.... Aquel castillo negro que asoma entre la nieve es Silly....

—¡Silly! exclamaba Serafin.... ¡Allí está Brunilda! ¡Allí nació la *Hija del Cielo!*

—¡Siete de agosto!... ¡Las doce y media! Si á la una no hemos saltado á tierra, echo á pique la embarcacion! – Preparad ese ancla.... ¡Arría, arría!—Un abrazo, Serafin.... ¡Esperanza! ¡ánimo!...—Hemos llegado.

Era la una y media.

Alberto y Serafin entraron en una lancha que los dejó en tierra en dos minutos.

—Corramos.... exclamaron á un tiempo, y se dirigieron al castillo.

Silly estaba sombrío, silencioso.

Algunos criados lujosamente vestidos dejaron pasar á nuestros jóvenes, creyéndolos convidados.

– ¿Se ha casado? preguntaba Serafin en italiano, en francés, en español, en latin.

La servidumbre se encogia de hombros.

No le comprendian.

—¿Se ha casado yá? preguntaba Alberto en inglés, en aleman, en griego, en árabe, en portugués.

Tampoco le entendia nadie.

¡Qué instantes tan angustiosos!

Digitized by Google

Guiados por la servidumbre, penetraron en un salon, luégo en una galería, luégo en otro salon,—todos desiertos.

Al fin llegaron á una antecámara, en cuyo fondo habia una puerta entornada, á través de la cual se oia murmullo de gente y se percibia una profusa iluminacion.

Serafin temblaba como un epiléptico.

—Entra tú, le dijo á su amigo.

—¡Diablo! ¡pues no he de entrar! ¡Sígueme! exclamó Alberto.

Y, arrojando el sombrero, empujó con resolucion aquella puerta.

Serafin penetró detrás de él.

Estaban en la Capilla.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

TODO INÚTIL.

—¡Deteneos!... gritó Alberto al penetrar en el sagrado recinto.

Brunilda, Rurico de Cálix, Gustavo, el sacerdote, el notario y los testigos, únicas personas que habia en aquel lugar, se volvieron admirados.

Rurico vió á Alberto, y reconoció en él al hombre del desafío.

Brunilda no lo conocia; pero presintió algo extraordinario.

Entónces apareció Serafin.

Al verlo Brunilda; al hallarlo allí, cuando lo creia en medio de los mares; al pensar que quebrantaba todos sus juramentos; al contemplar de nuevo al que era su vida, su alma, su único amor, sintió enojo, sorpresa, dicha, desesperacion y cuanto no pudiéramos explicar.

—¡Serafin! exclamó, cayendo en brazos de su tio.

Digitized by Google

—¡Serafin! repitió Rurico, que lo creia muerto hacía dos meses.

—¡Caballero! exclamó Gustavo, lleno de indignacion y sorpresa y en tono de reconvencion.

Pero Serafin no existia más que para Brunilda.

La miraba con indecible angustia, con delirante amor.

¿Era libre todavía?

¿Se habia casado yá?

La jóven estaba pálida y delgada como una sombra de lo que habia sido.

Aquellos dos meses habian dejado en su rostro la huella de un profundo pesar.

Vestía de blanco y ceñia dos coronas: la condal y la de desposada.

Acaso tambien la del martirio.

—¡Deteneos! volvió á decir Alberto con tanta audacia, que todos quedaron suspensos de sus lábios.

Brunilda se habia recobrado, y miraba aquella escena sin adivinar lo que iba á suceder.

Rurico acariciaba su puñal, lívido de cólera, temiéndolo todo, conteniéndose apénas.

Gustavo se adelantó hácia los dos jóvenes, y dijo con severidad:

—¿Cómo os atreveis á turbar de este modo la paz de una familia, la quietud de mi casa, la solemnidad de esta ceremonia? ¡Idos de aquí con vuestro temerario amor! Dejad á una buena hija cumplir lo que juró á su padre!

—Acabemos.... añadió Rurico, dirigiéndose al

Digitized by Google

sacerdote. Estos señores presenciarán el desposorio, y luégo nos dirán á qué han venido.

Serafin oyóestas palabras con inexplicable júbilo.

—¡Llegamos á tiempo! exclamó.

—¡No se ha casado! dijo Alberto, sacando las *Memorias de Rurico de Cálix.*

—¿Qué significa eso? gritó Rurico, desenvainando el puñal al ver aquellos papeles, que, sin saber por qué, le auguraban algo muy horrible.

—¡Estais en un templo! advirtió el sacerdote....

Rurico envainó el puñal, trémulo, confundido, tartamudeando una excusa.

—Escuchad todos, dijo Serafin con voz solemne. Este casamiento no puede verificarse. La hija del jarl Silly ha jurado dar su mano al jarl Rurico de Cálix, y no debe faltar á su juramento!

Todos se miraron asombrados, creyendo que aquel extranjero estaba loco.

Rurico vió que la tormenta le venía encima, y miró hácia la puerta.

Alberto le enseñaba disimuladamente una pistola.

—Explicaos, jóven, dijo Gustavo. Mi pupila juró casarse con el jarl de Cálix, y se dispone, como veis, á cumplir su juramento, casándose....

—¿Con quién?

—Con Rurico de Cálix....

—Y ¿dónde está ese hombre? Yo no lo veo aquí...

—Miradlo, repuso Gustavo, señalando al capitan del *Lebiathan.*

Digitized by Google

—Ese hombre no es Rurico de Cálix, replicó Serafin con voz entera.

Un rayo que hubiese caido en medio de la capilla, no hubiera causado un efecto igual al que produjo aquella revelacion.

Brunilda, con los ojos dilatados y las manos extendidas, dió un paso hácia el falso Rurico, y murmuró lentamente:

—¡Lo habia sospechado!

Rurico soltó una violenta carcajada.

Gustavo se acercó á Serafin.

—¡Ved lo que decís, caballero! exclamó con voz solemne.

Alberto seguia enseñando la pistola al bandido, quien no se atrevia á moverse.

—Ese hombre, continuó Serafin, es Oscar el *Encubierto*, el *Niño pirata*, el asesino de Rurico de Cálix, que murió en Spitzberg hace cinco años. Ese hombre es el montañés que cierto dia hirió á un marinero enfrente de este castillo; el bandido que prendió despues al jarl Adolfo Juan de Silly, para hacerle optar entre la muerte ó el deshonor de su hija; el infame que lo asesinó al año siguiente; el impostor sacrílego que quiere pasar por libertador de aquel á quien asesinara, y recoger el premio de la virtud de otra víctima suya! ¡Hipócrita, falsario, pirata, asesino, traidor, continuó Serafin, apostrofando al bandido; defiéndete si tal es tu osadía!

Reinó un instante de silencio.

Gustavo, el sacerdote y los testigos se apartaron

Digitized by Google

de aquel hombre sobre quien recaia tan horrible acusacion, y esperaron su réplica ántes de soltar todas las tempestades de su ira.

Brunilda, deslumbrada por aquella revelacion, se tapaba el rostro con las manos.

Oscar se adelantó entónces, frio, sereno, impasible.

—Señor notario, prended á ese hombre en nombre de la ley, dijo señalando á Serafin.

Éste retrocedió un paso.

—¡Prendedlo, os digo! añadió el jóven con una entereza, y una dignidad que impuso á todos respeto y les hizo dudar nuevamente. ¡Prended á ese infame que me calumnia! ¡Á ese aventurero que profana el templo donde Dios va á premiar mis sufrimientos con la mano de la mujer que adoro! ¡Prended á ese falsario que me llama impostor, porque ama á mi prometida; á ese miserable violinista que aspira á ceñirse con intrigas de mala ley la corona condal de Silly! ¡Prendedlo, y obligadlo á que presente las pruebas de su acusacion, ó á que sufra el castigo de los calumniadores!

—Aquí están las pruebas, gritó Alberto, viendo vacilar á los circunstantes: aquí están las pruebas.... ¡Aquí están las *Memorias* del verdadero Rurico de Cálix!

—Esas memorias son falsas, señor novelista, exclamó el pirata con indignacion. ¡Yo nunca he escrito mis memorias!

—Hay otra prueba, dijo Serafin.

Digitized by Google

—¿Cuál? exclamaron todos.

—El cadáver de Rurico de Cálix.

—¡Su cadáver! ¿Lo traeis acaso de testigo?

Oscar pronunció estas palabras con una ironía espantosa.

Quizás temia aquello mismo que preguntaba sarcásticamente.

—Su cadáver está en Spitzberg.... Yo lo he visto.... El hielo lo ha conservado incorrupto, y puede reconocerse por la autoridad, exclamó Alberto con arrogancia.

—¡Está muy léjos! replicó Rurico con aparente sangre fria. El invierno habrá empezado yá en aquella region, y nadie podrá ir hasta el año que viene. ¡Por Dios que sois ingenioso! Inventais una fábula artificiosa que necesita un año para desenredarse. Durante ese año la jarlesa permaneceria libre, y vuestro amigo recobraria una esperanza. ¡Qué locura, señores, qué locura! Las personas que nos están oyendo son demasiado formales para dejarse llevar de los caprichos de vuestras imaginaciones aventureras. Yo soy el jarl de Cálix, mientras no se me demuestre lo contrario, y esta señora será mi esposa dentro de diez minutos. Burlado así vuestro propósito, el esposo de Brunilda irá mañana á los tribunales á constituirse en prision ó á reconquistar su honra.

La asamblea volvió á mirarse con asombro, al ver desvanecida en un momento la acusacion que pesaba sobre el jóven jarl.

Digitized by Google

Entónces se adelantó Brunilda, y dijo con una voz enérgica y vibrante, dirigiéndose al pretendido Rurico:

—Caballero, todo lo que ha dicho este jóven es la verdad: si no tiene pruebas, mi corazon no las necesita.

—¡El mio sí! respondió el pirata, helando con una espantosa sonrisa la que yá vagaba por los labios de su rival. ¡El mio sí las necesita! ¿Cómo, señora? ¿Apelareis vos tambien á un menguado subterfugio para violar los más sagrados juramentos? Cuando salvé la vida á vuestro padre, juró el jarl que seríais mi esposa. Cuando el jarl agonizaba, lo jurásteis vos tambien. Cuando se le confió vuestra tutela al venerable anciano que nos escucha, repitió éste el mismo juramento. Cuando yo me presenté en el castillo hace cuatro años, lo reiterásteis nuevamente.—¡Jarl de Silly! ¡jarl de Silly! Hé aquí tu hija insultando al que te libró de la muerte y despreciando las últimas palabras de tu agonía. Y vos, señor Gustavo; ved cómo se mancha en vuestra presencia el honor de vuestra estirpe; ved cómo se ofende la religion, cómo se empaña la honra, cómo se escarnecen las tumbas! ¡Ah! ¡señora! prosiguió el jóven con majestad sublime. No me obligueis á arrancaros el anillo que os dí. No me obligueis á devolveros la palabra que me empeñásteis. ¡Ved lo que haceis, señora! Despues de una escena tan sacrílega, apelaria yo tambien al sacrilegio. Maldeciria la memoria de vuestro padre,

Digitized by Google

arrojaria lodo á la estátua de su sepulcro, y tiraria piedras al escudo de vuestros mayores!

Todos los circunstantes inclinaron la cabeza ante aquella voz terrible y amenazadora.

Verdad ó mentira, lo que decia aquel jóven hablaba al corazon y al convencimiento.

El viejo Gustavo, trémulo, aturdido, subyugado por aquella actitud tan digna y tan indignada, llegóse á Brunilda, cogióle ámbas manos, y le dijo con dulzura:

—Hija mia.... ¡Dios lo quiere! ¡Acepta el sacrificio!

Brunilda, pálida, abatida, llena de supersticion y espanto, cayó de rodillas ante el altar.

Alberto cometió la imprudencia de mostrar una pistola y de avanzar hácia el falso ó verdadero Rurico.

El sacerdote lo vió, y, convencido de que el pirata decia verdad, exclamó con una indignacion espantosa.

—¡Salid de aquí!... ¡respetad el templo!

Serafin inclinó la cabeza y se dispuso á abandonar la capilla.

Oscar se arrodilló al lado de la *Hija del Cielo*.

Gustavo repitió á los jóvenes la intimacion de que saliesen.

El sacerdote empezó la ceremonia.

Los dos jóvenes se miraron con la más culminante desesperacion.

—Vámonos.... dijo Serafin.

Digitized by Google

—¡Mátate! replicó Alberto.

Y le alargó una pistola.

En aquel instante oyéronse pasos y gritos en la antecámara.

—¡Dejadme entrar! ¡dejadme entrar! decia una mujer con voz ronca y sollozante. ¡Dejadme entrar, asesinos!

Digitized by Google

Digitized by Google

X

EN EL QUE MUEREN DOS PERSONAJES DE ESTA NOVELA

La ceremonia se suspendió nuevamente al escucharse aquellos lamentos desesperados.

Abrióse la puerta, y apareció un criado.

—Señora, dijo: una loca muy anciana, que dice ser la jarlesa Alejandra de Cálix, quiere entrar.

Todos lanzaron un grito al oir estas palabras.

Rurico se levantó con el rostro descompuesto, la vista extraviada y las manos en la cabeza.

Brunilda se volvió hácia su amante, y le dijo con enajenamiento:

—El cielo te depara el mejor testigo.

Alberto y Serafin resplandecian de gozo.

Gustavo y el sacerdote salieron precipitadamente.

—Ahora sabremos la verdad, dijeron los testigos.

—¡Dejadme entrar! repitió la loca, penetrando

Digitized by Google

en la capilla entre los brazos de los ancianos que habian salido por ella.

Era la recien llegada una mujer de sesenta años, alta, majestuosa, vestida de blanco, pálida y enjuta como un esqueleto. Sus negros ojos llameaban como dos cavernas luminosas en medio de aquel rostro hundido. Sus canos cabellos, erizados sobre la frente, le daban un aire de terrible poder, de salvaje majestad.

Al penetrar en la habitacion iba furiosa, despechada, anhelante.

Luégo se paró en medio de la asamblea, con la boca entreabierta y teñida de espuma, y los miró á todos fijamente, uno por uno, con imbecilidad, con atonía.

Despues se miró á sí propia, se tocó el cuerpo, y dijo entre una sonrisa desconsoladora:

—¡Me habian engañado!

Entónces se aflojó la rijidez de sus músculos; dobláronse sus rodillas; dejó caer los brazos indolentemente, é inclinó la cabeza.

Un ancho sollozo levantó la árida tabla de su pecho, y un arroyo de lágrimas corrió por sus mejillas, viniendo á templar la sed de sus calenturientos labios.

—¡Era mentira! murmuró con toda la desolacion del verdadero sentimiento. ¡Triste de mí! ¡Me han engañado! ¡Escuchad, escuchad la desventura de una madre! – Adios, hijo mio.... ¿Volverás pronto? ¡Te vas á helar! ¡Tú eres la única flor de la pobre

Digitized by Google

viuda! ¡Te quiero tanto, Rurico mio! Con que no tardes....—Un año, dos años, tres años, ¡cuatro años! ¡cinco años! ¿Ha muerto? ¿vive?—¡Qué frio!—¡Pues más hace en Spitzberg!—Allí debo yo tener un hijo helado.—¡Oh! dejadme ir y lo calentaré con mis besos! ¡Y lo resucitaré! ¡Y me arrancaré este corazon ardiente y vivo, y lo meteré en su pecho muerto y helado!—¡Ah!... yá.... ¿Con que no se heló? Pues ¿por qué no viene?—¡Cómo! ¿Ha venido? ¿Quién? ¿Rurico de Cálix se casa con la castellana de Silly? ¡El hijo de mis entrañas! ¡Mi Rurico.... mi Rurico vive!—¡Vasallos.... preparad la nave!—¿Qué dice el eco? ¡Decidle á ese torrente que calle!—¡Vasallos, vamos á Silly en busca de mi hijo! ¡Ingrato! ¿Has olvidado á tu madre? ¿Dónde estás, amado de mi alma? ¿Me amas ménos que á otra mujer?—¡Pobres madres!

La loca calló un momento: luego dejó de llorar súbitamente, y se levantó furiosa, diciendo:

—Pero ¿dónde está? ¡Quiero verlo! ¡Dejadme entrar!

Calmóse de pronto, y preguntó con imbecilidad:

—Buenos dias, señores: ¿habeis visto á mi hijo?

Inútil fuera que procurásemos describir el efecto que aquella madre produjo en cada uno de los que la oian.

Brunilda lloraba.

Oscar, espantoso, crispado, convulso, casi se ocultaba entre las cortinas de un balcon.

Serafin temblaba como un azogado.

Digitized by Google

Gustavo, el sacerdote y los demás circunstantes paseaban sus ojos desde la loca al corsario, y murmuraban:

—¡No es su hijo!

En cuanto á Alberto, adelantóse hácia Oscar, apartó la cortina en que se velaba, y dijo á la triste viuda:

—Señora, ved á Rurico de Cálix.

La madre dió un grito desgarrador, un brinco de leona, un salto de pantera, y se abalanzó al bandido.

Cogiólo de los hombros; miróla fijamente, y le escupió á la cara una carcajada bronca y rechinante.

—¡No es! ¡No es! ¡No es!... tartamudeó entre su risa.

—¡No es! repitió toda la reunion.

—¡No es! volvió á decir la anciana cayendo de rodillas.

Y lloró de nuevo.

—¡No soy! exclamó el pirata, sacando el puñal. ¡No soy! repitió, apartando sus vestidos y mostrando en su pecho el peto rojo con la insignia amarilla: ¡Soy *Oscar el Encubierto!* añadió por último, amenazando á todos con el hierro de los asesinos.

Y plantóse en medio de la habitacion; lanzó una mirada de desprecio en torno suyo; tiró la cabeza atrás con arrogancia; sonrió con la ironía de siempre, y volvió á decir:

—¡No soy! ¡Soy el *Niño Pirata!*

Digitized by Google

Alberto y Serafin se pusieron entre él y Brunilda.

Yá era tiempo.

El bandido se dirigia hácia ella con el puñal levantado.

Al verse contenido por las pistolas.... retrocedió un paso.

Alberto fué á dispararle; pero Serafin no lo dejó.

La loca lloraba, repitiendo:

—¡No es!

—¡Jarlesa de Cálix! gritó entónces Alberto, temiendo que se le escapara Oscar por los escrúpulos del amante de Brunilda. ¡Jarlesa de Cálix, vuestro hijo ha muerto, y ese es su asesino!

La vieja se puso de pié al oir estas palabras; lanzóse al corsario; cogiólo de la garganta con las tenazas de sus manos, y lo arrojó al suelo.

Al caer el bandido, asestó una puñalada al costado izquierdo de la loca.

Ésta dió un alarido.

Sacóse el puñal de la herida, y lo clavó repetidas veces en el corazon de Oscar.

Estremecióse el bandido bajo las rodillas de la vieja; murmuró una maldicion, y entregó el último aliento.

La loca se levantó triunfante; apoyó un pié en el pecho de su víctima; lanzó una carcajada histérica y salvaje, y cayó muerta sobre el cadáver del pirata.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

EPÍLOGO

I.

Veinte dias despues, á quinientas leguas de Silly, al mediar una hermosa noche de verano, en medio del mar, sentados en la cubierta de la *Matilde*, solos, á la luz de la luna, enlazadas las manos, mirándose con idolatría, Brunilda y Serafin entablaron este diálogo:

—¡Te adoro!

—¡Te adoro!

Alberto, asomado por una escotilla, veia aquel cuadro de santo amor, de dulce esperanza, de casto delirio, y decia para su coleto:

—¡Diablo!... -- ¡Hé aquí todo un rey muerto de envidia!

Y volvió á su cámara, murmurando:

—¡Matilde! ¡Matilde! ¡Yo tambien te adoro! ¿Por qué no he de poder decírtelo?

El señor Gustavo se paseaba por el alcázar de popa.

Digitized by Google

II.

Han pasado dos meses.

Estamos en Sevilla.

En una magnífica casa de la calle de la Cuna hay una esplendente fiesta.

Se celebran las bodas de Serafin con la *Hija del Cielo*.

Son las doce de la noche.

Alberto acaba de bailar con la bella desposada, cuando se acerca á él nuestro músico, y le dice:

—Ven conmigo.

Y atraviesan el salon asidos del brazo.

Brunilda los sigue, apoyada en José Mazzetti.

Todos los convidados ván detrás de las dos parejas.

—¿Qué significa esta procesion? pregunta Alberto á su amigo.

—Voy á premiarte, contesta el feliz esposo.

Llegan á la puerta de una habitacion.

Un negrito la abre de par en par, y aparece una capilla iluminada.

Un sacerdote se adelanta seguido de una mujer bellísima, roja de felicidad.

Es Matilde.

—¡Arrodíllate! le dice Serafin á Alberto.

El jóven duda, vacila, llora.... y cae de hinojos.

Serafin besa aquellas lágrimas.

Digitized by Google

—Son hermanas de las que tú enjugaste cierto dia, dice derramando otras nuevas.

Y todos se arrodillan.

El sacerdote enlaza las manos de Alberto y de Matilde y los une para siempre.

Concluida la ceremonia, dice Serafin á su amigo:

—Matilde acaba de celebrar sus *primeras* nupcias.... ¿entiendes bien? Hazla tan dichosa como desgraciada la hubieras hecho hace cuatro meses.

Alberto lo comprende todo, y exclama:

—¡Diablo, hermano mio! ¡Diablo, por última vez! Te juro no viajar más, no *hacer el amor* sino á mi esposa, y no volver á decir *diablo* en lo que me queda de vida.

III

Tres meses despues se presentó José Mazzetti en casa de Serafin, que vivia con Alberto y con las nuevas amigas Brunilda y Matilde, y habló de esta manera:

—Todos sois dichosos: todos habeis hallado la recompensa de lo que sufrimos hace un año.... ¿Y yo, Serafin? ¿y yo?

—Dime lo que quieres.

—Quiero que Brunilda cante la *Norma* en mi beneficio.

Digitized by Google

IV

Celebradas las bodas, el señor Gustavo se volvió á Silly, á cuidar de las inmensas riquezas de Brunilda.

V

Han pasado tres semanas.

Es el 15 de Abril, aniversario de aquella noche en que cantó Brunilda la *Norma* y Serafin tocó la parte de *concertino* y dirigió la orquesta juntamente.

Han dado las diez y media de la noche.

El público del teatro principal de Sevilla está oyendo el final de *Norma*.

Lo canta la *Hija del Cielo*.

Serafin la acompaña como un año ántes.

Alberto, Matilde y su respetable tia están en el mismo palco que ocupaban entónces el jóven del albornoz blanco y el señor Gustavo de Silly.

José Mazzetti se agita en una butaca cerca de la orquesta, volviéndose á veces para contar con la vista los espectadores y calcular el importe de la entrada.

El coliseo está lleno completamente.

Serafin y su esposa son colmados de aplausos y de coronas.

José Mazzetti es tambien dichoso.

Digitized by Google

VI

Á la salida del teatro recordó Alberto que el jóven del albornoz blanco, ó sea Rurico de Cálix, ó mejor dicho, Oscar el *Encubierto*, lo habia emplazado para aquel dia, para aquella hora, en la orilla del Guadalquivir, y le ocurrió la humorada de acudir á la cita, aunque sabia que su adversario no podia asistir, pues que habia sido enterrado á su presencia.

Despidióse de su esposa y de sus amigos, diciendo que volvia pronto, y dirigióse al sitio concertado.

Alberto no era supersticioso; pero segun se aproximaba al rio, se iba arrepintiendo de su pesada broma.

—¡Diablo! murmuraba, (diré *diablo* ahora que nadie me oye). Ese pirata es capaz de resucitar para acudir á la cita!

Llegó, al fin, al mismo punto donde un año ántes habló con el desconocido, y se paró á encender un cigarro.

En esto sintió un leve rumor en el agua.

El jóven se estremeció, y miró al rio.

Hacía luna.

Alberto distinguió á su incierta claridad un bote que se acercaba hácia aquel sitio.

Digitized by Google

—¡Diablo! exclamó, sintiendo frio.

Pasado un momento, empezó á percibir una figura blanca sobre el fondo oscuro del barco.

El jóven retrocedió.

La aparicion siguió aproximándose.

Alberto vió entónces perfectamente que el hombre que gobernaba la barca vestía un albornoz blanco exactamente igual al que usaba el difunto noruego.

—¡Él es! pensó el esposo de Matilde. ¿No murió del todo, ó ha resucitado?

Y trémulo, despavorido, montó sus pistolas.

El hombre del albornoz blanco saltó á tierra.

Alberto vaciló un momento; luego se decidió, y se arrojó sobre el aparecido,

—¡Ladrones! gritó el de lo blanco.

—¿Quién eres? preguntó el jóven, apuntándole al pecho.

—¡Señor.... soy un pobre barquero con mucha familia!

Alberto miró entónces, y vió que en efecto era un tosco pescador.

—¿De dónde has sacado ese disfraz? preguntó el jóven con un resto de duda.

—Señor....! me lo encontré el año pasado, tal noche como ésta, ahí.... en medio del rio....

—¡Soy un imbécil exclamó Alberto, guardando las pistolas. Es el albornoz blanco que el pirata echó al Guadalquivir aquella noche.—Perdone usted, buen hombre, añadió.

Digitized by Google

Y le llenó la mano de napoleones, pidiéndole en cambio aquella estropeada vestimenta.

El barquero aceptó el trato con regocijo.

Alberto volvió á su casa, y mostró su trofeo á los asombrados ojos de Brunilda y Serafin.

Contó su cómica aventura, que arrancó vários estremecimientos á los recien casados; y esta fué la última vez que hablaron en toda su vida de aquella larga série de desgracias.

VII

Han trascurrido cuatro años.

Brunilda, Matilde, Serafin y Alberto recorren la Italia.

Sus hijos son muy hermosos y juegan juntos.

¡Dios los bendiga!

FIN DE LA NOVELA.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	V

PARTE PRIMERA

La Hija del Cielo.—El autor y el lector viajan juntos	19
Nuestro héroe	23
Aventuras del sobrino de un canónigo	25
Donde se habla de las mujeres en general y de una mujer en particular	33
Elocuencia de un violin	45
Cuarteto de celosos	51
El final de Norma	55
Las pistolas de Alberto se divorcian	59
¡Adios!	67
Éste para Laponia y éste para Italia, éste para Italia y éste para Laponia	75
Hazañas póstumas de Noé	81

PARTE SEGUNDA

Rurico de Cálix.—Jacoba, nombre de mal gusto	91
Los ultimatum de Serafin	103
Donde se prueba que todo violin debe tener su correspondiente caja	109
De cómo un vino puso claro lo que otro vino puso turbio	115
Serafin reflexiona	127

Digitized by Google

PÁGINAS

Una mirada de Rurico de Cálix. 139
Que terminará con una sonrisa de Rurico de Cálix. 149
El mar es un contrabajo. 155
Brunilda, nombre de buen gusto. 161
Esto es hecho. 169
Serafin y su equipaje 173
Lo que va de un blanco á un negro. 177
Pistoletazo. 179
Último suspiro 181
Donde el autor confia á una tercera persona la redaccion de la tercera parte de esta novela 183

PARTE TERCERA

Historia de Brunilda. 191

PARTE CUARTA

Spitzberg.—Brunilda y Serafin vuelan juntos. 217
Lector.... lo siento mucho; pero sucedió como te lo cuento. 225
La dicha está en el fondo de un vaso. . . . 231
De cómo un cadáver se embalsamó á sí mismo. 239
Reverdece la esperanza. 245
Memorias de Rurico de Cálix. 247
El Rey de una isla desierta arenga á sus vasallos. 255
Todo y nada 257
Todo inútil. 261
En el que mueren dos personajes de esta novela. 271
EPÍLOGO. 277

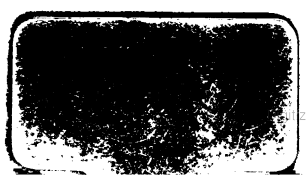
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google